

ANA VON REBEUR

¿QUIÉN ENTIENDE A LOS HOMBRES?

SON TAN SIMPLES
QUE PARECEN
COMPLICADOS



Lectulandia

Si quieres un hombre en tu vida o quieres conservar el que tienes, ante todo debes saber cómo son ellos y entender en qué idioma te hablan (si es que te hablan alguna vez). Si te has hecho alguna de estas preguntas (¿y qué mujer no lo ha hecho?), este libro es para ti.

- ¿Por qué los hombres no quieren hablar de amor ni quieren compromisos?
- ¿Por qué siempre tienen sueño?
- ¿Por qué te dicen que te llamarán y no te llaman?
- ¿Por qué son tan malos en la cama?
- ¿Por qué nunca te cuentan lo que sienten?
- ¿Por qué son tan tacaños?

Lectulandia

Ana Von Rebeur

¿Quién entiende a los hombres?

ePub r1.0

Titivillus 13.05.16

Título original: *¿Quién entiende a los hombres?*

Ana Von Rebeur, 2008

Ilustraciones: Ana Von Rebeur

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

**¿QUIÉN
ENTIENDE
A LOS
HOMBRES?**

PRÓLOGO

¿POR QUÉ HAY QUE ENTENDER A LOS HOMBRES?

Un hombre y una mujer se conocen, se enamoran y viven juntos por siempre. ¿Es así de simple la historia? Tal vez no.

He recorrido el mundo hablando con hombres y mujeres en distintos idiomas, leído a miles de expertos en el tema y en ninguna parte he encontrado respuesta a estos interrogantes:

- ¿Por qué no logras llevarte bien con tu pareja después de años de estar juntos en relativa armonía?
- ¿Por qué luego de años de convivencia con un hombre casi perfecto, la mayoría de las mujeres no son felices y se sienten solas?
- ¿Por qué la mitad de los matrimonios acaba en divorcio?
- ¿Cuál es el secreto de los matrimonios duraderos? ¿Qué tienen los maridos de las mujeres casadas para que ellas sigan con ellos? ¿Son distintos de los hombres sueltos por la calle?
- ¿Por qué el mundo está lleno de mujeres preciosas, inteligentes y solas que dicen que «ya no hay hombres»? ¿Cómo que «no hay hombres» si sales a la calle y te chocas con ellos?
- ¿Qué pasa que las mujeres no logran aceptar a los hombres como son?

Para buscar las respuestas, he investigado, estudiado e indagado en *best sellers* que concluyeron que tengo el complejo de Wendy, el complejo de Peter Pan y el de Cenicienta; que soy una princesa que cree en los cuentos de hadas y que amo demasiado; que los hombres son controladores y las mujeres complacientes; que soy una mujer que lo da todo y aun así se siente culpable; o que soy una mujer inteligente que hace elecciones tontas, entre muchos otros conceptos.

Pero ninguno de esos libros dio respuesta a mis preguntas, que supongo que son también las de la gran mayoría de mujeres. Así que, luego de mucho investigar, he descubierto el secreto de lo que quieren los hombres.

Al contrario de los libros de 300 páginas que te dicen la conclusión en la página

299, yo te diré ya mismo qué quieren los hombres: los hombres quieren mujeres felices.

El secreto de las parejas duraderas no es haber encontrado a una clase de hombre especial: es que ella sonríe, está contenta y no vive quejándose de todo. Y si ella es feliz, él es feliz. Así de simples son las cosas.

¿Y cómo llega una mujer a ser feliz? Cuando aprende cómo son los hombres.

Si sabes cómo son, dejas de esperar imposibles, dejas de pedirles actitudes que no son masculinas y encuentras la capacidad de disfrutar lo mucho que tienen de bueno.

Si las mujeres supiéramos de antemano qué cosas se pueden esperar de un hombre y qué cosas no, nos ahorraríamos muchos disgustos, dolores de cabeza y divorcios. Y al mismo tiempo aumentaríamos nuestro rango de hombres elegibles y nos divertiríamos mucho más, con más novios y amantes a lo largo de toda nuestra vida. Las mujeres que se divierten son más felices. Al ser más felices, son más atractivas, y al ser atractivas atraen hombres a montones. Si fueras feliz, sobrarían hombres en tu vida. Y si eres feliz, el hombre que tienes no te dejará jamás.

Entonces, ¿por qué las mujeres no son felices?

LAS DOS RAZONES DEL INCONFORMISMO FEMENINO

Las mujeres no son felices porque están disgustadas con los hombres por dos motivos básicos.

El primero es que los hombres no les hablan. Esto a ellas les molesta tanto como a los hombres les molesta que ellas siempre quieran hablar. Las mujeres piensan en voz alta y las palabras salen de sus labios como el vapor de la olla: si no hablan, estallan. Ellos, en cambio, hablan poco, lo esencial. Y eso ellas lo sienten como incomunicación y soledad.

El segundo motivo de disgusto es que ellos no les dan crédito por los esfuerzos que hacen ellas por embellecer la convivencia cotidiana. Ejemplos: Ella prepara una cena especial, él no viene a tiempo a la mesa y la come fría sin decir: «Qué rico está», ni nada. Ella se viste, peina y maquilla y él sólo dice: «¿Vamos de una vez por todas?», sin decir: «Qué linda que estás», ni nada. Ella mantiene la casa impecable y él no lo aprecia, como si la casa se limpiara sola. Ser un ama de casa perfecta es una compulsión genética que tenemos las mujeres. Así como los hombres tienen una compulsión genética por competir, las mujeres están entrenadas para que el hogar sea un sitio agradable. Pero no es algo que les importe un rábano a los hombres. Imagina que has pasado la tarde entera limpiando. Lo llamas para que vea el resultado y le preguntas: «¿Y? ¿Notas la diferencia?». ¡Error! Nunca le hagas esa pregunta a un hombre, ni acerca de la casa, ni de tu pelo, ni de un vestido. No la notan jamás. Y no hay hombre en este planeta que te vaya a decir: «Ahora sí que el jardín está bonito», «Qué bien quedaron las cortinas, amor» o «Mi cielo, este piso está realmente brillante, felicitaciones». Lo único que piensa un hombre es: «Me estoy perdiendo el

partido» y «¿Ahora dónde podré pisar sin que ella me mate por ensuciar?». Como él no la felicita, ella se enfada y él se pone mal porque no está junto a una mujer feliz. Y todo esto porque él no dijo: «¡Caramba, cómo brilla el piso y qué bien te quedan esos zapatos, mi cielo!».

¿QUÉ QUIEREN LAS MUJERES?

Ya vemos que las mujeres quieren que les hablen y que admiren sus esfuerzos. Pero hay otra cosa. Cuando la protección y alimentación de la prole dependía sólo del hombre y la mujer se quedaba en casa pariendo hijos, no había tanto problema, la mujer sólo quería un hombre que fuera un buen proveedor y listo. Nuestras abuelas soñaban con un muchacho «bueno y trabajador». No se le pedía otra cosa a un hombre. «Bueno» significaba que no te golpeaba ni te era infiel, «trabajador» significaba que nunca te iba a faltar ropa, techo y comida, ni a ti ni a tus hijos.

Ahora que las mujeres también trabajan a jornada completa, sus prioridades han cambiado. Ya no necesitan que un hombre traiga comida y ropa a la casa, porque eso puede hacerlo ella. Ya no vivimos en pueblos donde todos conocen a todos. Vivimos en ciudades repletas de gente, donde nadie conoce a nadie. Paradójicamente, la soledad de la especie humana aumentó proporcionalmente a la cantidad de gente abarrotada en un mismo edificio. Por esto, las mujeres de hoy necesitan más compañía que sustento, y al hombre le piden que sea simpático, romántico, entretenido, tierno y, por supuesto, que siga siendo un buen proveedor, porque eso es intrínseco del rol de macho.

Pero el hombre moderno no se ha enterado de que de él ya no se espera que solamente pague las cuentas y llene el refrigerador. Y no hace nada para modernizarse. Entonces ellas se quejan de que ellos son toscos, aburridos, insensibles y que no tienen tiempo para ellas. Si una mujer se queja no es feliz, y una mujer infeliz no atrae a los hombres.

Ellos no han evolucionado a la velocidad de los tiempos. Vienen genéticamente predispuestos a la acción, la rudeza, la falta de registro de los sentimientos ajenos y el mutismo para no revelar sus sentimientos. Esto era muy útil cuando había que cazar el mamut, imagina un cavernícola diciendo: «No me animo a matarlo... ¡Es tan peludito! Y además la mamá mamut quedaría destrozada». Si no mataba, no comía. La falta de sentimientos también le sirvió a los españoles para quitarles las tierras a los incas, mayas y aztecas, le sirvió a los vaqueros para defenderse de los indios y a los corredores de bolsa de Wall Street para ganar millones. Se necesitan hombres rudos para triunfar donde prima la ley del más fuerte.

La hormona masculina testosterona predispone al hombre a la acción y al frenesí por conquistar logros que demanden lucha y competencia, no a pasar la tarde tumbado contigo trezándote el pelo. En su tiempo libre, ellos no quieren mimos y palabras de amor: quieren ganarle un partido de algo a alguien, ya sea póquer, golf,

dominó, fútbol, *Playstation*, tenis, porque él sólo quiere demostrar que es el mejor. Si no tiene compañeros de póquer, se las ingenia para probarte que es mejor que tú abriendo latas.

Estando entrenados para competir y no para compartir, les cuesta muchísimo relajarse intercambiando impresiones subjetivas, que es lo que más nos gusta hacer a las mujeres. Y aquí aparece otra traba del entendimiento entre los sexos. Las mujeres la pasamos muy bien juntas. Demasiado bien. Tan bien, que casi nos molesta no llegar con nuestro hombre al nivel de empatía que tenemos entre las mujeres. Fíjate en la serie *Sex and the City*: las escenas compartidas entre chicas son pura comedia, pero apenas aparece un hombre, comienza el drama. Es por esto que muchas mujeres quieren encontrar un hombre con quien se diviertan tanto como con una amiga. Eso equivale a pedirle a un hombre que se quite de encima su genética masculina y su testosterona, cosa totalmente imposible. Y como no es posible, ellas dirán que «ya no hay hombres».

¿QUÉ HACEMOS?
¿NOS PONEMOS
BELLAS Y SALIMOS
CON PACO Y RAFA,
O NOS HACEMOS
OTRO BAÑO DE
CREMA EN EL PELO?

POR CÓMO
SON ELLOS...
¡CREO QUE NOS
DIVERTIREMOS
MÁS PINTÁNDONOS
LAS UÑAS...!



AMORES PERROS

Quizás los comprendas mejor con mi teoría que compara a los hombres con los perros. Sin ánimos de ofender, porque el perro es un animal muy noble y bello, hombres y perros se parecen bastante.

La raza humana lleva más de diez mil años domesticando al perro, que era su mayor competidor en la cadena trófica. Astuto, el humano le enseñó al perro a dejar de ser lobo: «No comerás mis ovejas, sino el alimento balanceado sabor a oveja que yo te permita comer. No cuidarás a tu prole, sino a la mía. No morderás a mis hijos, sino a los hijos del vecino». El perro aprendió la lección, pero tantos siglos juntos tuvieron otra consecuencia: que los hombres se parezcan cada vez más a los perros. Una vez fui a un zoológico donde vi que en los corrales con cachorros de tigre y león siempre había un perro haciéndoles compañía. Pregunté por qué y los cuidadores me dijeron que era para que los felinos salvajes copiaran la conducta mansa de los perros y se «aperrizaran». Yo creo que de tanto convivir con perros, los hombres también se han «aperrizado» bastante.

¿Qué tienen hombres y perros en común? Como los perros guardianes, los hombres se agotan vigilando lo suyo y por eso precisan mucho descanso. Son seres confiados y dependientes, que quieren que estés cerca. Como gastan mucha energía, necesitan mucha comida. Aunque no te hablen de amor, sabes que te quieren porque te lamen. Sólo ladran si presienten que hay peligro. Responden mejor a los premios que a los castigos, y se esmeran más cuando los mimas que cuando los criticas. Son muy territoriales, pero se conforman con poco espacio para sí mismos. Son desordenados y torpes, pero les encanta sentirse útiles. No te adivinan el pensamiento, tienes que decirles lo que quieres con pedidos cortos y precisos.

Su idea de hacerte compañía no es embarcarse en largas charlas, sino simplemente estar mirándote arrobado sin entender una sola palabra de lo que le dices. Si le empiezas a contar lo que le sucede a tu amiga con sus novios, bostezará infinitamente. Pero si lo rascas y alimentas, es fiel hasta la muerte.

Entonces, ¿cómo se trata a un hombre? Como al perro. Acariciándolo, felicitándolo por aquello que hace bien —«¡Has traído el palito, eres un genio!»— y dejando que se acurruque a tu lado. Sí que son iguales, fíjate que a ambos sólo les falta hablar.

Ahora bien, como los perros, los hombres no pueden evitar ser como son, porque está en su naturaleza ser así. Mucha gente se queja de los comportamientos de sus perros de raza, sin detectar que su perro fue entrenado para tener exactamente ese comportamiento, generación tras generación. Por ejemplo, la raza Rottweiler es feroz con los extraños porque los usaban para cuidar el dinero recaudado en las subastas ganaderas. El amo vendía vacas y guardaba el dinero en un bolso colgado en el cuello del perro, y un buen Rottweiler le arrancaba el brazo a quien osara acercarse. Por eso, no puedes enfadarte con un Rottweiler por ser agresivo con extraños pues está

entrenado para ser así. El perro Labrador fue entrenado para sacar las redes de pesca del mar en Canadá, por ende, no puedes enfadarte con él porque tiree de las colchas de tu cama y de las cortinas hasta destrozarlas. Asimismo, el Doberman fue creado por un recaudador de impuestos: que necesitaba un perro de aspecto feroz y de ataque rápido para defenderse del maltrato de los acreedores, ¡así que no pretenderás que actúe como un perrito faldero! Lo mismo sucede con muchas razas incluso la humana.

Los hombres son una raza que lleva siglos de entrenamiento para desarrollar su espíritu competitivo y anular su sensibilidad. Entonces, no puedes enfadarte con un hombre porque no se da cuenta de que está: triste, no adivina lo que quieres y no recuerda el aniversario de casados. Pedirle que cambie es como pedirle a un Rottweiler que ronronee hecho un ovillo sobre tu falda... ¡pobre falda!

Siempre hay excepciones: hombres tiernos y sensibles que escriben poemas de amor y lavan los platos. Pero son dos: Arjona y Serrat. Y creo que ni siquiera lavan los platos. Al resto el mundo les pide que sean competitivos, duros y despiadados.

Ahora bien, que hombres y mujeres seamos distintos no significa que no podamos entendernos. Si nosotras somos de Venus y ellos son de Marte... ¡tenemos todo el sistema solar para disfrutar juntos!

DIEZ MOTIVOS POR LOS QUE TE CONVIENE ESTAR EN PAREJA

Demasiadas mujeres de hoy dicen: «Prefiero estar sola a estar con un hombre que no me fascina». ¿Es impresión mía o hay muchas más mujeres solteras bonitas, agradables y cultas que hombres solteros guapos, agradables y cultos? Tengo amigas que me piden que les presente a alguien... pero no conozco un sólo hombre medianamente adecuado para ninguna de ellas. Disculpen los varones, pero la verdad es que por regla general las mujeres se cuidan más, estudian más, tienen más intereses en la vida que el varón promedio. Por eso se ponen más exigentes: les cuesta más encontrar un hombre de su mismo nivel. ¿Cómo le voy a presentar un adorable amigo músico medio *hippie* a una subgerente de *marketing* de una empresa multinacional? ¿Podrán congeniar una psicóloga y un dibujante de caricaturas? ¿A una arquitecta que construye hoteles le gustará salir con un instructor de remo que vive con su madre? Si me preguntas a mí, yo diría que todas deberían darle una oportunidad a cada uno de ellos. No a uno, sino a los tres. Especialmente porque estoy convencida de que si las mujeres tuvieran más hombres en su vida, se acabarían los casos de violencia doméstica. Sabiendo que hay tantos hombres amorosos en el mundo que la pueden adorar, ¿por qué se quedaría una mujer junto a un golpeador? Porque el golpeador la convenció de que él es el único que la aguanta. Pero ni a mis mejores amigas logro convencerlas de que le digan que sí a todos. ¿Acaso una pareja debe ser pareja? La palabra «pareja» confunde, porque implica igualdad, cuando se puede estar en pareja con alguien muy diferente a ti.

De todos modos, creo que no hay nada más fascinante que el juego de la seducción, que es una pena perderselo y que conocer gente siempre es preferible a mirar gente por televisión. Es mil veces mejor estar con alguien que parece caído de otro planeta a estar atiborrándote de chocolates junto a tu gato.

No seamos tan antiguas como para pensar que hay que buscar un hombre sí o sí, o que una mujer no puede vivir feliz sin pareja. Pero el hecho de que cada vez más mujeres vivan tan bien sin hombres, hace que otras mujeres se refrieguen las manos pensando: «¡Mejor que vivan solas! ¡Más hombres sueltos para mí!». ¿Cómo vas a perderte la aventura de vivir en pareja sólo porque no entiendes a los hombres?

Puedes elegir vivir sola, como quien elige ser *skinhead* o entrar a un convento, pero creo que es mucho más conveniente compartir tu vida con un hombre, por estos simples motivos:

En primer lugar, la vida es más grata de a dos. Si tienes a un hombre de tu lado, cuentas con alguien con quien enfrentar al mundo. Por ejemplo, para que vaya a hablar con el mecánico del auto que suele estafarte porque de motores no sabes nada. Además, tienes a alguien que alimenta a tu gato cuando tú viajas.

En segundo lugar, compartir tu vida con otro te hace más flexible, adaptable, comprensiva, tolerante y humana. Convivir con otro siempre es un reto interesante, un ejercicio de tolerancia y de adaptación. La teoría evolutiva dice que las especies que no se adaptan, perecen. Soportar con una sonrisa que él extravíe las llaves cada bendito día, te convierte en una especie digna de perdurar.

En tercer lugar, salvo que te hayan practicado una lobotomía para extirparte la zona del deseo sexual del cerebro, un hombre a mano resuelve el tema con mucha mayor practicidad y confianza. Es muy lindo que alguien te dé un beso al despertar y antes de que te quedes dormida. Aunque han inventado máquinas para todo, aún no hay máquinas que te besen. Además, eso de andar saltando de cama en cama no es práctico porque siempre olvidas algo en la casa del que habías jurado no volver a ver. Y es tan desagradable que ese idiota se quede con tu iPod o tu teléfono móvil, como perder toda dignidad para llamarlo a preguntarle: «Oye, yo sé que te arrojé un florero por la cabeza y me fui de un portazo mandándote al diablo, pero... ¿no habré dejado un paraguas en tu casa?».

En cuarto lugar, suponiendo que tengas hijos, es mucho más fácil para los niños saber que su madre tiene un compañero de vida (a veces su padre) a sentir que toda la compañía de la madre proviene de la presencia de los hijos en casa. ¡Después nos asombramos de que la adolescencia se extienda *ad infinitum* y que grandullones de 35 años sigan viviendo en la casa materna sin despegar vuelo propio! ¡Eso es porque las madres solas no los dejan partir! ¿Qué harían sin ellos? ¿Hablar con el gato?

En quinto lugar, la vida es más económica de a dos: la leche no se echa a perder, si descongelas una *pizza* no desperdicias la mitad, alguien te felicita en el desayuno el día de tu cumpleaños, hay quien te alcance una toalla cuando estás bajo la ducha, hay dos para compartir las cuentas de la casa y tienes quien te avise que tienes lechuga

entre los dientes. ¡Hasta las vacaciones son más baratas en una habitación doble!

En sexto lugar, un hombre, por elemental que sea, siempre trae consigo una vida, una historia, una familia, amistades y actividades que hacen que tu vida tenga más condimentos que la sal que le pones a la sopa y la charla con tu gato dormido.

En séptimo lugar, cuando sales con un hombre aprecias el doble tu amistad con las mujeres, con las que sí puedes hablar de cualquier cosa.

En octavo lugar, si por ahora estás feliz libre y sin pareja, no sabes si a los setenta años querrás tener uno que te empuje la silla de ruedas (a esa edad ya no atrapas a ninguno vivo).

En noveno lugar, si quieres reproducirte, no te queda más remedio que buscar un donante de esperma sano, lindo, educado y amable, para que tus hijos se parezcan a él y... ¡Caramba, con todo eso ya te estás enamorando!

Y queda el motivo diez, que aunque parece no ser frecuente a veces ocurre, y es el amor, liso y llano, que viene con la sensación de que no puedes vivir sin él y que verlo te ilumina el día. Pero tampoco es el más importante, porque no puedes basar una relación de por vida en la sensación de que «él llega y me ilumina», porque en toda pareja medianamente armoniosa hay días en que él te ilumina y otros en que te pone el día negro como la noche y que quisieras enviarlo empaquetado a Afganistán sin pasaje de vuelta. Hasta, que todo se olvida y lo vuelves a amar.

Así que si tan sólo una de estas razones te parece lógica para querer a un hombre en tu vida, continúa leyendo porque este libro es para ti. Y si no, te recomiendo otro: *Cien maneras de divertirse sola con un gato*.

Como decía el semiólogo francés Roland Barthes: «*La presencia del otro siempre perturba y molesta. Pero si vivo aislado y sin perturbaciones, ¿para qué vivo?*».

SABES SI ACEPTARÉ OTRA
INVITACIÓN TUYA DE ACUERDO
A CUÁNTO RUIDO HAGAS AL
COMER LAS PALOMITAS Y
SI TE RÍES Y EMOCIONAS
EN LAS ESCENAS CORRECTORAS
DE LA PELÍCULA...



SI LEES ESTE LIBRO, TENDRÁS MÁS NOMBRES PARA ELEGIR

Suponiendo que estás decidida a poner un hombre en tu vida o a conservar el que ya tienes, lo importante ahora es que sepas cómo son ellos.

En un mundo lleno de mujeres demasiado exigentes —y sin hombres que verdaderamente las aguanten—, si eres de las pocas que saben de antemano cómo son ellos, corres con tremenda ventaja sobre las que aún sueñan con un hombre que retoce con ella de la mano en un prado de margaritas, le hable de amor a la luz de las velas o le recite poemas al pie de su balcón. Los hombres de verdad no retozan en las flores, te dicen: «Por allí no que está lleno de bichos». No te hablan de amor a la luz de las velas: hablan de autos y encienden la luz «porque aquí no se ve nada». No te recitan poemas al pie del balcón: toman el ascensor y te preguntan dónde hay cerveza.

Si sabes cómo son ellos, ninguno te decepcionará y podrás darte un festín de hombres adorables, irresistibles y absolutamente masculinos, que estarán increíblemente felices de haber encontrado una mujer que los comprenda. Tan felices que, quién sabe, tal vez un buen día deciden darte el gusto de retozar contigo entre las flores. Pero, como ya los conoces, sabrás que al rato, como buen macho te dirá: «Bueno, este polen me está matando de alergia, ¿podríamos volver al auto, cariño?». A estas alturas es probable que tú misma consideres un poco tonto eso de saltar entre margaritas, y prefieras subir al coche y compartir caricias mientras van camino a casa. Y todos felices.

Si entiendes cómo son, sobrarán los hombres en tu vida. Y tú serás más feliz. ¿No crees que vale la pena entender a los hombres?

PARTE



CAPÍTULO 1

¿QUIÉN ENTIENDE A LOS HOMBRES?

*La mayor parte de las parejas se comportan
como si cada uno temiera que alguien
se diese cuenta de que él es la parte más débil.*

—ALFRED ADLER

ESOS EXTRAÑOS VARONES

Todas las mujeres quisiéramos vivir enamoradas. No hay nada mejor en la vida que ese estado mágico. Cuando estás enamorada, el sol brilla más, las aves no dejan de trinar y no paramos de reír... ¡Alguien maravilloso nos ama!

Quisiéramos seguir así para siempre. De hecho, tenemos tanto miedo a que ese delicioso estado acabe, que cuando amas a alguien no dejas de decirle «nunca» y «siempre». Las tarjetas de Hallmark del Día de los Enamorados dicen «*Nunca te olvidaré*», «*Te amaré por siempre*», «*Jamás te dejaré*», que son las mismas cosas que dicen las letras de las canciones de amor. Hasta los mensajes de texto de plantillas pregrabadas de los teléfonos celulares tienen frases urgentes como «*Siempre te amaré*», que les dan más de un susto a quien las envía accidentalmente.

¿Por qué dos enamorados necesitan tanta confirmación de que sus sentimientos serán perennes? Justamente porque en el fondo saben que tarde o temprano el amor se acaba, y que dejarán de apreciar el canto de las aves, hasta llegar a deambular por pajarerías y veterinarias para escuchar trinos que pongan un poco de alegría en sus vidas.

¿Y por qué acaba ese estado ideal?

Cuando te enamoras, tus glándulas segregan endorfinas de a litros, que son las hormonas que te hacen sentir el canto de las aves aún estando fuera de la pajarería. Porque luego de un año de relación se saturan los receptores de hormonas y hay que descubrir cosas nuevas para darles doble estímulo a las glándulas. Si antes te conformabas con que él te mirara a los ojos, ahora quieres que mire la mugre de la cocina y la refriegue. Si él antes se conformaba con mirar tus lindas piernas, ahora

pretende que tus lindas piernas vayan al banco, hagan la cola y paguen las cuentas. En este momento descubrimos que el otro no es como lo imaginamos, sino como realmente *es*, lo que es bastante frustrante, porque el otro siempre es algo extraño. Además, el otro es de otro sexo... ¡y el sexo opuesto es extrañísimo!

Veamos cuales son las peculiares características de cada sexo que vuelven loco (y no precisamente de amor) al sexo opuesto.

LAS ONCE QUEJAS MÁS FRECUENTES DE LOS HOMBRES

No vamos a hablar de las maravillosas características femeninas, como hacer tres cosas al mismo tiempo, presentir lo que está pasando y jamás pedir aumento de sueldo en el trabajo (lo que no es maravilloso para ti, pero tu jefe sí que te considera maravillosa por esto). Vamos a hablar de las cosas de las mujeres que sacan de quicio a los hombres, y las contaremos desde el punto de vista de ellos:

1) Que ellas vivan quejándose. Ellos dicen que las mujeres se quejan del maltrato al que él la somete. Si él pregunta cuál es el maltrato, ellas dicen: «Nunca me hablas». Y él dice: «Pero si nunca te hablo... ¿cómo podría maltratarte?». Entonces ella le dice: «Oh, basta... ya cállate». Y él le dice: «¿Pero no querías que te hablara?». Y ella responde: «No quiero escucharte». Y el hombre queda convencido de que a las mujeres no hay quien las entienda.

2) Que sean obsesivas de la limpieza. Los hombres tampoco entienden por qué las mujeres quieren tener todo permanentemente limpio. «¿Para qué ordenar tanto, si luego todo se vuelve a ensuciar?», opinan ellos. «¿Por qué no puedo comer en la cama ni quedarme dormido en el sofá?», dice él. Es más, él cree que todo lo que a él le parece cómodo a ella le parece deprimente. «¿Cómo es que un periódico en el suelo puede cambiar por completo el estado de ánimo de una mujer?», se pregunta él. Y ella sólo gruñe.

3) Que haya que salir «de compras». Si un hombre precisa comprar algo, va, lo compra y regresa a casa con el objeto comprado en la mano. Él no entiende qué es eso de ir a ver qué hay de lindo para comprar. ¿Las mujeres no saben lo que necesitan y lo van descubriendo en los escaparates? Para ellos es cosa de locos. Los hombres odian tanto comprar que las tiendas de ropa de hombres están en la puerta de los centros comerciales para que ellos entren de una vez, mientras que las de mujeres están en el quinto piso, al fondo.

4) Que quieran ir a reuniones sociales. No comprenden por qué ellas quieren salir y tener encuentros sociales. Los hombres detestan las reuniones porque eso los obliga a levantarse, calzarse e ir a otra casa a decir cosas inteligentes. Para ellos es mil veces mejor que un mesero les lleve una cerveza a la mesa del bar donde pueden ver un partido de fútbol en la tele, sin que nadie espere que digan cosas ocurrentes.

5) Que tarden siglos en prepararse para salir. Para un hombre, una mujer tarda dos horas preparándose para salir, para tener más o menos el mismo aspecto que tenía

antes. Ellos creen que con decirle: «Estás bien así», con cada cambio de ropa, ella estará lista en menos tiempo. Pero como él lo repite sin mirarla, ella no le cree nada y cada vez está más insegura de lo que ha elegido. Si él le dice: «Ya estás bien así», ella le responderá, ofendida: «¿Cómo voy a estar bien así, si aún no me he maquillado?». Entonces él calla por el resto de la noche. Y ella se ofende porque él no le ha dicho: «Estás hermosa».

6) Que nunca tengan qué ponerse. No entienden que ella diga: «No tengo qué ponerme», cuando ya no tiene espacio en el armario para más ropa.

7) Que le roben las papas. Tampoco entienden por qué si en el restaurante ella pidió sólo ensalada, acabe robándole las papas fritas que pidió él... ¡Si hace dieta, que la haga bien, o por lo menos que no robe papas ajenas!

8) Que quieran hablar de la relación. «¿Relación? ¿Qué relación?», dicen ellos. «¿Por qué me quieres arruinar el sábado?», exclaman cuando ven que te acercas a hablar de amor. O peor: «Okey, hablemos de la relación: si es cierto, tú y yo estamos bastante relacionados. Ahora... ¿puedo seguir viendo el partido?».

9) Que ellas lo descalifiquen ante terceros. A ellos les enerva que, si están contando algo, ella interrumpa y diga: «No, no fue así», y cuente su versión como si fuera la única verdad. O que en una reunión de amigos ella diga: «¡No, por favor, cariño! ¡No cuentes ese chiste viejo otra vez!». Dije que se ofenden ante terceros, porque a las descalificaciones caseras están bastante habituados, como: «¿Tienes alguna incapacidad física para guardar la leche en el refrigerador luego de usarla, o es sólo fobia a la leche fría, amor mío?».

10) Que pretendan que él sea adivino. No terminan de entender por qué una mujer se ofende cuando dice tres veces seguidas «tengo sed» y él ni se preocupa por traerle un vaso de agua. Ante esto, él exclama: «¡Mujer, me hubieras pedido un vaso de agua, en vez de quejarte de que tenías sed!».

11) Que nunca sea buen momento para hacer el amor. Ya sea porque es muy temprano, o muy tarde, o está recién peinada, o muy despeinada, resulta que si no hay veinticinco condiciones necesarias —que no haya niños, que no haya apuro, que no haga calor, etc.—, ella nunca se muestra dispuesta. Claro que el problema es que los hombres ni sospechan que la predisposición femenina tenga algo que ver con el trato recibido a lo largo del día. Sépanlo: tiene que ver.

ME SIENTO DEPRIMIDO...
¿ME TRAES EL DESAYUNO
A LA CAMA?

...Y A MÍ ME
DEPRIME QUE TE
DEPRIMAS...¿NO ME
LO TRAES TÚ?



LOS TRECE MOTIVOS DE LAS QUEJAS FEMENINAS

Es cierto que las mujeres se quejan de todo, pero de lo que más se quejan es de los hombres. ¿Cuáles son sus reclamos más frecuentes?

1) La indolencia masculina. Comparados con el nivel de energía femenino, los hombres muestran un estado de abulia, inercia, sopor e indolencia que a las mujeres las vuelve locas. ¿Cómo pueden estar siempre cansados si nunca hacen nada, y encima duermen más que ellas? Si se te cae algo al piso al mes de conocerlo, te lo levanta gentilmente... ¡y a los seis meses te lo pateo cerca para que lo levantes tú! Algunos pasan tanto tiempo mirando la tele, que le tomas el pulso y te acercas a ver si respira. Entonces sales sola a hacer un curso, de ahí vas a cenar con amigas, luego vas una fiesta y cuando regresas, él sigue en la misma posición en que lo dejaste. Te das cuenta de que está vivo porque a su lado hay una nueva bolsa de papas fritas vacía y porque protesta cuando le apagas la tele.

2) La falta de memoria masculina. Hay cosas que los varones olvidan si ella no se los recuerda, lo que le da a ella la amarga sensación de que él le está usando el cerebro como agenda personal. ¿Cómo pueden olvidarlo todo menos a qué hora comienza el partido? Tienen tan mala memoria que no sólo necesitan ver el partido de fútbol, sino la repetición de las jugadas porque no recuerdan lo que sucedió hace dos minutos. Esto es porque no logran tener registros claros de tiempo o espacio. (Aún se investiga si tienen registro de algo).

3) La incapacidad genética para reponer el rollo de papel higiénico. Es inexplicable que los hombres sean campeones olímpicos, escalen el Everest, lleguen a presidentes, inventen pozos de extracción de petróleo y cápsulas espaciales que viajan a Neptuno... ¡pero no puedan reponer el papel del baño!

4) Todo va en el piso. Quizás por pánico de que las cosas se caigan, dejan todo en el único sitio de donde nada puede caer: el piso. Periódicos, zapatos, pantalones, papeles y latas de cerveza andan siempre por el suelo, y no hay modo de que los levanten. Creen que las mujeres son las únicas encargadas de evitar que parezca que en la casa estalló una bomba. Algunos dicen que desparramar objetos por toda la casa es una manera masculina de marcar territorio... Vaya, ¡menos mal que no nos orinan el alfombrado! ¡Ajjjj!

5) Esa vergonzosa colección de ropa. Se quejan de que nosotras tenemos demasiada ropa, pero ellos tienen el armario repleto de ropa que no usan. Protestan porque les falta espacio, pero siguen comprando cosas inútiles y jamás descartan nada. Conservan prendas por su valor sentimental, como si fueran recuerdos, cuando sería mejor tomarle una foto a cada una y luego regalarla a los pobres. Si su camisa gris está arrugada no se les ocurre ninguna otra cosa para combinar los pantalones grises, que son los únicos que pueden ponerse hoy, aunque tengan otros veinte pantalones. Y dedican tres días a protestar porque no tuvieron planchada su camisa gris. Asimismo, suelen acumular basura antigua en el cuarto de atrás, el altillo o el

garaje, como por ejemplo una colección de revistas infantiles que jamás miran, ni ponen en venta ya que: «Jamás me pagarán lo que realmente vale». Eso sí, si estalla una guerra, podrán enfrentarla con su acopio increíble de... ¡revistas infantiles del tiempo de Maricastaña!

6) La pereza aguda. ¿Cómo es que pueden jugar tres horas de tenis y no pueden lavar la olla de hierro porque es pesada? Lo máximo de buena voluntad en tareas domésticas que muestra un hombre es decir: «Te la dejé en remojo», o levantar los pies cuando estás aspirando la alfombra. No es que se empeñen en demostrar que somos las siervas de la casa, sino que han descubierto que si demuestran suficientes veces ser un inútil en la casa, no esperarás de ellos nada más.

7) El control monetario. Expertos en negación, creen que son mejores que las mujeres en asuntos financieros. Por eso le reprochan a la esposa que haya comprado demasiado detergente con la tarjeta de crédito, pero no le cuentan que han usado la misma tarjeta para comprar otro teléfono móvil de última generación. En verdad ellos nunca dicen cuánto ganan porque el dinero es poder y control. Si tú sabes cuánto gana tu esposo, sabes qué se puede y qué no se puede hacer en casa, y él pierde el control de cómo usar el dinero. O sea que si tú sabes que hay dinero para cambiar la mesa de la cocina... ¡él ya no podrá comprarse el kayak o la motocicleta! Manteniéndote ignorante de sus ingresos, ellos se compran la motocicleta y el kayak, y luego te reprochan que hayas comprado dos tubos de pasta dental en vez de uno, como si él fuera indigente. La mesa de la cocina la compras tú con lo que has ahorrado buscando mejor precio en naranjas y tomates. Y al mes siguiente él se compra un nuevo juego de palos de golf, ¡y para que no te enfades, te lleva a cenar a un restaurante donde gasta tanto dinero como el que usas para llenar el refrigerador durante un mes!

8) La teleadicción. Otra cosa que irrita a las mujeres es que la actividad favorita de los hombres sea ver la tele solamente porque es lo único que puede hacerse a control remoto. Si pierden el control remoto bajo la cama (donde nunca buscarían porque les da pereza), son capaces de mirar una semana seguida el mismo programa de venta directa de *Reduce Fat Fast*, que parece tener el efecto de *Reduce Brain Fast*^[1]. Los hombres no leen ni cocinan porque no pueden usar algo que venga sin control remoto, como un libro o una sartén. Y aman el fútbol porque es una actividad en la que los que se cansan son otros.

9) La incapacidad para pedir ayuda. También nos exaspera que ellos nunca pidan ayuda ni indicaciones, ni siquiera cuando se pierden en un barrio bajo y se acercan tres matones interesados en el auto, otros cuatro más interesados en noquearlo y otros cinco que quieren desgarrar a navajazos tu ropa interior. ¿Es ese el famoso sentido práctico de los varones? Para colmo, luego de toda esa aventura, llegas tarde a la fiesta...

10) Los consejos sin consuelo. Los hombres siempre pretenden saber más que nadie, incluso de tu trabajo aunque la neurocirujana seas tú. Es por esto que cuando

estás preocupada, te dan consejos desatinados en lugar de escucharte y consolarte. Te dicen: «¿Por qué no le has dicho esto a tu jefe, en lugar de venir a llorarme a mí?». ¡Así de dulces son! Pero finalmente es un consejo útil: acabas tan harta de que tu hombre no te escuche que vas directo a quejarte al jefe, que te aumenta el sueldo con tal de que te calles.

11) La incapacidad para hablar de la relación. En verdad se niegan a hablar de cualquier cosa que no sea informativa. Pueden hablar de «qué comemos hoy», de la reparación del auto o de las elecciones de Georgia, pero se niegan a hablar desde el corazón. Y nos exaspera que ellos no puedan decirnos «Te quiero», sino el repelente «Ya sabes que te quiero».

12) El desinterés absoluto en interpretar señales, gestos y silencios. Si quieres un mínimo de comprensión, debes pasarles un clarísimo parte meteorológico de tu estado anímico porque no captan nada. De ellos hay que esperar lo mismo que de un bebé de tres meses. No pretenderás que un bebé de tres meses se dé cuenta por tu silencio de que estás triste, ¿no? Lo que entre mujeres funciona como clara indicación de que estás enojada —estar callada, responder con monosílabos, no mirar a los ojos, lanzar largos suspiros, preguntar dónde hay cicuta—, con los hombres no sirve. Así que para que se entere de que te sientes mal, debes decirle: «Te aviso que estoy triste/enfadada/decepcionada/deprimida/furiosa». A lo que quizás él te responda: «¿Ah, sí? ¿De veras? Ni me di cuenta... ¡como estabas tan callada!».

13) La poca cantidad de mimos. A las mujeres nos desespera que ellos no entiendan que a veces queremos mimos en vez de sexo, o por lo menos antes del sexo. Y como ellos no pueden hacerlo, bueno, nos oponemos al sexo porque es muy temprano, muy tarde, o estamos peinadas o despeinadas.

En fin, ellos dicen que no entienden a las mujeres, pero ¿cómo podrían entendernos, si no nos escuchan?

¿QUÉ ES LO QUE NOS DIFERENCIA?

Entre hombres y mujeres siempre hay roces y chisporroteos en torno a las mismas tonterías. Si no fuera así, no existirían las comedias de Sony, como *Mad about you*, *Casados con hijos*, *Seinfeld* o *Everybody loves Raymond*. Allí no aparecen parejas enfadadas porque ella es ayurveda y desayuna orina, o porque él colecciona tarántulas y tiene fantasías perversas en las que intervienen el carnicero, un par de botas de montar y dos frascos de mostaza. Nada de eso, esas comedias nos causan gracia porque a los protagonistas les pasan las mismas cosas que nos pasan a todos: él jamás cose un botón, ella deja la soda fuera del refrigerador, él no llega a la mesa cuando la comida está servida, ella no le pone gasolina al auto. Son tonterías las que inician grandes dramas.

¿Por qué hombres y mujeres chocan siempre en los mismos tópicos?

Porque ambos sexos están trenzados en una batalla de percepción que no tiene

que ver con las personalidades de cada uno, ni con la falta de amor o de respeto en la pareja, sino con el sistema patriarcal en el que estamos hasta el cuello desde hace siglos. Y es que los hombres le tienen tanto pánico a parecer mujeres, que acaban haciendo lo contrario de lo que nosotras esperamos de ellos.

Esto sucede porque desde el principio de los tiempos y durante unos cincuenta mil años, dios fue mujer. Son tantos los nombres de diosas mujeres que llevaría medio libro mencionarlas a todas, y temo omitir alguna que se ofenda. No quisiera provocar la ira divina, y muchísimo menos la ira divina femenina, ¡imaginen si la diosa está con el periodo!

En el pasado había muchas diosas porque el hombre antiguo endiosó a la mujer, un ser tan misteriosamente poderoso, que tiene un cuerpo del que si no sale sangre, sale gente. Todo esto sin que ella pierda la vida, ni precise una transfusión sanguínea. Si en menos tiempo del que a ellos les llevaba fabricar un bote de dos metros, una mujer paría un ser humano completo, ¿cómo no iban a ser diosas?

Para compensar por tanto portento femenino, los hombres idearon jerarquías masculinas, rituales viriles y áreas exclusivas para hombres, sea en la choza, el templo, el ministerio de economía, la casa de gobierno, el club de fútbol o el salón de billar de la esquina. Sólo hace cinco mil años a las mujeres se nos acabaron los privilegios y la sociedad estrenó a un Dios varón que decretó que las mujeres son seres de segunda categoría, y que Dios te libere de parecerte a ellas^[2]. Hay muchos menos empleos para mujeres que para hombres, y cuando los consigues, te pagan menos por ser mujer. Asimismo, cualquier estúpido llega a ser presidente, pero cuando una mujer se acerca demasiado al poder, la denostan diciendo que «es codiciosa y trepadora... ¿Y quién cuida de sus hijos?», como dijeron de Ségolène Royal en Francia^[3], o que «vive enojada y tiene mal carácter», como han dicho los republicanos de Hillary Rodham Clinton^[4].

En un mundo donde el apellido se hereda por línea paterna, donde las mujeres no llegan a cargos jerárquicos, donde ellas poseen sólo el 1% de la propiedad inmobiliaria mundial y son las únicas que sacrifican sus avances personales para cuidar de los hijos, ¿quién querría ser mujer?

Por eso, el peor insulto que se le puede decir a un varón es «eres una niña» o «afeminado». La sociedad entera se encarga de transmitir a los varones que es malo tener características «femeninas», como ser emocional, preocuparse por los demás, estar atento a los sentimientos o vestirse de rosa, y que es bueno ser «masculino», es decir, ser agresivo, competitivo y escupir en el suelo.

La verdad es que cualquier ser humano puede ser atento o competitivo, o ambas cosas a la vez. Y hay muchas mujeres que escupen más lejos. Es a través de este sistema patriarcal que educamos a las niñas para que anulen su competitividad con aquello de «sé buena», y a los varoncitos para que anulen sus emociones con lo de «sé fuerte».

Estos prejuicios nos dañan y separan a todos por igual.

Mientras los hombres siguen soñando con mujeres que les traigan el desayuno a la cama —*geishas* sometidas y pasadas de moda—, las mujeres están buscando hombres sensibles que les lleven el desayuno a la cama, hombres que sólo existen en las películas de Hollywood. Y es así como logramos un desastre social: ¡millones de parejas sin levantarse, enfurruñadas y muertas de hambre, esperando que alguien les lleve el desayuno a la cama!



¿CARICIAS O SANDALIAS NUEVAS?

Durante siglos nos enseñaron que las niñas eran las cuidadoras y que los varones eran los héroes dedicados a buscar el éxito. Los tiempos cambiaron, y ahora que las mujeres también están interesadas en el éxito, lo que ellas quieren son hombres que sean cuidadores. Pero como esa tarea de cuidador jamás ha sido valorada en el hombre, él no se esfuerza por serlo, y tampoco le interesa hablar, porque es muy posible que eso acabe con su imagen de fuerte, duro y misterioso.

La mujer se queja por verse tratada sin consideración alguna por un hombre que no se comunica y no le demuestra su aprecio, y el hombre se queja de que ella es quejosa. Entonces, ella piensa: «Yo no le importo nada», y para no enojarse todos los días, opta porque ya no le importe más la relación. Los maridos entonces compensan su falta de contacto emocional abriendo más seguido la billetera. Y ella piensa: «Yo quería romance, pero si no hay romance, al menos hay zapatos nuevos». Y él se queja de que ella sólo piensa en gastar dinero. ¡Los hombres no tienen idea de cuánto dinero se ahorrarían si se esforzaran por ser más románticos con sus mujeres! En ciertas mujeres puedes calcular la indiferencia del marido contando los pares de zapatos que tiene en su vestidor. ¡Imagina qué sola se sentía Imelda Marcos^[5]!

Así que ya ves que estamos ante un dilema insoluble. El encuentro entre hombres y mujeres depende de que puedas apreciar lo que un hombre pueda darte pese a que lo han educado para que no lo dé. Por eso, ya es un logro que esté dispuesto a reparar el enchufe, sacar la basura, enseñarles a los niños a andar en bicicleta, acompañarte al cine y hacerte el amor. Y si lo hace sonriendo, tu hombre es un verdadero tesoro. Lo notas porque tus amigas te dicen: «¿Tu marido ha llevado a los niños al médico y luego te ha invitado al cine? ¡Ohhh, qué tiernoooo! ¡Ese hombre es un amoooooor!».

CAPÍTULO 2

LA TIMIDEZ MASCULINA

Los hombres crecen pero no maduran.

—DAUDET

NOMBRES SIN HAMBRE DE HEMBRA

La idea de un noviazgo es muy distinta para una mujer que para un hombre.

Una mujer que quiere encontrar pareja se siente disponible para casi cualquier hombre con cierta cultura, buena presencia, cortesía, nivel económico y buen gusto a la hora de elegir el color de los calcetines.

Un hombre que quiere encontrar pareja, en cambio, se enamora de la idea de enamorarse. Pero, como en todo lo que hacen los hombres, queda atrapado en la idea global y no en los detalles que conforman esa idea, como, por ejemplo, encontrar una mujer con quien concretarla. Entonces a cualquier mujer va y le confiesa que se ha dado cuenta de que ya está grande, que quisiera formar una familia, tener hijos, encontrar una compañera... Pero es sólo en teoría, porque ni siquiera la mira a los ojos al decírselo, ni lo usa como sistema de levante. Es más, se lo dice mirando el reloj y diciendo: «Y me voy corriendo, que quedé en encontrarme con un amigo». Y capaz que se lo está diciendo a la misma Penélope Cruz, que por supuesto también se queda pasmada preguntándose para qué le cuenta él eso si ni siquiera ha coqueteado con ella ni le ha pedido el teléfono. Es que no están buscando amor: es sólo un plan, como cambiarle los neumáticos al auto.

Ellos no ven en cada mujer una oportunidad para el amor. En verdad, tampoco ven a las mujeres, sino a la pantalla de televisión que está detrás de cualquiera de ellas.

Mi amigo Héctor afirma que se quiere casar algún día, pero que para hacerlo espera que una mujer lo conquiste a él, porque no quiere hacer él todo el asunto del cortejo, ya que «los hombres somos tímidos». Entonces prefiere huir del problema y quedarse en su casa a ver Discovery Channel, para descubrir que sigue solo como una almeja de río.

Mi amigo Diego, que cuenta con varias admiradoras, también afirma que «no se anima» a acercarse a las mujeres con proposiciones ni honestas ni deshonestas. Y entonces opta, cobardemente, por quedarse en su casa gelatinizando su cerebro con una sobredosis de televisión, especialmente de los programas que muestran mujeres poco vestidas.

¿Qué está pasando?

Los hombres no tienen derecho a ser tímidos. El macho verdadero, en la naturaleza, no es tímido. No puede ser tímido, porque si lo fuera, no comería, no sobreviviría, no cortejaría a una hembra, no se reproduciría y moriría sin descendencia. La parte más importante de la vida de los animales es la etapa de la *conducta apetitiva*, que es cuando se llevan a cabo actividades con el fin de buscar pareja para consumir el acto sexual, reproducirse y evitar que se extinga la especie. Hasta las especies más elementales, de ameba o bacteria para arriba, tienen sus reglas de cortejo destinadas a demostrar que «yo soy el mejor, es conmigo que debes reproducirte».

Pero el macho humano parece haber perdido por completo dicha *conducta apetitiva*, para reemplazarla por una *conducta aperitiva*, que se basa en picar algo antes del almuerzo, porque la única tentación de la carne que sienten es por la carne de vaca, con orégano, papas y cebollas bien doradas.

¿Qué les falta a los hombres para animarse más?

ARRULLOS DE PALOMOS

Todos los animales, y hasta los insectos, realizan complicadísimos rituales, danzas, cantos y despliegues visuales llamativos destinados a captar la atención de la hembra para atraerla. Siempre es el macho el que debe atraer a la hembra, no al revés. En todas las especies, el macho es mucho más estético, colorido y llamativo que la hembra. Tiene mayor plumaje, pelaje más largo y tupido o de un color especial. Todo para convencerla muy sutil y seductoramente de que quizás valga la pena dejar que se le suba encima, la aplaste y la despeine.

Basta sentarse un ratito en un banco de una plaza para darse cuenta de que a los palomos machos no les resulta en absoluto fácil eso de subirse encima de una grácil palomita. ¿Por qué habría de resultarles, entonces, más fácil a los machos humanos? Los palomos sacan pecho, caminan erguidos, emiten cautivantes arrullos y se contonean de modo tal que la pequeña y opaca hembrita pueda admirar mejor el brillo del sol en las plumas tornasoladas de sus cuellos. Todo esto lo hacen sin ninguna garantía de éxito, porque el 99% de las palomas los matan con la indiferencia, los esquivan con alevosía e ignoran por completo su presencia, cuando no salen, literalmente, volando. Y a ellos no les queda otra que desinflar el buche por un ratito, para retomar el intento de conquista en cuanto ven a otra palomita agraciada. Sin embargo, jamás he escuchado a un palomo suspirar desesperanzado, ni

protestar diciendo con desprecio: «¿Quién entiende a las palomas?», ni lo he visto refugiarse en los aleros para pasarse el resto de la semana componiendo tangos tristes, con letras sobre el abandono, o mirando palomas desnudas por televisión.

¿Por qué los hombres quieren la vida tan fácil si en la naturaleza la conquista no es fácil? Si no es fácil para los animales inferiores, tanto menos lo es para los humanos, que poseemos un sistema nervioso central bastante más complicado.

Pero no, los hombres no quieren seguir las leyes de la naturaleza. Quieren que nosotras los conquistemos a ellos tomando la iniciativa, cosa totalmente forzada y artificial, casi un acto *contra natura*.

MIEDO AL MIEDO

La culpa de todo la tiene esa vana característica masculina que se denomina «temor al rechazo». Ese temor es el que impide que ambos sexos se estrechen las manos en signo de paz, de amistad y, ¿por qué no?, de amor. Es el que causa que haya más gente solitaria y menos parejas felices.

Una cosa es cierta: todos nos tememos los unos a los otros. Woody Allen dice que lo más asombroso de ser una celebridad es que la gente le pierde el miedo a la persona famosa y se acerca a saludarla como si fuera inofensiva: «¿Y qué saben si no soy un loco peligroso y si no los voy a golpear?». Bueno, uno no le teme a un famoso porque piensa que el famoso sabe que si nos golpea, al día siguiente esa reacción violenta estará en la primera plana de los periódicos de todo el mundo. O sea que los famosos no nos golpean por temor a lo que dirá la prensa.

Entonces, ¿que no les temamos a los famosos significa que les tememos a los ignotos? En parte, sí. Todos sabemos que todo ser humano puede ser encantador, puede colmarnos de alegría, pero que también puede hacernos sentir inadecuados, fracasados y torpes, y eso duele más que un golpe en la nariz. En esencia, todos tememos que cada persona que nos cruzamos nos haga daño. Por eso mismo fueron inventadas tantas reglas de cortesía y buena educación. Diciendo «Gracias», «Por favor», «Faltaba más» y «Buenos días», nos protegemos de que el otro nos golpee la nariz al primer encuentro. También por eso uno se saluda mostrando la mano: para mostrar que está desarmado.

En el ámbito de las relaciones humanas, las peores heridas no son del cuerpo, sino de la autoestima.

Habiendo ya reconocido y dado por sentado el temor que pueda sentir un hombre a sentirse herido, insisto en que tienen que afrontarlo y, llegado el caso, *soportarlo* también. Que para eso son machos, caray.

¿Por qué los hombres no se nos acercan como las aves macho a las hembras? ¿O será que esperan que las mujeres den el primer paso? Los hombres deberían saber que las mujeres, como buenas hembras que somos, no vamos a tomar la iniciativa. Si las palomas no lo hacen, ¿por qué tendríamos que hacerlo nosotras?

Nos encanta que ellos se aproximen sacando pecho como los palomos, y que nos muestren los aspectos tornasolados de sus personalidades. Por otra parte, lo saben hacer mucho mejor que nosotras una vez que dejan sus temores, inhibiciones y timideces de lado.

¡DEBES MEJORAR
TUS TIEMPOS DE CARRERA!
¡A LA VELOCIDAD QUE
VAS, CUALQUIER SOLTERA
TE ALCANZA!...



QUE ÉL HAGA EL ESFUERZO

En algún momento, alguien dijo que las mujeres modernas dan el primer paso si les gusta un hombre. Esto hizo creer que la conquista no es un tema exclusivamente masculino en una sociedad avanzada. El tiempo se encargó de demostrar que esto es un error.

La verdad es la siguiente: cuando las mujeres tomamos la iniciativa sólo conseguimos hombres calamitosos.

¿Y por qué sucede esto? ¿Por qué las mujeres no sabemos elegir hombres?

Lo que de hecho sucede es que cuando una mujer elige al hombre y va tras él de manera directa, ella lleva las de perder. Como fue idea de ella y no de él la de formar pareja, él nunca se da el gusto de sentirse el macho conquistador, sino que más bien se siente el conquistado. Eso lo hace sentir poco hombre, lo que no le conviene a ninguna mujer.

Cuando una mujer hace todo el trabajo de la conquista, se queda sin saber jamás si él la habría elegido si no hubiera sido por ella.

Además, uno de los principales temas de conversación en un evento social —«¿y ustedes como se conocieron?»— queda arruinado para siempre cuando una responde: «Como él ni me miraba, fui y le pedí el teléfono antes de que se lo pidiera otra... Entonces me miró sorprendido y me dijo: “¿Por qué no? Ya que insistes...”». Lo que es una verdadera porquería y lo hace quedar a él como un tonto grave. Cuando alguien te pregunta cómo se conocieron, quiere escuchar una historia romántica o curiosa, no patética como: «Él se me acercó, yo creí que venía a hablarme y le ofrecí una silla, y media hora después me dijo que sólo se había acercado para pedirme la mostaza. Tomó la mostaza y se fue, y yo corrí tras él». Esto sólo prueba que él es distraído, tímido, desinteresado, muerto de hambre... o todo eso junto.

Una mujer que conquista a un hombre pusilánime y perezoso, debe atenerse a lo que vendrá luego: una convivencia gris junto a un marido desgastado, que además se irá con otra, porque si ya cedió una vez a los embates femeninos, es de los hombres que se dejan conquistar fácilmente.

Cuando una mujer acaba en pareja con alguien que no estaba tan interesado en ella como para hacer el esfuerzo de conquistarla, seguirá ligada a alguien que jamás hará ningún otro esfuerzo por ella. Entonces, ¿para qué lo quiere?

Los hombres aprecian mucho más aquello que les costó conquistar que aquello que les llegó sin esfuerzo. Y aprecian mucho más aquello que temen perder, o que no sienten 100% seguro. Si un hombre tuvo que hacer el trabajo de conquistarte, te aprecia el doble por el tiempo que ha invertido en ganarte para él. Y te cuida más porque le aterra perderte. No es bueno que ningún hombre se quede demasiado tranquilo pensando que su mujer jamás lo dejará. Esa leve zozobra de «no sé si ella me querrá para siempre» es muy sana en toda pareja, y hace que los hombres se esfuercen un poco más en agradarte, duchándose cada tanto.

No te dejes engañar: la timidez masculina no es simpática, ya que es como un egocentrismo dado vuelta. El tímido lo es porque cree que, como todos lo miran solamente a él, no puede hacer nada por miedo a hacer algo incorrecto. O sea que lejos de ser un macho de ley, el hombre tímido es un hombre paralizado.

Otra cosa más, el hombre inseguro suele ser insoportablemente celoso (pues cree que cualquiera es mejor que él) y muchas veces violento (porque no sabe cómo retenerte sin que no sea por la fuerza). Si precisas conmoverte por algo en un hombre, que sea por cómo le sonrío a su sobrinito y no por su timidez.

EL PODER DEL PELMAZO

Aunque creas en la igualdad sexual, en este tema nos tenemos que poner machistas. Siglos de cortejos nupciales entre palomos y palomas, ballenos y ballenas, novios y novias, nos demuestran que, para que la cosa salga bien, las mujeres debemos esperar sentadas a que un hombre nos elija. Para ellos será mucho más fácil darle a un blanco fijo que a un blanco móvil. ¿Por qué crees que Joan Manuel Serrat, Nicholas Cage y Matt Damon se casaron con camareras? Porque es mucho más fácil para ellos encarar una mujer que está durante diez horas encerrada en un mismo ambiente y usando uniforme que permita identificarla, que acercarse a una mujer que cambia de sitio y de ropa, lo que los obliga a recordar qué llevaba puesto.

Siempre hay un momento en la vida en que alguno se fija mucho en ti, hasta el punto de llamarte constantemente. Quizás no sea el hombre de tus sueños, pero tiene la ventaja de insistir. Ese es el poder del hombre pesado y machacón: pase lo que pase, él te anda rondando, te sigue, te busca, te llama, insiste en que quiere verte. ¡Un pesado total! Y por más que lo rechaces, llega un día en que estás con la guardia baja, triste y sola, y él está ahí para escucharte y mimarte, y le dices que sí. Y, ¡zás! Acabas casada con Carlitos, el que siempre llama, ese que tus hermanos te pasaban el teléfono diciendo: «¡Para ti! ¡Otra vez ese Carlitos tan molesto!». Pero Carlitos te eligió e insistió, y los otros no. Y Carlitos se convierte en el hombre de tu vida.

Hace poco, haciendo *zapping* en la tele me quedé viendo en la RAI una entrevista al famoso cantante y animador de los años cincuenta Tony Dallara, autor de los hits vencedores del Festival de San Remo *Come prima* y *Romántica*, que estaba celebrando con su esposa los 36 años de felicísimo matrimonio. A la sonriente esposa le preguntaron cómo se conocieron, y ella respondió: «Alguien le habló bien de mí, le dio mi teléfono, él no dejaba de llamar todos los días. Yo ni lo conocía, pero insistió tanto que le dije que sí, y aquí estamos...». La conductora le dijo: «Esa no parece una historia de amor muy especial... ¿Usted le dijo que sí por lo mucho que insistió?». Y la esposa del cantante dijo: «¿Acaso no lo hacemos todas? Mire, a mí y a cualquier mujer nos viene bien cualquier hombre, pero no todos se fijan en una. Creo que todas terminamos quedándonos con el que siempre llama, porque insiste, está presente en el momento indicado y espera hasta que aflojamos». Tony la besó, le dieron a él el

micrófono y le dedicó a su mujer, emocionado, su canción favorita: «*Tu sei romántica...*».

CLARO QUE SALDRÍA CONTIGO...
SI TE HUBIERAS OFRECIDO A
CARGAR MIS BOLSAS TREINTA
CALLE ATRÁS...



CAPÍTULO 3

LOS HOMBRES SON ABURRIDOS

Las mujeres son muchísimo más interesantes que los hombres.

—GUILLERMO ARRIAGA, guionista de
Amores Perros, 21 Gramos y Babel.

Todo el mundo ama a un hombre divertido. Pero nadie le presta dinero.

—ARTHUR MILLER

*Los hombres casados son horriblemente tediosos cuando son buenos
maridos, y abominablemente engreídos cuando no lo son.*

—OSCAR WILDE

ABURRIDOS DE NACIMIENTO

Toda mujer quiere estar enamorada, Pero el proceso para llegar a estarlo es tan arduo, que abandonas en el intento. A veces no queda otro recurso que dejar que tus amigos y amigas te presenten a alguien que ellos piensan que es justo para ti. No puedes decirles que no demasiadas veces porque los quieres y sabes que ellos lo planean con las mejores intenciones. Pero a ti el plan te parece una pesadilla, porque las tres veces que has dicho que sí, te has aburrido como una ostra, pero no en el mar, sino en una de esas peceras en las que las ponen antes de servir las con limón.

Y dices que no, porque las estadísticas te indican que será otra cita más que aburrida, con un señor que no saca ningún tema de conversación, no tiene opiniones, no le interesan las tuyas, cuando opina es recalcitrante y no acepta otra idea, o se lanza a hablar de autos y no hay quien lo pare. Hasta que nota que te aburre y calla, cerrándose como una ostra. Así que, en una misma cita, tenemos dos ostras frente a frente, una por aburrida y el otro por cerrado... ¡Pero son dos ostras que ni siquiera quieren aparearse!

Para tu consuelo, no estás sola con este dilema.

En esto no hay polémica ni controversia: el 90% de las personas, hombres y

mujeres, coinciden con que los hombres son aburridos.

Los mismos hombres saben que un ambiente exclusivamente masculino es casi depresivo. Los conductores de televisión saben nadie mira un panel sin mujeres. Los editores saben que en la tapa de las revistas tienen que poner mujeres porque las fotos de hombres no venden. Sólo en la industria del cine los hombres se cotizan cobrando millones de dólares, pero para aparecer en escenas donde acaban dinamitados y acribillados a balazos.

Si hablamos de imagen, la ropa de hombres es soporífera: no salen jamás de la clásica camisa, saco y corbata. Los únicos colores permitidos son la gama del azul, gris y marrón, la rutina en su máxima expresión. Un leve toque de verde musgo es la única trasgresión permitida. Los hombres jóvenes se animan con el naranja, pero uno de más de treinta años usando naranja es patético, payaso o gay.

Hace siglos que los hombres están usando la misma ropa, con los mismos colores. Aún me sorprende que existan negocios de ropa de hombres. ¿Qué pueden mostrar, si todo lo que tienen es idéntico a sí mismo en todas partes? Los hombres compran siempre lo mismo. Cada vez que se les rompen los zapatos o las medias, van y compran otro par exactamente igual al anterior. Su único accesorio permitido es una corbata, que es una tira de tela alrededor del cuello, la misma porquería que usan todos los hombres del mundo desde hace tres siglos, de manera inexplicable, porque a ellos no les gusta usar corbata, a nosotras no nos atraen con corbata... Entonces, ¿por qué diablos siguen usando corbatas? ¡Para demostrar cuán aburridos son!

Los sitios frecuentados por hombres también son aburridos.

Repasemos: talleres mecánicos, astilleros, ferreterías, pinturerías, bares sucios, hangares, refinerías de petróleo, represas hidroeléctricas, fábricas y edificios en construcción. Son esos lugares donde uno entra por obligación... ¡y de los que quiere salir cuanto antes! No tienen colores, ni niños, ni música, ni alegría, ni platos sabrosos. Son grises, sucios, peligrosos, incómodos y con un nivel de ruido que imposibilita toda conversación.

También los baños de hombres son atrozmente aburridos, es por eso que ellos salen tan pronto de allí. Los de mujeres tienen toallitas, jabones, espejos y conversaciones fascinantes. ¿Cómo no vamos a demorarnos allí? ¡Les de ellos tienen olor a pis y papeles en el piso!

Los pasatiempos de los hombres son patéticamente aburridos: hacer *zapping* en la tele, ver partidos de fútbol, ver qué hay en el refrigerador y volver a ver qué más hay en el refrigerador.

Los más activos se divierten intentando meter pelotitas en cestos, arcos y hoyitos en actividades llamadas «deportes», porque se sienten dioses cuando lo logran. Otros practican la pesca, que es mirar fijo el agua hasta que sale un pez, o el aeromodelismo, que es mirar fijo a un avioncito hasta que lo terminan de armar, cuando ahorrarían más tiempo comprándolo armado.

Los más aburridos de todos practican el «sapito», tirando piedras chatas al agua,

para que reboten en la superficie saltando. De hecho, hay un tejano que tiene el récord mundial en el Guinness de los Récords de 38 rebotes de la piedrita. (Es mundialmente famoso, ¿no quieres que te lo presente?).

Otra aburrida afición masculina es coleccionar tonterías como descorchadores, posavasos, encendedores o lapiceras. Pero los más aburridos son los que se dedican a actividades absurdas como coleccionar trenes en miniatura, hacer barcos con fósforos de madera, coleccionar sellos postales o escribir poesías en un grano de arroz. Y la verdad es que un hombre jamás debería dedicarse a una actividad que no le provea de conversación interesante para amenizar la velada junto a una mujer. Imagina lo que sufrirías si tuvieras un novio que te dice: «Si no consigo el Vagón Suizo X 33 de puertitas rojas, me mato», «¡Necesito sellos de El Vaticano!», «Sólo me faltan 2345 fósforos para acabar la popa de la fragata», o «Me di cuenta de que el himno nacional no entra en un grano de arroz... ¡pero tal vez entre en un carozo de aceituna!». ¡Uf!

¿Y HOY QUÉ HACEMOS?

...LO QUE TÚ QUIERAS...

¿CUALQUIER
COSA QUE TE PROPONGA
TE DIVIERTES?

NO;; ME ABURRO TANTO
CONTIGO QUE TODO ME
DA LO MISMO!



FANÁTICOS DE LOS AUTOS Y MOTOCICLETAS

También están los que disimulan su aburrimiento obsesionándose con autos y motos.

Los locos por los autos se pasan la vida con la cabeza dentro del motor o el cuerpo debajo del chasis. Cuando tienes un novio aficionado a pasar las tardes dedicado a reparar algo debajo del auto, sólo le ves las suelas de los zapatos. Ellos invierten toda la plata en cosas que uno nunca sabe qué aspecto tienen, como cigüeñales, burros de arranque y tapas de cilindro. Su tema de charla preferido es si conviene o no abrir el carburador de su coche... ¡Mientras tú ni sabes qué diablos es un carburador!

Pero los que tienen moto son peores. Una moto tiene mucha más suerte que la novia del dueño. Para empezar, una moto jamás está sola. Su dueño no la deja más que por breves minutos, porque sabe que el mundo está lleno de hombres como él, que le arrebatarían la moto con mucho más entusiasmo del que podrían arrebatarle a la novia. A la moto, su dueño la mantiene siempre aceitada y llena de combustible. A la novia la suele dejar oxidándose y con hambre. Los motoadictos siempre le están comprando algo nuevo a su moto: una mochila, un espejito retrovisor, una luz de frenos. Pero a la novia no le compran ni un espejito. Toda la autoestima del que tiene moto pasa por dicha moto. Yo creo que esa fascinación masculina reside en que las motos hacen tanto ruido que impiden todo diálogo. Eso a los hombres les resulta muy útil, porque no les gusta hablar con la novia. Entonces la novia se enoja con ellos. Pero por poco tiempo porque él tiene que llevarla a casa. Como tiene moto, la deja en un santiamén. Y ella no puede viajar en moto sin abrazar al que la conduce. O sea que, enojada y todo, termina abrazándolo a él.

Los hombres serán aburridos pero no tontos.

PAN CON PAN Y VIAJES EN SILLÓN

¿Por qué a las mujeres nos irrita el aburrimiento masculino?

Porque el aburrimiento es la suprema expresión de la indiferencia.

Una cosa es que un hombre te diga: «Estoy aburrido», y otra es que veas que no se trata de un estado pasajero sino que él es un aburrido de tiempo completo.

Entre los aburridos de tiempo completo están los obsesivos que hacen todo bajo una rutina estricta y los abúlicos que no se levantan de la cama hasta mediodía, y cuando lo hacen es sólo para buscar una cerveza.

En las reuniones de parejas se forman dos grupos diferenciados: hombres por un lado y mujeres por otro. Otorgándoles el beneficio de la duda, muchas veces he intentado batir mi propio récord de permanencia en el grupo de hombres para ver de qué hablan ellos. En sus mejores tramos, la comunicación masculina va de chascarrillo en chascarrillo, bromean entre ellos en una cadena insufrible de gastadas

y no hay ningún tema central. En los peores, se trata de información estricta: ventajas de un auto sobre otro, y de un equipo de fútbol sobre otro, precios de autos y precios de jugadores. Pero bien puedes pasar dos días enteros con ellos y no obtienes ninguna información personal. Mientras yo intentaba escuchar sus disquisiciones acerca de fútbol sin bostezar, escuchaba las risotadas del grupo de mujeres que estaban en la cocina. Cuando me di cuenta de que ya había pasado suficiente tiempo tratando de comprender a los hombres, conté hasta tres y salí corriendo al fascinante rincón de la charla femenina donde circulaban cuatro temas a la vez, todos profundos y amenos. Y allí escuché seis conversaciones al mismo tiempo, mientras ellos se dedicaban a beber en silencio.

Los hombres tampoco beben porque tienen sed, sino por aburrimiento.

Son adictos a la comida aburrida: carne, pan, budín de carne y budín de pan. Cuando nadie cocina para ellos, su libro de recetas se llama Páginas Amarillas y eligen «0-800-PIZZA». No vale la pena que quieras sorprenderlo con un pollo tandoori, fajitas con guacamole o un nasi goreng indonesio. Pondrán cara de asco y dirán: «¿Qué es esa porquería perfumada?». Y ni siquiera intentarán la aventura de probar algo nuevo.

En su tiempo libre, los aburridos machos se tumban en la cama a ver su programa favorito en la tele: el informe meteorológico. Así como no les interesa probar nada distinto o novedoso, no les interesa ver lo que pasa afuera de sus cuatro paredes. Se animan a poner una mirada en el mundo, pero sólo a través de una computadora, navegando. No hacen planes para los fines de semana, no arreglan nada con amigos, no les interesa pasear ni salir de vacaciones. Todo les parece muy complicado y engorroso, o que no vale la pena salir porque hay mal tiempo, o porque «allí ya he ido una vez». Aunque sospecho que en el fondo lo que sienten es que no vale la pena moverse ya que «no importa adonde viaje, allí estaré yo». Es que son tan aburridos que se aburren a si mismos.

Pero siempre hay excepciones...

HABUAMOS DE ALGO DISTINTO:
EN VET DE HABLAR DE SIGNOS
ZODIACALES... ¿POR QUÉ NO
HABUAMOS DE SIGNOS DE
CANSANCIO?



NO TODOS SON ABURRIDOS

Hay una frase que dice: «Un hombre sin leyenda no es nada». Es cierto. Un hombre hecho y derecho es quien te puede contar aventuras, cosas divertidas, osadas y riesgosas que vivió, que son las que lo convirtieron en hombre. Pero la verdad es que hay pocos hombres con leyenda. Yo no he conocido a ninguno, salvo que casi ahogarse en la bañera a los cuatro años se considere «leyenda». Por eso traté de recordar si tengo alguna amiga que conozca un hombre con leyenda, que sería lo contrario de un hombre aburrido.

Mi amiga Leticia, por ejemplo tiene suerte: está de novia con un muchacho que se dedica todos los fines de semana a practicar parapente. Para hacer eso, su novio viaja solo al campo con su grupo de parapentistas y la deja sola y libre de hacer lo que quiera. A veces él llega fracturado por una mala caída desde riscos afilados, y ella le tiene que cortar el pollo en trocitos pequeños porque él tiene un brazo enyesado.

Susana se casó con un fascinante piloto de aviación que viaja por el mundo veinticinco días por mes, mientras los cinco restantes que está en casa no hablan porque está cansado.

Lola está casada con un empresario exitoso que fue actor de cine, practica polo y navegación a vela, cocina comida china a las mil maravillas, cuenta anécdotas graciosas y siempre está desaparecido porque, dice, los amigos lo invitan a interminables torneos de golf, aunque ella sospecha que se va a navegar con la secretaria.

Graciela estuvo de novia con un periodista que fue corresponsal de guerra. Un tipo increíble. Cada vez que llegaba de un viaje se dedicaba a destrozar la autoestima de Graciela, como para que ella se convenciera de que nadie más que él podría amarla jamás. Se peleaban y reconciliaban todo el tiempo, lo que para ella era vivir en una montaña rusa emocional. Y vivía con el corazón en la boca, sin saber si él volvería o no, si la amaba o no. ¡Todo tan entretenido que ni podía dormir! Graciela creía que su corazón palpitaba por amor cuando en verdad tenía taquicardia de terror.

Ya ves que hay hombres con leyendas... ¡Leyendas calamitosas!

QUÉDATE CON EL MÁS PREDECIBLE

Por suerte para nosotras, la mayoría de los hombres no tienen leyenda: son aburridos. Son seres previsibles que no quieren cambios ni sorpresas en su vida. Son hombres que así como son cuando los conoces, se quedan para siempre. ¿Van a cambiar? Si. Perderán un poco de pelo y tendrán más barriga, pero sus gustos y costumbres serán los mismos de siempre, no van a cambiar. Así que si tienes que elegir entre un hombre fascinante y uno aburrido, la opción más sana es el aburrido.

¿Acaso te estoy aconsejando que tu vida sea una larga sucesión de bostezos y días grises con horas que se arrastran sin que sepas qué hacer? No, no es ese el punto.

Sucede que los aburridos son hombres confiables, que no te vendrán con sorpresas como: «Me enamoré de mi secretaria» o «Vendí la casa para comprarme una Ferrari». El hombre aburrido nunca te pondrá los cuernos con una modelo de 18 años. No es esa su meta en la vida, porque no le interesan las metas. Lo que quiere el macho aburrido es que lo dejes tranquilo en posición horizontal y que lo llames cuando sea la hora de comer. No le interesan otras mujeres, ni otra vida, ni tener aventuras. Le interesa saber que el día de mañana será más o menos como el de hoy, que el verano que viene hará más o menos lo mismo que el verano pasado, y que no lo molesten ni importunen con planes raros, que es como él llama a cualquier cosa que lo saque de su rutina habitual.

Un hombre así será aburridísimo, pero podrás contar por siempre con él, porque estará para siempre a tu lado, llenando tu existencia de rutina, si, pero también de certezas. Y en un mundo tan imprevisible, variable, hostil y extraño, tener un hombre que siempre es el mismo y no quiere cambiar es casi un alivio y un consuelo. Tener en tu vida un hombre aburrido es un remanso en la vorágine, es relajarte en tu refugio, donde él te espera, feliz y contento... de que no pase nada.

TENGO QUE DECIRTE
QUE LO QUE ME ENAMORÓ
DE TI FUE TU SONRISA...
PERO AHORA QUE YA NO
SONRÍES, LO NUESTRO
NO TIENE SENTIDO



CAPÍTULO 4

¿POR QUÉ LOS HOMBRES NO HABLAN?

Un estudio del Washington Post dice que las mujeres tienen mejores habilidades verbales que los hombres.

Yo solo quiero decirle a los autores de ese estudio: «Uh».

—CONAN O'BRIEN

Cuando no se puede corregir algo, lo mejor es saberlo sufrir.

—SÉNECA

HOMBRES SILENCIOSOS

«Mi marido no me habla» es el motivo de queja de la mayoría de las mujeres. Esperas a que llegue el final del día para reencontrarte con él, y cuando le preguntas cómo le ha ido, él te responde: «Bien», y enciende la tele. Si quieres hablar con él por mañana, se escuda detrás del periódico.

Una cantidad enorme de mujeres se separan de sus maridos, hartas de sentirse rodeadas de silencio. Pero así no resuelven nada, ya que con cualquier otro nuevo amor se repite la misma historia: «Mi primer marido no me hablaba. El segundo, me habla menos».

Tampoco es que ningún hombre hable. Muchos hablan tanto que no te escuchan. El problema es que para los hombres el silencio es paz y relajación, y para las mujeres el silencio es tedio y problemas. ¿Qué mujer puede —como hacen ellos— ver televisión con un amigo, en total silencio por horas sin pensar: «Debe estar enojado conmigo»?

Asumir que los hombres no saben dialogar como las mujeres es lo primero que debes tener en cuenta para poder congeniar con ellos.

Pero hay trucos para hacerlos hablar, que ahora te diré.

POBRECITOS SUS CEREBROS

No puedes enojarte con un hombre porque no te hable, porque si no puede hacerlo es porque tiene el cerebro dividido.

Se sabe que el hemisferio cerebral izquierdo es el de la imaginación, la creatividad, la central procesadora de emociones; mientras que el derecho es el cerebro práctico, el de la coordinación psicomotriz (útil para los deportes), el que calcula riesgos y medidas a tomar, y el de la razón.

En el medio de los hemisferios cerebrales está el cuerpo calloso, que es un grupo de conducciones nerviosas que sirve de puente entre ambos lados. Esta parte del cerebro es más grande y está más desarrollada en la mujer, lo que implica una mayor capacidad de comunicación.

Las mujeres tenemos un cerebro más unificado, más globalizado. O sea que las mujeres podemos razonar y sentir al mismo tiempo —y colar los fideos y atender el teléfono—, y podemos expresar con palabras lo que sentimos. Tenemos muchas más neuronas dedicadas al lenguaje y a la observación de emociones ajenas. Usamos ambos hemisferios (lo que favorece la capacidad verbal) y esto nos permite realizar tantas acciones a la vez que necesitamos comunicarnos para liberar tensión.

Los hombres, en lugar de un puente de carne entre ambos hemisferios, tienen un enorme abismo. Ellos razonan o sienten. Como no puedes pedirles que hagan ambas cosas a la vez, o hablan o piensan. De ahí que nuestra famosa pregunta de «¿En qué estás pensando?», sea inevitablemente respondida por los hombres con un parco «En nada». ¿Es que ponen la mente en blanco en segundos, cuando a nosotras nos llevaría años de entrenamiento en meditación con un monje tibetano? ¿Cómo se puede pensar «en nada»?

La neuropsiquiatra americana Louann Brizendine, de la universidad de Yale y autora de *The Female Brain (El cerebro femenino)*, afirma que «*las mujeres tienen en el cerebro autopistas de ocho carriles para procesar emociones, mientras los hombres tienen un sendero de montaña*». Nuestras emociones son ferraris, las de ellos, carretillas.

Como los hombres hablan poco, las mujeres piensan que hablan en clave, y se obsesionan por decodificarlos como si fueran jeroglíficos egipcios, tratando de descubrir qué habrá querido decir él cuando dijo tal cosa. Y en verdad los hombres nunca te quieren decir «algo»; te lo dicen o no te lo dicen. Los hombres no son complicados, sino obvios. Cuando los ves callados, con la mirada perdida, no están meditando sobre el futuro de ambos, están con la mente en blanco, pensando «en nada». Así que ya sabes: si un hombre no te dice nada, no es que esté enfadado, es que no tiene nada que decir.

Entonces, ¿por qué quieres que te hable?

¿QUÉ HAY QUE HABLAR TANTO?

Las mujeres, al contrario de los hombres, pensamos tanto que la única manera de

callar ese barullo mental es pensar en voz alta y dejar que todo salga. Necesitamos hablar para comparar lo que pensamos con lo que piensa otro, y para que nos ayude a tomar decisiones con sus respuestas. Si un hombre nos responde a todo «Ajá», no nos ayuda en este proceso y nos empezamos a impacientar.

¿Por qué queremos hablar las mujeres? ¡Para sentir que pertenecemos a la especie humana! Si no, ¿qué diferencia habría entre dos camellos y dos personas? ¡Las personas hablan! Salvo tu marido, que tiene más de camello que de persona. Por eso muchas mujeres, para saber si él las escucha, le preguntan cada tanto: «¿Me estás escuchando?». Y cuando él dice: «Claro que te escucho», lo ponen a prueba diciendo: «A ver repítame todo lo que acabo de decir». Y ellos lo repiten como un loro, sin percatarse del significado de las palabras: «Has dicho: “Me enamoré de mi profesor de tenis y vendí tu auto para irme con él a conocer París...”. ¿Ves cómo te escuch...? ¿Ehhh? ¿QUÉ HAS DICHO?».

Conversar es revelarle al otro lo que pasa en los rincones más recónditos de tu cerebro. Es un acto de intimidad y a ellos, la intimidad los asusta. A las niñas se les regalan bebés de juguete, perritos, ositos y muñequitas decoradas con corazones. A los niños se les regalan ametralladoras y robots... ¡y ningún corazón! Los varoncitos van perdiendo contacto con sus sentimientos al crecer, por ende, todo acto de intimidad —sea una conversación, una relación sentimental o una noche de sexo— los lleva en un área oscura que no saben manejar: la de las emociones.

Desde pequeños, los hombres buscan diferenciarse de la madre, demostrándole que son bien distintos y hasta superiores a ella. Lástima que como no crecen nunca, llevan esa actitud a todas sus relaciones con las mujeres, confundiendo a sus parejas con madres postizas. Es por eso que apenas llega te dice: «¿Qué hay de comer?», a lo que, para hacer juego con esa pregunta tan infantil, habría que responder: «Hoy no tuve tiempo de cocinar, así que te amamantaré».

Conversar significa exhibir dudas. Los hombres se resisten a ir a un analista porque eso también significa hablar y reconocer que necesitan ayuda. Como dice John Gray: «*Cuando un hombre no encuentra solución, busca una distracción*». Y para ventilar sus problemas, se van a jugar al billar.

Los hombres siempre quieren llevar la conversación al terreno de lo concreto, que es lo que pueden dominar. Cuando les queremos contar acerca de algo que nos conmueve, nos contestan con un chiste, que es lo que si pueden dominar. Cuando les contamos un problema para que nos den consuelo, nos dan consejos prácticos, que nos hacen pensar que nos creen tontas. Las mujeres les hablamos a los hombres con el hemisferio cerebral derecho, el de la sensibilidad, y ellos nos responden con el izquierdo, el de la practicidad.

Para colmo, las mujeres no son escuchadas en nuestra cultura patriarcal. Tal vez esto se deba a que durante siglos se supuso que no teníamos nada importante que transmitir. Somos constantemente interrumpidas o parafraseadas, sin que nos den el crédito de los que dijimos. A mí me ha sucedido varias veces: hago un chiste ante un

grupo de hombres, y todos lo ignoran hasta que uno de ellos lo repite con su vozarrón de macho y todos le festejan a carcajadas la que era *mi* ocurrencia. Si digo: «¡Oigan, esa broma era mía!», me miran espantados, como diciendo: «¿Cómo se te ocurre? ¡Los chistes los hacemos nosotros!». Para ellos, la mujer con sentido del humor no es la que hace chistes, sino la que se ríe de los chistes que hacen ellos.

Los hombres no dialogan: intercambian monólogos para competir entre ellos. Aun los que hablan de jardinería terminan diciendo: «Mi orquídea es más grande que la tuya». Ellos hablan de negocios o de cosas concretas... ¡pero nadie logra animar una fiesta contando cómo destapó el inodoro!

Las mujeres son especialistas en el arte de la conversación porque históricamente se encargaron de que los niños expresaran sus pensamientos para que aprendieran a hablar de una vez por todas. También estimulan a todos a compartir necesidades y deseos, y llevan las conversaciones al área de las coincidencias mutuas para mantener la armonía del grupo, o para que todos coman lo mismo y vayan al mismo cine.

Así las cosas, tu marido llega a casa y te ve con el teléfono en la oreja, poniéndote al día con una amiga. Por señas, te pide que dejes de hablar con tu amiga. Pero no lo haces, porque aunque lo hagas él no te hablará. Él no entiende qué es esa manía femenina de «ponerse al día». La vida es un chispazo minúsculo en los miles de millones de años de vida de nuestro planeta, el ser humano es casi un recién llegado a un planeta insignificante y vulgar, que en unos pocos millones de años más estallará tragado por el sol... ¡pero dos amigas tienen que ponerse al día para saber exactamente qué le pasó a cada una en el mes en que no se hablaron! ¿Qué pudo haber pasado en treinta días? La verdadera pregunta es: ¿qué no pasó?

Las mujeres hablamos mucho, es cierto, pero lo hacemos para reflexionar en voz alta. Es como que, escuchándonos a nosotras mismas, pensamos mejor que rumiando en silencio, como hacen los hombres. Contar las cosas a una amiga cobra doble significado, porque al relato en sí se le suma la cara que pone ella y los comentarios que hace, que hacen que lo que hemos vivido sea más real y divertido.

En una reunión reciente de amigas, estuvimos una hora y media hablando solamente de hemorroides, propias y ajenas. Luego volvimos a casa y los maridos preguntaron:

—¿Qué tal la pasaste con las chicas?

—¡Genial!

—¿De qué hablaron?

—¡De hemorroides! ¡No sabes cómo nos hemos divertido!

No se puede describir la cara que pone un hombre con esa repuesta.

La antropóloga Helen Fisher afirma, en *El Primer Sexo*, que «*las mujeres bromea con historias y anécdotas: revelan secretos menores sobre ellas mismas y a menudo se burlan de si mismas. Estas referencias personales y esta autoburla dejan helados a la mayoría de los hombres. Para ellos, esta forma de bromear es inútil y patética. Consideran las revelaciones personales como algo enteramente*

inapropiado para el entorno: revelar la vida personal equivale a ser débil y vulnerable».

Fíjate que si hablas de las vidas de otros, ellos no quieren escuchar, porque lo consideran un chismerío. Y debes explicarle que preocuparse por los demás no es «entrometerse en sus vidas».

Ellos, incapaces de comprender para qué tanta comunicación permanente, nos llaman cotorras, cotillas, chismosas, parlanchinas... ¡y mueren siete años antes que nosotras, por no dejar que todo salga! Las mujeres hacemos terapia a través de una charla entrañable con las amigas, esas que siempre nos escuchan con toda la atención del mundo. La misma atención que jamás obtendremos de nuestro amor, que generalmente analiza con más interés el contenido de nuestro refrigerador que el contenido de nuestro corazón.

¿Qué importa que no nos comprendan? ¡Nosotras nos divertimos en grande!

He aquí el secreto de la felicidad: un hombre en tu cama y una amiga al teléfono.



TRES MANERAS DE HACER HABLAR A UN HOMBRE

Es tu primera cita con él. Él te gusta. Te invita a cenar a un restaurante italiano. Empieza a hablar de sus alergias o de cómo convirtió un galpón en un taller de pintura de automóviles. Como te gusta, disimulas los bostezos, te esfuerzas por mirarlo atenta a los ojos y hacer comentarios amables como: «¿De veras?», o «¡Qué increíble!». Él habla y habla mientras se le enfrían los fideos. Tú te limitas a fingir que te diviertes. Intentas hablar, pero mientras hablas, él se concentra en sus fideos. Luego, él vuelve a casa sintiendo que ha estado con la mujer más interesante del mundo porque sabes escuchar, aunque de ti aún no sepa nada. Así es como lo has enamorado.

Hoy, diez años más tarde, convives con él y lo quieres. Es más, hasta te invita a una cena romántica, cosa que muchos maridos no hacen. Pero mientras llega el camarero, él sigue hablando de sus alergias. Tú tratas de sacar otro tema y él te dice: «No me interrumpas, déjame terminar de hablar». Hablas de otras cosas y no te sigue, como si le hablaras en finlandés. Entonces comienza a hablar otra vez de algo sobre pintura de autos. En verdad ese tema es tan recurrente que ya ni lo escuchas. Le dices que pida la cuenta y te dice: «Siempre dices que nunca hablo, pero cuando hablo me haces callar».

A esta altura, un hombre de maravillosa conversación es quien te dice: «Bueno, ya basta de hablar de mí. Hablemos de ti: ¿qué opinas tú de mí?».

¿Cómo se resuelve este dilema? Cambiando cómo te comunicas con él, así:

1) Hablale de cosas concretas que requieran acción. Debes tener presente que los hombres son gente de acción, competitivos, que buscan resultados y soluciones. Entonces no le hables de sentimientos, esperanzas ni sensaciones, sino de cosas que requieran resolverse con la acción.

Entonces, si él te invita a cenar a un o restaurante italiano romántico, a la luz de las velas, debes hablar de lo práctico, de las cosas que requieren acción y virilidad, como por ejemplo: «¿Cómo haremos para destapar el inodoro en casa?».

2) Muestra interés en él, en vez de esperar que él se interese en tus cosas. Ten en cuenta que a ellos les cuesta cantidades mostrar interés por tus cosas, así que no te queda otra que mostrar interés por las cosas de ellos.

Puedes decir, por ejemplo: «¿Estás de acuerdo o en desacuerdo con dar doble mano de pintura a un auto?». No cedas a la tentación de llevar el tema a lo que a ti te interesa, como con quién sale su socio o si la dueña del Audi se reconcilió con el marido, porque él empezará a aburrirse con una conversación que venía perfecta hablando de solventes y diluyentes varios. Recuerda que estás ahí sólo para hacer que él se sienta fascinante, tomar vino y mirar el reloj para ver si es hora de llamar a tu amiga... ¡No para que él te comprenda! Ellos funcionan así, desde pequeños. Te lo digo como madre: con mis hijos varones no logro hablar de otra cosa que no sea fútbol, así que me he informado al respecto para poder comunicarme con ellos.

Lástima que a mi hombre no le interesa el fútbol.

3) Sé su compañera, no su madre ni su maestra. Muchas veces él comienza a hablar y tú empiezas a corregirlo por cómo dice tal cosa o por que lo que cuenta que ha hecho debía hacerse de otro modo. ¿Quisieras que tu hombre te dijera cómo hacer algo mejor y en qué te equivocaste? No, sólo quieres que te escuche. Entonces, ¿cómo vas a corregirlo todo el tiempo, indicándole cómo expresarse o diciéndole lo que hizo mal? Si lo corriges y criticas, es lógico que él piense: «Mejor no le cuento nada».

4) Sé paciente con los tiempos masculinos. Las mujeres hablan tres veces más palabras que los hombres por día. Si la charla es amena, ellas se aceleran y hablan más, mientras los hombres se están esforzando para encontrar las palabras correctas. Como él no está dotado para conversar, le lleva el doble de tiempo formular algo para decir. Déjalo pensar, no le digas: «¿Y? Estoy esperando...». No insistas en que él hable más: se cerrará porque le cuesta mucho expresar lo que quiere decir. Tampoco sucumbas a la tentación de completar con tus palabras las frases que él deja incompletas, como cuando él dice: «Yo pensé que él me estaba...», y tú completas con: «... Que te estaba estafando, claro». Aunque aciertes con lo que él quería decir, no le estás demostrando que lo comprendes, sino que le quitas estímulo para formular frases enteras. ¿Para qué esforzarse, si tú ya has completado la idea?

Si quieres hablar de algo puntual, es mejor que le anuncies: «No me tienes que responder ahora, podemos hablar de esto mañana o pasado», y que él vaya rumiando la respuesta hasta que esté listo para hablar. Si ves que se agota en medio de una charla dile: «Dejemos aquí y sigamos otro día». Él te lo agradecerá, especialmente si son las tres de la mañana y él debe levantarse a las seis.

Para un hombre, una conversación requiere de más esfuerzo que hachar troncos, y por eso necesita horas para estar preparado. También puedes anticiparle: «Me gustaría en algún momento conversar contigo. Dime en qué momento te parece correcto, no tiene que ser ya, sino cuando tú creas que podemos conversar». Él puede estar listo dentro de unos meses o años, en los que te dirá: «Estoy listo, pero no recuerdo la pregunta... ¿de qué teníamos que hablar?».

5) Formula las preguntas correctas. Las mujeres ya sabemos que hacer preguntas es la única manera de estimular la conversación. Entre mujeres nos preguntamos «¿Cómo te fue?», «¿Qué hiciste hoy?», «¿Que te parece mi ensaladera nueva?». ¡Y hay para hablar durante varios días seguidos! Pero si le haces esas mismas preguntas a un hombre que, por ejemplo, recién llega a casa del trabajo, te encuentras con este diálogo:

—¿Qué tal te fue hoy en el trabajo?

—Bien.

—¿Qué hiciste?

—Nada. Lo mismo de siempre.

—¿Qué ce parece esta ensaladera nueva?

—¿Cuál ensaladera nueva?
—Esta, verde fluorescente... ¿No la ves?
—¿No la hemos tenido siempre?
—No... ¿Qué te parece?
—Bien.

¿Cuál es el problema aquí? ¿Que tu hombre responde como una persona con parálisis cerebral? No. El problema no son las respuestas, sino que debes mejorar las preguntas.

Hay dos tipos de preguntas: las cerradas y las abiertas. Las preguntas cerradas no estimulan la conversación porque pueden contestarse con una palabra: «Bien», «Mal», «Nada», «Sí», «No». Estas respuestas paralizan la comunicación de manera tal que a ti sólo te queda irte a dormir.

Una pregunta abierta exige más de quien va a responderla, porque saca más información de tu hombre y por ende lo estimula a comunicarse más profundamente. Te doy ejemplos de preguntas que dispararan la conversación:

- ¿Qué fue lo mejor que pasó hoy en el trabajo?
- Si pudieras hacer algo para mejorar tu trabajo y el dinero no fuera inconveniente, ¿qué sería lo que harías?
- ¿Qué sería lo primero que harías si ganaras la lotería?
- Si pudieras participar en una película de las que has visto, ¿cuál sería?
- ¿Cuál es el recuerdo favorito de tu niñez?
- Si pudieras entrar en una máquina del tiempo, ¿qué momento en la historia te gustaría visitar?
- ¿Qué es lo que más temes?

Como ves, los hombres tienen así muchas más posibilidades de dar respuestas variadas, aunque sean combinaciones alternas de «No lo sé», «No recuerdo», «Ya veré cuando suceda», «Ni idea», «Esto parece un interrogatorio policial», «¿Qué eres? ¿Agente de la GESTAPO o de INTERPOL?» o «Si respondo correctamente, ¿cuál es el premio?».

Seguramente tendrá una respuesta para la última pregunta, y será algo como: «Que tú comiences a interrogarme».

Todo lo dicho no significa que un sexo sea superior a otro, sino que tenemos distintos modos de enfrentar al mundo. Si el mundo no es simple, ¿por que la comunicación entre hombre y mujer habría de serlo?

/// ME ENCANTAS
CUANDO ME HABLAS DESDE
TU LADO FEMENINO!!!...



COMUNICÁNDOSE SIN PALABRAS

Estar con un hombre implica tener la capacidad de saber comunicarse sin palabras, como hacen ellos.

Ellos no te dicen: «Soy feliz», sino que dicen: «¡Ahhhhhhh!» mientras se tumban en un sofá.

No se ofenden, dicen: «Uf».

No te dicen que te aprecian, te guiñan el ojo.

No te dicen que estás bonita, te lanzan un silbido.

No te dicen que están deprimidos u ofendidos, se duermen.

Y si se conmueven, te abrazan.

Nadie le presta mucha atención a los abrazos, pero los abrazos tienen el poder de convertir un mal día en un día luminoso. Los abrazos salen del corazón. Un beso, un apretón de manos o una sonrisa se pueden fingir... ¡pero es muy difícil fingir un abrazo! Alguien podría decirnos: «¿Quién te dio permiso para darme un beso?». Pero es mucho más raro que alguien nos diga: «¿Quién te dio permiso para abrazarme?», porque un abrazo siempre sienta bien. No es una demanda sexual, como puede ser un ambivalente beso, sino una señal de afecto personal puro. Siempre es lindo que te abracen.

Tengo la impresión de que si las mujeres van tan seguido a la peluquería, al gimnasio y a la masajista, no es porque quieran tener el pelo en perfectas condiciones ni la piel tonificada, sino porque no tienen quién las abraza. Al menos estos profesionales las tocan (¡y hasta les cobran por hacerlo!). Muchos jóvenes tienen un debut sexual precoz no por sus urgencias sexuales sino porque necesitaban que alguien los abrazara.

Y si miramos al reino animal, los animales no paran de abrazarse: el elefante engancha su trompa en el de adelante o el de atrás, y leones, gorilas y focas andan siempre unos encima de los otros, abrazándose y toqueteándose para reafirmar su identidad, su seguridad y su autoestima. Estar pegoteados significa sobrevivir, porque los depredadores buscan a los solitarios rezagados. Estar juntos da una sensación de bienestar.

Del mismo modo, un hombre se siente mejor si lo abrazas, o al menos lo tocas del brazo andando por la calle. Hay investigaciones que demostraron que después de un abrazo de veinte segundos, el cerebro segrega una hormona llamada oxitocina que nos hace sentir intensamente ligados a quien nos abrazó. Así que basta un abrazo de veinte segundos para que todo ande bien en la pareja. Aunque él, como todo hombre, no pueda definir bien qué es.

CAPÍTULO 5

EL PECADO DE SER TACAÑOS

*Para tener un matrimonio feliz un hombre
debe tener la boca cerrada y la billetera abierta.*
—GROUCHO MARX

PASADOS FASTUOSOS Y PRESENTES POBRES

Hay una clase de hombres que más vale perderlos que encontrarlos.

Y son los que te cuentan cómo sufrieron cuando los dejó aquella chica a quien habían invitado a cenar a Hiperluxe, el restaurante cinco estrellas más *fashion* de la ciudad; mientras a ti te invitan a cenar unas empanadas en la esquina. O los que nos invitan a caminar por la plaza y a tomar agua del bebedero, mientras nos describen con lujo de detalles cómo era la gargantilla de oro y diamantes que le regalaron a la ingrata de la última novia, que los abandonó sin explicación.

Los hombres deberían saber que sus glorias pasadas de ricachones, con otras mujeres, en otros tiempos y con billeteras más abultadas, a las mujeres nos impresionan de una sola manera: nos tientan a huir sin explicación, como ya lo ha hecho su exnovia.

Ellos creen que si te cuentan qué bien la pasaron en las Bahamas con Valeria, tú lo sentirás como una promesa de que te llevará a las Bahamas también. Pero no es así. Lo que tú sientes es que el tipo tuvo mejores momentos en su vida, y que ahora te toca conocerlo en su peor etapa de perdedor desbarrancado... ¡Y eso no es nada sexy!

Pero lo peor del asunto no es que cuente lo que se divirtió con otras, dándose la gran vida. Al contar eso está demostrando que no piensa darse la gran vida contigo, porque ya no quiere gastar dinero con ninguna más. Como si hubieras llegado en el peor momento de su vida. Llegabas un mes antes y él te regalaba un coche. Pero ahora, luego de su último desengaño, te hace pagar a ti hasta la última goma de mascar.

Todo eso prueba que el hombre es un tacaño, que es el peor pecado que un hombre puede cometer si quiere relacionarse con una mujer.

No cualquiera es tacaño. No es mezquino simplemente aquel que no gasta dinero, no te presta un disco ni te convida de su emparedado. El que no gasta dinero puede no gastar por tener gustos sencillos y frugales. Puede no gastar por ser medio *hippie* o bohemio, y tener principios en contra de la sociedad de consumo y estar en contra de la frivolidad de gastar en lo que no se necesita. Puede estar endeudado y ahorrando para saldar sus deudas. Puede estar ahorrando para construirse una casa o para pagar el crédito bancario. O simplemente puede ser pobre.

¿Y qué es ser pobre? Uno es pobre porque nació en el lugar equivocado en el momento equivocado, porque no estuvo lo bastante atento a los vaivenes de la economía y de las oportunidades, porque eligió la carrera equivocada, porque se asoció con gente inescrupulosa, porque tuvo mala suerte en lo que emprendió o, sencillamente... porque es holgazán y no le gusta trabajar. Pero ser pobre es una condición que tampoco convierte a nadie en avaro, porque se puede ser pobre y generoso. Es más, hay muchos pobres que son tan generosos que por eso son pobres: les dan todo a los demás. Y hay ricos que son ricos por no darle nada a nadie. Así que el tener o no tener dinero no es medida de la generosidad potencial de una persona.

Tener gustos frugales tampoco convierte a un hombre en un roñoso sin remedio. Un hombre nos puede invitar a caminar por la plaza para tomar aire fresco, porque le gusta el verde, porque todos los sábados a la tarde acostumbra a hacer lo mismo o porque le encantan ver palomas y niños en los juegos. Puede convidarnos con un simple *hot dog* porque es un acérrimo fanático de las salchichas o porque los dos coincidieron en que era el momento ideal para comerse una salchicha con mostaza. Es más, lo que marca que una pareja funciona bien es, justamente, el detalle de que pueden pasarla bien sin gastar mucho dinero. O sea que no importa lo poco que hagan, igual se divierten juntos.

Por eso en las películas románticas de Hollywood nunca vemos a Jennifer Anniston o a Meg Ryan yendo de restaurante de lujo en restaurante de lujo y visitando joyerías con sus novios, sino comiendo *popcom* y caminando descalzas por la playa. Pasarla bien sin gastar dinero es sinónimo de que la pareja funciona. Aunque también puede significar que cuando los novios en la vida real de Jennifer Anniston y Meg Ryan descubran que las chicas esperan que él les pague todo cuando cada una tiene como cincuenta millones de dólares, a ellos se les atragantará el *popcorn*... ¡Porque el mundo también está lleno de mujeres miserables! Están las amigas que te invitan al cumpleaños y te piden dinero para pagar las *pizzas*, están las que te regalan un sahumero luego de que tú les regalaste un bolso de Prada y las que les compran a los hijos la ropa en ferias americanas mientras ellas se visten en Cacharel. Pero sigamos hablando de hombres mezquinos, que para hablar de mujeres hay que hacer otro libro.

¿QUÉ ES SER TACAÑO?

Como vimos, no planear salidas de lujo no es sinónimo de mezquindad. Entonces, ¿qué es ser tacaño?

Tacaño es el que tiene, pero no quiere gastar. Y el peor tacaño es el que ama más a sus billetes que a una mujer, y que no piensa desprenderse del dinero por estar con su chica.

Tacaño es el que siempre quiere quedar bien al más bajo costo, o, de ser posible, quedar bien gratis. Y si esto no es posible, tampoco le importa un pepino quedar bien.

Los tacaños quieren demostrarnos que ellos son el *jet set*, lo más *top* de lo *top*, y que han gastado mucho para mantener su alto estatus y su elegante nivel de vida. Pero no contigo. Lo que nos hace sospechar que nunca hizo ni podrá hacer ni la mitad de todo lo que nos cuenta. Tacaño y mentiroso son dos cosas que van juntas.

Los mezquinos siempre tienen mil pretextos para no gastar un peso. Pueden decirnos que no tienen ganas de salir, ni hambre, ni sed, y que la pasan genial con sólo caminar del brazo contigo sin hacer nada que demande abrir la billetera. Nos dirán tonterías increíbles como: «El cine me aburre» o «Estoy tan bien contigo, que así sentados sin hacer nada de nada, me siento genial».

Si por casualidad (y por error) ambos hubieran incurrido en alguna actividad que requiera ser pagada, apenas recibida la cuenta, el roñoso objetará una serie de pretextos diversos con tal de no pagar, que irá usando alternativamente según la ocasión, a saber:

- No tengo cambio...
- Me olvidé la billetera, qué bruto.
- Tengo que ir urgente al baño, paga tú y después arreglamos.
- Mañana tengo que cobrar tres mil dólares. Hoy me pescas sin un centavo, discúlpame.
- ¿Cómo? ¿Aquí no aceptan la American Express Golden Platinum?
- Caray, no está el dueño que es amigo mío... ¡Y justo no traje nada de dinero!
- Hoy te toca pagar a ti, muñeca.
- ¿Recuerdas esa apuesta que te gané...?
- No tengo hambre, mejor no comamos.
- Nunca llevo plata porque no soy consumista.
- No traigo dinero porque podrían asaltarme.
- Qué pena que no me conociste cuando estaba forrado en dinero, nena.
- ¿Tú no eras feminista? Pues, hazte cargo y paga la cuenta...
- ¡Me encanta que una mujer me invite!
- No pienso dejar propina porque nos atendieron espantosamente mal.



RECURSOS MISERABLES

Los roñosos tratan por todos los medios de instalarse en nuestra casa. Para ellos, nuestro mínimo monoambiente es la sucursal del paraíso.

Dicen que pasan a buscarnos para salir, pero una vez que entran y se sientan en un sillón, no *se mueven más*. Pretextos, les sobran: «¿Y si nos quedamos aquí, que está tan agradable, tranquilos, los dos juntos?». Nunca quieren salir porque, según ellos, los días de semana no hay nada para hacer y los fines de semana todo está tan lleno de gente que te pisan. Entonces se enclaustran en tu casa.

Y allí ubicados, arrasan con todo lo que ven en el refrigerador, para terminar llorando sobre un vino que guardábamos desde hace diez años para una ocasión especial (que no es esta), al recordar lo que gastaron en mujeres frívolas y lo caras que están las tablas de *windsurf*... lamentando que no tienen una moneda para invitarte a tomar un trago.

Todo eso, claro, tomándose hasta la última gota de tu Chablis, y comiéndose hasta el último de los bombones que te regaló tu padre en tu cumpleaños... en el que él no te regaló nada. Es que los tacaños jamás recuerdan nuestro cumpleaños, nuestro aniversario, ni que es Navidad. Y cuando se los recordamos, nos dicen que «El amor se demuestra todos los días, no con regalos o con cosas materiales». O luego de pasada la fecha te dicen: «Te lo debo», «No tuve tiempo de comprarte nada», «No sabía qué regalarte... ¡si tú tienes de todo!», «Todo lo que está de moda es feo», «No conozco tu talla», «Estaba todo cerrado...», «No conozco tus gustos», «Las mujeres son muy exigentes», «Las flores son para los muertos», «Los bombones engordan» y otras sandeces por el estilo.

Lo peor de los roñosos es que no se enteran de que lo son. Ellos creen que son románticos.

Jamás te dicen: «¿Vamos a ver una obra de teatro?», sino: «¿Vamos a ver las estrellas?». No te dicen: «¿No tienes antojo de comida francesa?», sino: «Esa Coca Cola que tomamos en el kiosco me quitó el hambre».

Los miserables son muy estratégicos para cuidar el dinero. Te llevan a comer el plato turístico de siete pesos cuando no somos turistas, el menú ejecutivo cuando no somos ejecutivas, el menú infantil cuando no somos nenas y el tenedor libre del restaurante chino cuando no somos chinos.

Así que ya sabes: el miserable nunca te lleva a comer comida para gente normal. ¡Porque él no es normal!

¿POR QUÉ EL VARÓN DEBE PAGAR LA CUENTA?

Ya sabemos que eso de pagar gastos les cuesta a todos por igual. Y que es muy moderno dividir la cuenta en partes iguales, y que hay mujeres que lo aceptan con tal de salir con alguien. Esto vale muy bien entre amigos. Pero una vez que hubo besos,

mimos, y hasta sexo entre ambas partes...

Lo justo, *sexy*, y varonil es que el varón pague la cuenta. Y por un simple motivo: por más métodos anticonceptivos que existan hoy en día, siempre hay un margen de riesgo de que una quede embarazada. Si él no paga la *pizza*, está dando por sentado que tampoco podrá pagar los pañales, la leche y la escuela de un probable futuro hijo. Y eso sí que es poco varonil.

La función del hombre es proveer. Más allá de que haya mujeres solas que conservan sus empleos, consiguen su paga a fin de mes, tienen hijos y prescinden de la ayuda económica de los hombres, para todas ellas todo es mucho más complicado que para un hombre. Incluso conseguir trabajo es más difícil: siempre se prefiere un hombre y a ellas les pagan menos. Por ello, lo menos que puede hacer un hombre es pagar los gastos de la novia.

Si él es oficialmente pobre, que invente planes gratuitos, como invitarla a caminar por la playa o la orilla del río, o entretenerla con largos paseos en bicicleta y maratónicas sesiones de televisión. Pero eso de «Salgamos y tú paga tu parte» o «Me tendrás que invitar, preciosa» es inaceptable.

Si paga la mujer, aumenta la promiscuidad y la falta de responsabilidad masculina. Un hombre que paga por cada mujer con la que sale se fijará con mucho más cuidado si realmente quiere algo en serio con una mujer o no, porque el bolsillo no le dará para salir con muchas.

Como ningún tipo quiere gastar mucho en una mujer que sólo le interesa para un revolcón apurado, el hecho de tener que pagar hará que él haga perder tiempo a menos mujeres e invite sólo a alguien que realmente le interesa. Y con este sistema de esperar que él invite, terminas para siempre con esos que te invitan una vez y se borran para siempre.

Las mujeres deben *exigir* que los hombres paguen todas las salidas, que es la manera humana de ver cuál es el macho más valioso de la manada. Entre los animales, los machos se pelean entre sí para quedarse con las hembras. Entre los humanos, tienen que mostrar la billetera. Quedarte con uno que no paga equivale a conformarte con el peor macho del grupo. Y en verdad estás en todo tu derecho de quedarte con el mejor, o con quien pueda demostrar que te puede dar una vida digna a ti y a tu prole. Si trabajas, que tu dinero sea para ti, no para pagarle las salidas a un tacaño. Si no es así más vale renunciar al trabajo y dedicarte a obtener un bronceado tan perfecto que cualquier hombre daría cualquier cosa por estar con alguien tan bronceada como tú.

OYE...TE ADVIERTO QUE JAMÁS LE
PAGO LAS GASTAS A UNA CHICA,
PUES QUIERO QUE ME QUIERAN
POR QUIEN SOY, NO POR MI DINERO...

QUÉ BUENO QUE LO
DICES, PUES YO NO
SALGO CON NADIE QUE
NO SEA GELEROSO Y
DESINTERESADO
CONMIGO...



CAPÍTULO 6

¿POR QUÉ NO SABEN HACER EL AMOR?

*Con el verdadero amor no manda nadie;
obedecen los dos.*

—ALEJANDRO CASONA

UN MANDATO ANCESTRAL

La opinión general es que lo único que les importa a los hombres es el sexo. Y que lo que más les interesa son los culos y tetas de la mujer. La verdad es que esto es un mito que echaron a correr los mismos hombres para darse importancia. En la realidad, ellos les tienen bastante pánico al tema, siendo el mayor pánico el de que su cuerpo no responda cuando lo precisan: no tener una erección a tiempo.

Entre todas las demostraciones universales de arte erótico —desde los bajorrelieves hindúes de alto voltaje erótico a los poemas eróticos egipcios—, el elemento más repetido es el falo masculino. Durante siglos, el mundo se fue poblando de falos gigantes clavados en la tierra. En la isla griega de Delos, en el Mar Egeo, hay un santuario dedicado al dios Dionisio, lleno de esculturas de falos monumentales en mármol. Hay representaciones de falos gigantes tallados en piedra hallados en Perú, Irlanda, Argentina, Inglaterra, España, Chile, Francia y Turquía. Y aunque algunos esotéricos insistan en hablar de una «acupuntura planetaria» en centros energéticos terrestres, para los incas, hasta hoy, estas piedras de un metro de largo son «uyos», o sea «pene» en lengua quechua.

Los obeliscos, que se encuentran en todo el mundo, se erigían en Babilonia en honor al temible dios Baal, y de ahí llegaron a Egipto como símbolo de virilidad y fertilidad. Se les llamaba «pene de Osiris», el dios macho cabrío, y se erigían en honor a Ra, el dios sol, que fertiliza a la tierra. Por su procaz significado, su uso fue prohibido por la Biblia, donde la palabra *pene* fue reemplazada en ediciones sucesivas como «*hammanim*» («imágenes del sol») o «*matzebah*», que significa «imágenes altas», para acabar siendo simplemente «imágenes» en la Biblias modernas. Pero no se trata más que de gigantes penes en erección.

Todas estas torres y obeliscos demuestran la obsesión de los hombres por ver a sus atributos en piedra con su tamaño multiplicado por diez mil, con la convicción de que estar siempre erectos es lo mejor que les puede pasar, exorcizando así el terror de perder una erección, que en la práctica es lo peor que les puede suceder. Y, sinceramente, es terrible, y de ahí el éxito del Viagra y los *emails* titulados «Agrande su pene».

«*Toda tragedia se minimiza ante un pene flácido y una mujer llena de deseos*», decía Freud, y es cierto. Esto de que el desempeño masculino marque toda la diferencia entre una noche inolvidable y un fiasco bochornoso es un dolor de cabeza para cualquier hombre.

«*Pocas consultas, ya sea con el médico o el farmacéutico, son vividas con tanto sentimiento de humillación y fracaso, como la de los síntomas de impotencia*», afirma el Dr. Adrián Sapetti, psiquiatra y sexólogo. «*De un fallo ocasional magnificándolo, todo se convierte en un drama, Y esto es porque el varón se compara con el paradigma de varón potente, que es aquel que, además de poseer un miembro enorme, es capaz de mantenerlo rígido muchas horas y llegar a tantos orgasmos como su pareja o su deseo lo demanden*».

No es fácil ser hombre. Las mujeres tenemos la suerte de que no se nos note nada si estamos listas para la acción o no. Los hombres, aunque construyan rascacielos y obeliscos para ahuyentar la impotencia, tarde o temprano pronuncian eso de «Te juro que es la primera vez que me pasa», «Me encantas, pero estoy agotado» o «Te deseo enormemente, pero creo que he bebido demasiado». Y nos toca tranquilizarlos con las consabidas mentiras piadosas de «No te preocupes, me encanta estar aquí abrazada a ti», «Yo también estoy cansada» o «No me importa el sexo, lo importante es estar juntos». Ja.



LOS CINCO MOTIVOS MÁS COMUNES

Fíjate que en diversas culturas se ha tenido como un mérito que una mujer sea virgen. Y hasta se han inventado ese mito del himen, cosa que nadie tuvo jamás. Esto se pensó para tranquilidad del varón, de modo tal que una virgen no pueda compararlo con otros hombres mejor dotados o de mejor desempeño sexual. Así de cómodos son ellos.

Tampoco se publican fotos de genitales masculinos, ni en las revistas más atrevidas. En las escenas de sexo de las películas eróticas no se ven los miembros masculinos (supuestamente están dentro del cuerpo de la actriz). Así, a la mujer moderna le resulta casi imposible conocer uno antes de encontrar un novio. O sea que los hombres siempre han vivido ocultando sus partes. Súmale a eso el miedo ancestral a no poder desempeñarse como corresponde, la pena por no tener un pene gigante y una supina ignorancia de cómo se satisface a una mujer... ¿Resultado? Te topas con amantes mediocres que te acusan de frigidez.

Esto es porque no hay educación sexual. Y menos una para el disfrute.

En la mayoría de los países la educación sexual aterriza a la juventud con charlas de métodos anticonceptivos y de cómo prevenir múltiples enfermedades de transmisión sexual de las cuales deben aprenderse cada espantoso síntoma. Lo que aprendemos es a cuidarnos del sexo porque te trae una vida no deseada o, directamente, la muerte entre chancros, locura y erupciones varias.

Mal que mal, las mujeres nos vamos conectando con nuestro cuerpo y vamos aprendiendo sensualidad. Los hombres, en cambio, no saben nada de sexo, ni de cómo hacer el amor con una mujer.

He aquí cinco motivos por los cuales ellos no saben hacer el amor:

1) Porque nadie les enseñó nada. En temas de sexo, los hombres no saben mucho más que cómo masturbarse con mediano éxito. Imagina que la madre no le iba a explicar cómo hacerlo. Y el padre lo hacía aún peor que él.

2) Porque creen que se aprende mirando películas pornográficas.

Por ende, él hará el amor como vio en la película donde el técnico del televisor confunde a la tele con su dueña y desarma a la dueña botón por botón, o donde tres fornidos obreros de la construcción masajean a la modelo rubia que se broncea desnuda en la terraza. Y los resultados serán así de espantosos. Porque si en la ficción ellas gimen apenas ellos se bajan los pantalones, en la vida real las mujeres gimen cuando, al quitarle el sujetador, él les pega un chicotazo con el elástico del corpiño en la nariz.

3) Porque creen que por acostarse con una mujer ya tienen experiencia. Es cierto que la habilidad de un hombre en la cama depende de la instrucción espontánea que reciba de las mujeres que se vaya topando en la vida. Pero a la mayoría de los hombres la experiencia no le ha servido, porque la mitad de las mujeres fingían los orgasmos. Y el resto de mujeres que conoció, con tal de acabar la historia, le hicieron

creer que era bueno en la cama. Cuando una mujer está con un hombre que conoce poco, está demasiado nerviosa como para poder relajarse y entregarse por completo. Por eso es raro que tenga un orgasmo la primera vez: no se siente tan relajada como para entregarse. Pero para que él no piense que ella es rara o frígida, tenderá a fingir un orgasmo. Y esa es una terrible trampa, porque una vez que él cree que con tan poco esfuerzo llegas al clímax, deberás fingir todos los orgasmos futuros... ¡Y adiós vida sexual, bienvenida al mundo de la mujer talibana! Ya sea por generosas o porque han perdido toda esperanza de que su hombre aprenda algo de sexo bien hecho, muchas mujeres cometen ese error de fingir placer con bastante frecuencia... ¿O acaso sabes de alguna que diga: «Lo siento cariño, esta es la primera vez que me pasa»? Así que de este modo el hombre cree que sin habilidad puede hacerte feliz... y no es así.

4) Porque cree que lo que aprende con una sirve con todas. Las pocas mujeres honestas que encontró, le enseñaron cosas que a ti quizás no te interesen. Pudieron convencerlo de que los lóbulos de las orejas son zonas erógenas, pero tú lo único que sientes es temor de que se trague un arete.

5) Porque cree que no tiene nada qué aprender. Como en otros aspectos además del sexo, ya sea por pereza o petulancia, el hombre cree que nació sabiendo, como los mosquitos. Ellos suelen mostrar el orgullo herido con frases como: «¿Acaso crees que no lo sé?», «Deja de darme indicaciones como un agente de tránsito» o «¡Me rehúso a leer tu *Manual de instrucciones sexuales!*».

DOCE ESPANTOSOS ERRORES QUE COMETEN LOS HOMBRES EN LA CAMA

Cuando un mono cae del árbol, se sube otra vez y se tira de cabeza, para hacerle creer a los demás que se lanzó a propósito, y no por su torpeza. Los seres humanos no son tan distintos. Cuando meten la pata en una relación, la vuelven a meter como para demostrar que «no es que se me escapó un error, sino que soy así de torpe adrede».

Así que es bien difícil entrenar a un hombre en la cama. Pero se puede lograr.

Veamos cuáles son los peores errores que cometen los hombres en la cama:

1) Va al grano en vez de ponerse mimoso. Algunos hombres creen que las mujeres son como microondas que se calientan en diez segundos, sin darse cuenta de que para tener éxito con una mujer en la cama debe demostrarle a ella que le fascina su pelo, su boca, su risa, su inteligencia, sus ocurrencias, sus ideas, y por último, ya que está allí, y para no despreciar, su entrepierna. ¿Que así se hace muy largo? ¡Pues nadie está condenado a muerte ni hubo aviso de meteorito estrellándose contra la Tierra! Dile que alquile la película *Hechizo del Tiempo* (*The Groundhog Day*, con Bill Murray) para saber cómo se hacen las cosas: allí un hombre torpe en el amor se despierta una y otra vez a vivir el mismo día, hasta que por fin aprende cómo se conquista a una chica, momento en el cual por fin pasa a vivir el día siguiente, con

ella feliz a su lado.

2) Él ignora tus pechos. Cuando los varones nos tienen horizontales y con poca ropa, pierden súbitamente el interés por nuestros pechos. Esos mismos pechos que los vuelven locos cuando llevas un buen escote, pasan a último plano cuando las bragas están a mano. Lo que prueba que los pechos son un pobre sucedáneo de lo que ellos realmente quieren. De hecho, muchos antropólogos afirman que el pecho femenino es una vil imitación del trasero femenino, y que está ahí como recordatorio para que al mirarte de frente los hombres no olviden que eres mujer y que anhelas tener sexo al menos una vez en la vida.

El problema de la indiferencia masculina hacia los pechos, es que ellos ignoran que a las mujeres les erotiza que un hombre sienta cierto interés por sus pechos. Así que debes pedirle a tu novio que al menos haga el esfuerzo de fingir que los aprecia, cosa que a los hombres les cuesta bastante porque no son buenos para fingir. Otra solución es que trates de acostarte con Antonio Banderas, que como todo buen actor, podrá hacer como que le interesan tus pechos a través del método Stanislavsky de la memoria emotiva o de algún otro recurso del Actor's Studio. Pero que no se entere Melanie Griffith.

3) Él no capta que cada mujer es distinta. A tu hombre debes darle señales corporales sobre lo que te gustaría que te hiciera. O decírselo claramente y con todas las letras, con un diagrama en una pizarra si luego de cumplir las bodas de oro él aún no ha captado tus señales corporales. Hay hombres que creen que a todas las mujeres les gusta que les tiren del pelo al hacer el amor, y otros que creen que eso es poco erótico porque no saben dónde poner la peluca. Lo mejor es decirle clara y directamente si eso de que te tire del pelo te gusta o no. Porque si no se lo dices de entrada, luego cuesta mucho más decírselo. Luego de diez años de relación, él reaccionaría mal diciéndote: «Cristina, todos estos años estuviste esperando que yo te tirara del pelo... ¿Y nunca me has dicho nada? Entonces, ¿quién te ha tirado del pelo en mi lugar?».

4) No te llena de piropos. El mejor amante es el que te hace creer que eres la persona más irresistible del planeta. En un encuentro ella tiene que decirle a él que lo encuentra fascinante, porque lo primero que hay que acariciar es el ego. Asimismo, él tiene que decirle a ella que está pasmado con su belleza, que no puede creer lo suave que es su piel y que está hipnotizado con la curva de su espalda y el brillo de sus ojos. Hasta la fea con un ojo de vidrio se lo cree, especialmente la parte del brillo de su ojo. Eso la hace sentirse deseada, y la mujer que se siente deseada se siente sensual y con unas ganas locas de demostrarle a él que hará todo lo posible para hacerlo feliz. ¡Hasta comprarle una Big Mac!

5) No cuida sus palabras. Otro detalle: en la cama hay que decir sólo cosas bonitas. Si no hay nada bonito para decir, mejor no decir nada. Y mucho menos: «No sabía que eras tan gorda» o «Qué feo que te muerdes las uñas». Recuerda que hay una palabra fatal en la cama. Es la palabra «espera». La pasión no espera, así que no hay

palabra más mata-pasión que «espera» usada en frases como: «Espera que voy al baño» (¿por qué no ha ido antes?), «Espera que llamo a mi madre» o «Espera que me quito la prótesis». Quítatela si quieres, pero no lo anuncies.

6) Te trata como si fueras una actriz porno. Otro error masculino es tratar a la mujer como a una actriz porno y aplicar frases de esas películas triple equis como: «¿Verdad que te gusta, zorra?», que a él le pueden parecer estimulantes, pero a su mujer le pueden parecer groseros. Quizás deberían probar con: «¿Verdad que te gusta, amor mío/ ángel de mi corazón/ bomboncito adorado?».

7) Siempre lo hace igual, y no es creativo. A veces hay que arriesgar cierta incomodidad con tal de romper la rutina en la cama. Por ejemplo: hacerlo en un auto es horriblemente incómodo, pero si una sabe que él lo haría en el auto, no hace falta hacerlo porque ya es sexy pensar que él se animaría a hacerlo. Yo tuve un novio que juraba que lo haríamos en el ascensor, pero esa promesa nunca cumplida creo que nos mantuvo más tiempo unidos de lo que jamás deberíamos haber estado. O sea que por ser tan imaginativo, me hizo perder un tiempo precioso de mi reloj biológico, maldito sea.

8) Dormirse después del orgasmo. Dormirse en el instante siguiente al orgasmo, sin besos, sin palabras de amor, sin ordenar siquiera una *pizza* a domicilio, es una flagrante grosería. ¡Pero qué decepcionante, si yo la quería de *mozzarella*, tomate, palmitos y anchoas y él la pidió sólo de *mozzarella*!

9) Asexuarse después del orgasmo. Muchos hombres dejan de ser románticos después de hacer el amor, y te tratan como si fueras un amigo de su equipo de fútbol diciendo: «¡Ey! ¿Se hace algo hoy, o nos quedaremos aquí tumbados como viejos?», o «¿Salimos? ¡Ya estoy harto de estar encerrado aquí dentro!». Pero estos por lo menos hablan en plural. He sabido de casos en los que, luego de hacer el amor, un hombre le ha dicho a ella: «Yo salgo a correr: ya me siento claustrofóbico». O que ella lo ha escuchado hablando por teléfono, diciendo: «No, Jorge, no estoy ocupado, estaba matando el tiempo hasta que me llamaras, ¿vamos al club?».

10) No puede seguir el ritmo. Otro terrible problema del sexo es la descoordinación. Hacer el amor es como bailar horizontalmente: hay que saber mantener el compás y no pisar a la compañera. Quizás lo mejor que podría hacer una pareja por su vida sexual es apuntarse a clases de tango y luego de haber ganado un par de concursos internacionales, ahí sí, irse juntos a la cama.

11) Un error mayúsculo. Un error grave que puede cometer un hombre en la cama es llamarte con el nombre de otra mujer. Podrá excusarse diciendo: «Lo he dicho adrede, para ver qué cara ponías cuando te llaman Nancy». Si te lo tragas, cuida a ese hombre... ¡porque estás muerta de amor por él!

12) El peor de todos los errores. Los hombres son seres básicamente haraganes. Tienden a evitar todo lo que sea trabajo y esfuerzo. Por eso, el peor de todos los errores sexuales que un hombre puede cometer es que, para evitar esfuerzos, eviten hacernos el amor. Ellos desconocen que mientras ellos siempre tienen el mismo nivel

de testosterona a lo largo de todo el año, las mujeres tenemos un ciclo hormonal muy variable. Hay momentos en que tenemos más estrógeno en la sangre, en otros tenemos más progesterona, y hay otras hormonas que nos hacen aumentar y disminuir las ganas de hacer el amor, de manera demasiado impredecible para un hombre que no lleve la cuenta con un almanaque, una calculadora y un lápiz. Aunque biológicamente no tengamos el periodo de celo físico de otras hembras mamíferas (ninguna especie es constantemente receptiva como la humana^[6]), la verdad es que sí tenemos un período de celo psíquico que nos hace variar el deseo sexual... y el humor. A lo largo del mes hay momentos en que nos molesta que nos toquen y hay otros en que estamos calientes (generalmente después de menstruar, cuando comienzan los días fértiles). Si un hombre se nos acerca cuando nos está por venir la menstruación, hay muchas posibilidades de que lo saquemos corriendo, y él ya no intentará nada más pensando: «Ella me rechaza». Esto puede cambiar con cada mujer, pero si el hombre insiste todos los días, llegará un momento en que acertará justamente cuando estemos locas de lujuria. ¿Por qué no puede una mujer saltarle encima a él si tiene ganas? Porque él la apartará diciendo: «Esta noche no: aún sigo dolido por tu rechazo del mes pasado». Y como esa actitud no es para nada masculina ni sexy, ella lo manda al diablo, él no vuelve a insistir y ahí quedan los dos enfadados, con votos de celibato dignos de dos monjes trapenses. Ella entonces se pone de mal humor porque no tiene sexo, se queja por todo, no es feliz, y él se pasa la vida jugando al tenis, porque, ¿quién quiere estar en casa con una mujer en celo con cara larga porque él no la toca?

Es hora de que los hombres sepan que una mujer bien atendida es una compañera fenomenal que les perdona todo. Está de mejor humor, es más indulgente y mansa, se conforma con menos y ni ve la mugre que él va dejando por la casa. Hacer el amor nos cambia los niveles de energía, nos quita la histeria, nos calma y nos hace ver la vida color de rosa. Lo quieras o no, si en la cama no pasa nada, sentimos que hay como un mandato con el planeta que queda incumplido. Las mujeres somos muy eficientes y nos molesta mucho estar con un mandato incumplido. Del sexo a que quedes embarazada hay un gran trecho, pero si tienes sexo, cumples con tu parte de la especie y te tranquilizas. Ya he dicho que los hombres quieren mujeres felices. Pues si las quieren ver felices, harían bien en hacerles el amor... o al menos unos masajes sensuales.

¿Y cómo le explicas todo esto a tu marido? Pues dile: «Cariño, si cada perro dejara de montar a las hembras porque ellas les gruñen cuando no están en celo, se extinguirían los perros». A lo cual el quizás te responda: «¡Mejor! Igual no me gustan los perros». En cuyo caso, quizás debas resignarte a que se extinga la raza humana. O quizás sea el momento de conseguirte un marido chino por Internet, ya que, pese a la limitación del gobierno respecto a la cantidad máxima de hijos, parece que los chinos son los únicos hombres del planeta que no se ofenden porque ella los haya rechazado el mes pasado.

ESPERO QUE ESE DOCUMENTAL
QUE HEMOS VISTO SOBRE
LA REPRODUCCIÓN DE LOS INSECTOS
TE HAYA DADO UNA IDEA APROXIMADA
DE LO QUE NECESITAMOS LAS MUJERES
EN UN MOMENTO DE INTIMIDAD ...



CUATRO MOTIVOS POR LOS QUE A LOS HOMBRES LES VUELVE LOCOS EL SEXO ORAL

Cualquier mujer que salga un sábado a la noche a un bar con un par de amigas sabe que es un mito aquello de que los hombres sólo piensan en sexo. Pueden ser Miss Mundo, pero ellos ni las miran. De hecho, los únicos que se les acercan son los borrachos perdidos, y para pedir dinero para el taxi.

Pero lo que no es mito es que a todos los hombres los enloquece el sexo oral. Tanta debilidad tienen por el sexo oral que son capaces de poner en riesgo su carrera, exponiéndose ante la prensa internacional por contratar a una prostituta para que les practique sexo oral en la vía pública, como sucedió con el actor británico Hugh Grant. Tan increíble resultó el incidente que Hugh Grant siguió haciendo el papel de galán romántico aristocrático, como si aquello jamás hubiera sucedido, pese a que quedó fichado por la policía de Los Ángeles por tal motivo. Esto prueba, además, que si sólo cuentan con Grant para el papel de galán, es porque en Hollywood están convencidos de que «ya no hay hombres».

Volviendo al deporte de Hugh Grant: ¿Qué tiene de irresistible el sexo oral? Sólo cuatro cositas:

1) El placer físico. En primer lugar, el innegable placer físico del roce húmedo y rítmico. Esto es algo difícil de explicar, porque si eso fuera el *quid* del placer, bailar bajo la lluvia debería ser orgásmico y en verdad es bastante incómodo y hasta riesgoso. Pero a ellos les gusta, porque se parece al sexo. Y les gusta más que el sexo, porque no requiere esfuerzo alguno de su parte.

2) El placer psicológico. Además de sentir un placer físico, él siente el placer psicológico de tener una mujer haciendo lo que socialmente se espera que hagan todas las mujeres: que bajen la cabeza y se olviden de sí mismas con tal de darle placer al otro. En ese acto, ella está íntegramente dedicada a su función ancestral de mujer: la de satisfacerlo sin pedir nada a cambio, del mismo modo como lo trató su mami en los mejores años de su vida, los de su más tierna infancia. Así que en todo sexo oral, hay un importante componente edípico que sólo se lo debes mencionar a tu hombre si ya te cansa esta práctica.

3) El placer de la pasividad. A esto se le suma el placer de que mientras él recibe sexo oral, no se espera de él que haga ninguna otra cosa más que gozar pasivamente. Y eso de «No tienes que hacer nada más que relajarte y gozar» es una excelente noticia para cualquier hombre preocupado por su desempeño sexual y porque esta noche no hay fútbol en la tele.

4) El placer del silencio, Y como si esto fuera poco, la mujer que lo hace, no habla. Y para todo hombre poco afecto a escuchar que ella diga: «Hablemos de lo nuestro», encontrar una práctica que a ella la mantenga muda es una ventaja enorme.

Como vemos, entonces, para el hombre el sexo oral es un placer cuadruplicado en lo físico, emocional y psíquico.

La mujer, en cambio, no disfruta tanto como los hombres del sexo oral, porque vive pendiente de cómo está el otro —si está a gusto, si se come un pelo, si le molesta nuestra rodilla...— y estar tan pendiente del otro y de sacrificarse por los demás le quita capacidad de entregarse al placer. O sea que la odiosa costumbre femenina de comer el pan quemado, la fruta marchita, la galleta rota y la carcaza de pollo acaba quitándole a la mujer el placer en la cama. ¿No nos vendría bien empezar a comernos la pechuga del pollo y la parte más roja de la sandía?

Para pasarlo bien en la cama, la mujer tiene que permitirse buscar el placer activamente, ser muy clara y explicarle a él con paciencia qué debe hacer para que ella no prefiera ir a regar las plantas o jugar al solitario en la computadora. Hay mujeres que dicen: «Para qué, no tiene caso, si no entiende nada...», y antes que explicarle nada de los placeres carnales a él, prefieren otros placeres carnales: ir a un Burger King a explicarle al cajero cómo quiere el *Whopper*.

La verdad es que el sexo hay que hacerlo a la manera de la Madre Teresa de Calcuta: de manera solidaria, pensando que todo lo que convierte a un hombre en buen amante es lo que le han enseñado otras mujeres. Así que si tú no disfrutas nada con él, piensa que todo lo que le enseñes, en un futuro él podrá practicarlo con otra mujer a la que hará más feliz que a ti.



CONCLUSIÓN

EN RESUMEN, ESTO ES COMO EL HUEVO Y LA GALLINA: LOS HOMBRES NO SABEN HACER EL AMOR PORQUE LAS MUJERES NO LES ENSEÑAN, Y LAS MUJERES NO LES ENSEÑAN PORQUE ELLOS NO SABEN HACERLO. LO IDEAL SERÍA QUE CADA MUJER LE PONGA UNA PEGATINA EN EL PECHO A SU NOVIO, O UN CARTEL AL CUELLO, INDICANDO QUÉ ES LO QUE LE HA ENSEÑADO, QUÉ SABE Y QUÉ NO, ASÍ LAS FUTURAS NOVIAS SABEN QUÉ ESPERAR DE ÉL. PERO EN VERDAD, COMO RESULTADO DE ESTO, HAY SÓLO CINCO HOMBRES EN EL MUNDO QUE SABEN HACER EL AMOR, QUE TIENEN TANTO ÉXITO ENTRE LAS MUJERES QUE NO PARAN DE CIRCULAR ENTRE MILES DE AMANTES Y NO SE CASAN NUNCA PORQUE ESTÁN SUPERDIVERTIDOS Y SOLICITADOS. MMMM... ¿TE PREGUNTAS DÓNDE ESTÁN? YO TAMBIÉN. PERO MEJOR, PIÉNSALO ASÍ: NO TE CONVIENE CONOCER A NINGUNO DE ELLOS. TE MORIRÍAS DE CELOS Y NO LOGRARÍAS QUE SE QUEDARA CONTIGO. MÁS VALE ENTONCES UNO MENOS DUCHO EN LAS ARTES AMATORIAS, QUE PUEDAS ENTRENAR A TU GUSTO HASTA DONDE SE LO PERMITA EL ORGULLO, PERO QUE ESTÉ CONTIGO TOMÁNDOTE DE LA MANO CUANDO TE OPEREN DEL APÉNDICE. ES PREFERIBLE UN AMANTE REGULAR PERO TUYO, A UN ARDIENTE LATIN LOVER PARA COMPARTIR.

CAPÍTULO 7

¿POR QUÉ SIEMPRE TIENEN SUEÑO?

La vida es algo que te pasa cuando no puedes dormir.
—FRAN LEBOWITZ

*Lo bueno de dormir es que te da lo mejor
de dos cosas: estás vivo, pero inconsciente.*
—RITA RUDNER

¿CÓMO PUEDE SER QUE ÉL SIEMPRE TENGA SUEÑO?

Escena de pareja: estás cenando con tu amorcito a la luz de las velas en un sitio donde se ve la luna llena por los ventanales, beben champaña, hay un piano suave sonando de fondo; ¡eres feliz! En este mágico instante, lo tomas de la mano y decides hablar del amor que los une. Y antes de que puedas decir una palabra, él abre sus mandíbulas como una anaconda tragando un buey, te lanza un aliento del infierno que te funde la máscara de pestañas, pegándotela en los párpados y se manda un bostezo tipo «¡Ajummmmm!», de unos cuarenta segundos de duración, que no dudas que ha llegado a oídos de todos los comensales. Luego, tu príncipe azul se despereza, se refriega los ojos y te pregunta: «Disculpa... ¿Qué decías?».

Tú le dices, disgustada: «Nada», y retiras tu mano. Cuando en verdad quisieras decirle que no sabes por qué en vez de estar con este animal no te habrías casado con el hijo de la amiga de tu madre, ese bajito tartamudo que estuvo diez años muerto de amor por ti sin que tú quisieras saber nada de él. Seguramente con él, o con cualquiera, te habría ido mejor que con este bruto. Pero el bruto no comprende qué bicho te ha picado. Y piensa que jamás entenderá a las mujeres.

Pobre hombre, no tiene idea del flagelo al que te somete cuando estás en el cine con él y antes de la mitad de la película él ronca en tu hombro.

O cuando quieres ver un video con él, él se acomoda estratégicamente sobre el sillón más mullido en posición fetal, y acabas viendo el video en la más absoluta soledad. Como cuando eras soltera, pero con más platos para lavar.

O cuando almuerzan ambos en casa de amigos, y de golpe él desaparece de la mesa y no regresa. Y el dueño de casa trae el café anunciándote divertido que tu príncipe está roncando en el sofá del cuarto de estar.

O cuando un sábado él duerme una siesta olímpica hasta las nueve de la noche, para abrir un ojo a las diez y decir: «¿Salimos?». Y tú, furiosa, le dices que ya es tarde y él responde que la culpa es tuya... ¡por no haberlo despertado a tiempo!

Y lo peor de todo es cuando luego de hacer el amor tú crees que él se ha fundido en un entrañable abrazo infinito encima de ti, con su cabeza en tu cuello, y te quedas inmóvil esperando sentir sus lágrimas conmovidas y palabras de amor como: «Me he dado cuenta de lo tremendamente importante que eres para mí». Pero las palabras de amor se demoran, las caricias han cesado y él no llora emocionado... ¡porque está roncando en tu cuello! Y a ti te toca la ardua tarea de tratar de escurrirte por debajo de un cuerpo de noventa kilos que decidió usarte de colchoneta. Y mejor ni intentar despertarlo, porque no hay nada más odioso que un hombre molesto porque se le interrumpe su siestecita. Si nunca hay diálogo después de hacer el amor es porque ellos se duermen antes.

Y si piensas que estos dilemas se solucionan con un viaje romántico o una segunda luna de miel, te advierto que es falso: para los hombres, «vacaciones» es igual a «tiempo libre para roncar».

Recuerdo como si fuera hoy un viaje a Hawái que programé con la idea de salvar mi pareja en crisis. Hawái es, por cierto, uno de los sitios más románticos que puedas imaginar. Pero lo que recuerdo del viaje son mis largas caminatas solitarias admirando espectaculares atardeceres en playas iluminadas con antorchas, observando parejas que caminaban tomadas de la mano o que se besaban en la arena, mientras mi *peoresnada* se quedaba en el hotel durmiendo siestas como para el Guinness de los Récords. Luego se despertaba a la hora de cenar, se ponía nervioso porque había cola en todos los restaurantes, amenizaba la espera emborrachándose con largos Mai Tais... ¡y a dormir otra vez, que para eso él estaba de vacaciones!

EN RESUMEN: HOMBRE ES AQUELLO QUE CUANDO NO COME, DUERME

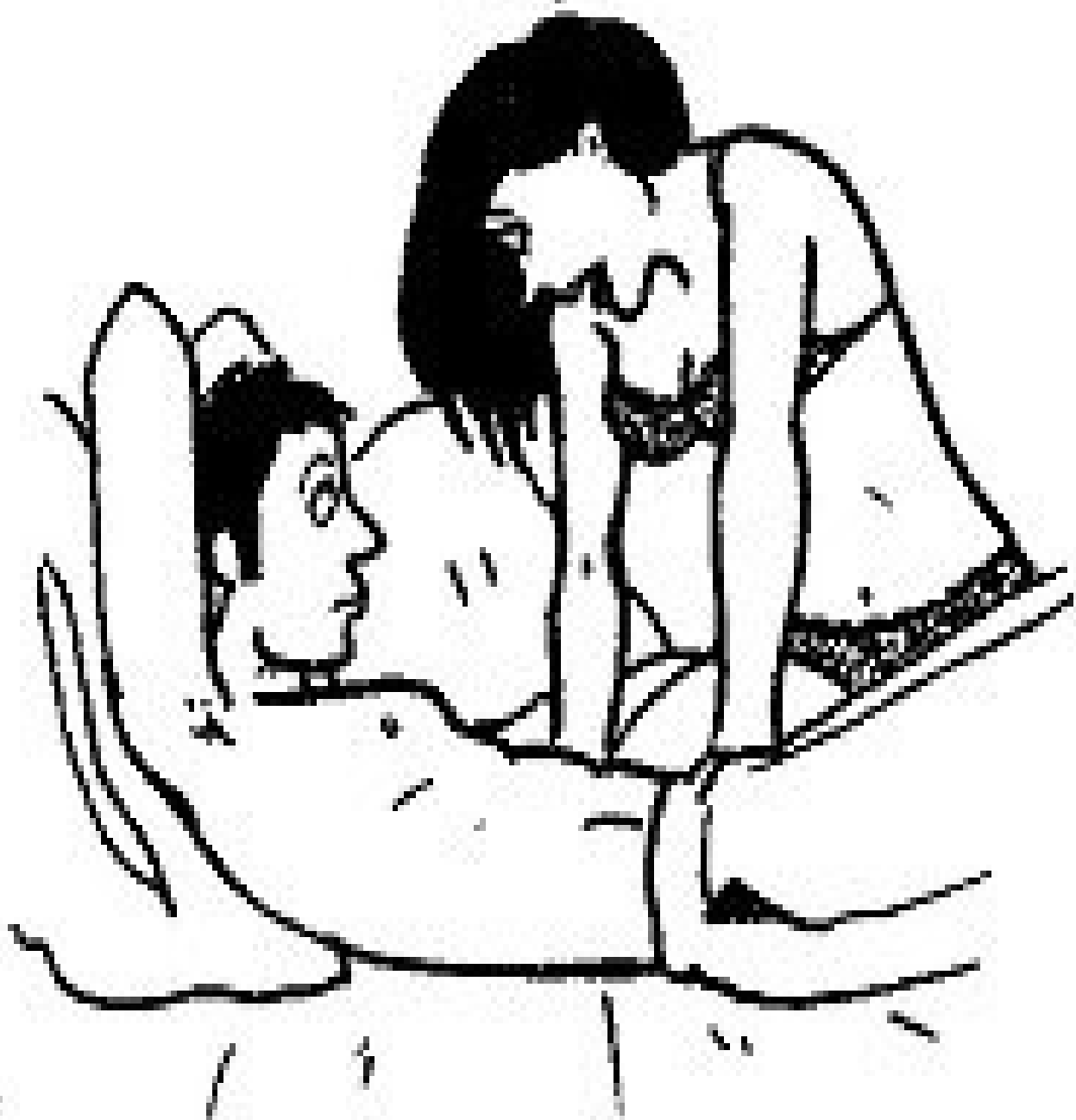
En el mundo entero hay sólo dos casos de hombres que se despiertan con ímpetu, tienen planes concretos, terminan lo que empezaron y no bostezan sin parar. Son Steve Jobs, el dueño de Apple Computers, y Steven Spielberg, el director de cine. El resto cree que si valiera la pena ponerse a hacer algo, ya lo habrían hecho. Están convencidos de que nada es urgente, y que si lo es, seguramente tú lo harás. Creen que si uno no tiene éxito en el primer intento, puede intentarlo el año que viene. Creen que no haciendo nada están a salvo. Porque si uno hace algo, lo critican por cómo lo hizo, pero si ni lo hace, no hay nada para criticar.

El resto de la humanidad bosteza después de un esfuerzo arduo, o cuando está

bien entrada la noche. Los hombres, en cambio, bostezan en el desafío, el almuerzo, la merienda, la cena, luego de haber bebido café negro, en su boda, mientras bailan y haciendo parapente.

¿Por qué sucede esto? ¿Tanto se aburren con nosotras que necesitan desconectarse en brazos de Morfeo? ¿Tanto les temen a las mujeres que prefieren perder la conciencia durmiendo delante nuestro a enfrentarnos despiertos? ¿Tan cansados están de la vida que si no duermen cada tanto una siesta se caen a pedazos?

YO ME QUEDO
A DORMIR CONTIGO, SÓLO SI
TÚ PROMETES NO DORMIRTE
CONMIGO. ¿DE ACUERDO?



DOS RAZONES BÁSICA POR LAS QUE SIEMPRE ESTÁN MUERTOS DE SUEÑO

Este comportamiento tan antisocial y poco romántico tiene su explicación biológica.

1) Ellos necesitan más horas de sueño. Como los hombres son más grandores y pesados, comen más, transpiran más, beben más y también precisan más horas de sueño. Por ende, si una mujer necesita ocho horas de sueño, en verdad un hombre que pesa el doble de lo que pesa ella necesitaría dormir unas dieciséis horas. Pero como nadie tiene noches tan largas, los hombres van robándole ratos de sueño al día cuando pueden: en el tren, en el cine, sobre el teclado de la computadora o sobre el cuerpo de su novia atónita.

2) Ellos tiene menos resistencia. Un especialista del rendimiento físico, Claudio Tamburrini^[7], me contó que las mujeres se destacan mucho más que los hombres en ciertas actividades deportivas, algunas veces rindiendo más que ellos. Hay deportes como la gimnasia, el patinaje, la equitación, el tiro y la caza, en los que ellas son rotundamente superiores. En pruebas que requieren equilibrio, sentido del ritmo, compás, elasticidad, resistencia y flexibilidad, los hombres tienen un rendimiento inferior a las mujeres. *«Basta con ver a un hombre haciendo gimnasia junto a una mujer: ella lo superará holgadamente y él lucirá una torpeza mayúscula»*, dice el experto.

Dado que hacer el amor requiere un buen rendimiento en compás, resistencia y flexibilidad, eso de tratar de rendir bien en actividades para las que no están genéticamente dotados, los agota infinitamente.

O sea que esto indicaría que todo hombre que se cruza en tu camino y te habla, en verdad está intentando mover los labios para no quedarse dormido. Esto explica por qué dicen tantas incoherencias.

También indica que todo hombre callado en verdad está durmiendo con los ojos abiertos. Y que el único momento en que puedes ver a tu hombre en su más auténtica actitud varonil es cuando está en estado comatoso y profiriendo un sonido así como «ZZZZZZZZZZ».

ELLOS DUERMEN MÁS... Y PEOR

Los expertos en sueño, por su parte, afirman que los hombres duermen mal de noche, tienen sueño ligero y cualquier tontería los despierta, motivo por el cual recuperan sueño con sucesivas siestas.

En cambio, a las mujeres los estrógenos las ayudan a dormir más plácidamente, y es cuando el nivel de estos baja —durante la menopausia— cuando nos volvemos tan insomnes como los hombres.

También está comprobado que la mayoría de los hombres tarda más de una hora

en conciliar el sueño, por lo cual pierden una hora de sueño por noche. Por eso mismo, más del 30% de los hombres en diversas encuestas confiesa sentir modorra en el trabajo, y un 99% afirma que *no es cierto* que se esté quedando dormido aún cuando la novia lo ve cabecear mientras ella le cuenta algo importantísimo. Un estudio de la Endocrine Society de Filadelfia demostró que si se comparan los efectos de la falta de sueño entre, hombres y mujeres, estas últimas rinden mucho más que los varones con menos horas de sueño: mientras ellas siguen adelante, a ellos les tienes que pedir un camillero.

Quizás por estar programadas a despertarnos varias veces por noche para atender a bebés lactantes, el cuerpo femenino creó defensas para no morirnos de cansancio aunque nos falte el sueño. Cuando hemos dormido mal, sólo estamos más irritables y consumimos más café, pero... ¿bostezar? ¡Jamás!

Esa ordinariez es cosa de hombres.

LAS SEIS RAZONES POR LAS QUE LOS HOMBRES SE QUEDAN DORMIDOS DESPUÉS DE HACER EL AMOR

1) Se relaja demasiado. Para llegar al orgasmo es necesario que un hombre deje de lado todo temor y ansiedad, y debe estar absolutamente relajado. Por ende, se relaja tanto que se queda dormido.

2) El orgasmo descarga demasiados sedantes naturales. Para lograr la eyaculación, suceden varios procesos complejos en el cuerpo del hombre. Su presión sanguínea baja violentamente luego del clímax. Su cuerpo se inunda de hormonas relajantes como la norepinefrina, la serotonina, la oxitocina, la vasopresina, el óxido nítrico y endorfinas, todas hormonas que suelen asociarse con la liberación de la melatonina, la hormona que regula los ciclos de sueño. Luego del orgasmo la sangre se llena de prolactina, que produce un relajamiento muscular abrupto y que es la hormona más abundante durante el sueño. De hecho, si se les inyecta prolactina a ratones de laboratorio, estos también se duermen en el cine.

3) Lo sienten como una maratón. En el orgasmo masculino se libera tanto glicógeno de los músculos como en una maratón. Y como los hombres tienen más músculos, están más cansados que nosotras.

4) El esfuerzo los agota. En un orgasmo los hombres deben mezclar millones de espermatozoides con el fluido seminal a través de contracciones de la próstata, sacudones de caderas y tratar de recordar cómo se llamaba la chica. Al hacer todo eso al mismo tiempo, quedan realmente extenuados y sin fuerzas.

5) Expeler vida los deja muertos. La teoría Zen explica este deprimente fenómeno diciendo que la fuerza masculina es *yíng* (hacia afuera) y la femenina es *yang* (hacia adentro). Y aunque no se necesita más fuerza para lanzar que para conservar la vida, podemos justificar el súbito sopor masculino a que los hombres expelen la vida de su cuerpo, mientras que las mujeres se cargan de ella. O sea que luego del sexo, él queda

semimuerto, mientras tú estás llena de pilas, rozagante, despreocupada y cantando «¡Tralalaaaá!», mientras bailas sobre las toallas que él dejó en el piso.

6) Opiniones femeninas. La mayoría de las mujeres opinan que el hombre se duerme después de hacer el amor por los siguientes motivos:

- Para olvidar la pobre función que acaba de dar.
- Para no tener que pasar por la frustración de no poder prender la tele, porque te enfadarías si la enciende.
- Para no tener que fingir que te ama.
- Para no tener que levantarse a traerte un vaso de agua.
- Para no tener que comprar comida.
- Para no tener que llevarte a tu casa.
- Para no tener que escucharte cuando le preguntas si te ama.
- Para no tener que decirte: «No, no te amo, solo quería una revolcada...».
- Para no tener que decirte: «Me gustas tanto que temo enamorarme de ti».

Si te sirve de consuelo, esto de tener un hombre dormido encima, nos pasa a todas. Una amiga me dijo, equivocadamente: «Bueno, yo lo tomo como un cumplido. Se duerme porque está cómodo a mi lado. Si no, no se dormiría». En una encuesta realizada en Inglaterra entre diez mil hombres, se supo que el 48% de los hombres se duerme *durante* el sexo, no después. Así que debería alegrarte que tu novio no sea inglés.

Si tu hombre siempre se duerme no es que tenga nada contra ti. No es que lo aburras, que no lo estimulas, que no ha dormido anoche por salir con otra... sino que tiene sueño *porque es varón*.

Sé que esta costumbre de dormir demasiado es molesta cuando, por ejemplo, se duerme en casa de tus padres, no te deja leer de noche en la cama o te dice que no puede dormir si lo abrazas en la cama. Y sé que no hay nada más espantoso que querer hablarle de amor a un hombre que te bosteza en la cara. Pero es que ellos viven cansados. Por eso inventan iPods, DVDs, porsches, ferraris, play stations, Wii, kayaks, motocicletas, esquís y otros aparatos varios que los mantienen medianamente despiertos.

Quizás el problema no sea que el hombre se duerma, sino que la mujer se quede despierta. Tal vez si los hombres nos cansaran bien cansadas en la cama, quedaríamos tan agotadas como ellos.

Mientras tanto, a tu hombre bien puedes decirle: «Si tienes que bostezar, por favor, hazlo en el baño».

TE VOY A PEDIR ALGO:
¿ME HACES EL FAVOR DE
IR A BOSTEAR AFUERA?

¡¡AJUMMM!!



CAPÍTULO 8

¿POR QUÉ VIVEN EN EL BAÑO?

Reconoce tus errores antes de que otros los exageren.

—DR. ANDREW MASON

¿POR QUÉ LOS HOMBRES FRECUENTAN LOS BARES?

Hace poco, pasé por un bar y me sorprendió ver a tantos hombres en un mismo sitio: un bar sucio, mal iluminado, donde todos miran fútbol en una pantalla grasienta. Todos los hombres mirando fijo a otros hombres, mientras las calles están llenas de mujeres solas que se preguntan dónde hay hombres. ¿Son misóginos o qué?

Le pregunté a un amigo por qué los bares del mundo están llenos de varones que miran partidos de fútbol mientras se llenan de cerveza. ¿Son solterones sin remedio? ¿Por qué se quedan encerrados allí, mientras miles de mujeres solas están esperando conocer hombres?

—Todos esos hombres que llenan los bares son casados, tienen familia —me dijo mi amigo.

—¿Y qué hacen ahí, en vez de ir a sus casas?

—Los hombres vamos a los bares porque en casa no nos quieren.

—¿Cómo que no los quieren?

—En nuestro propio hogar no tenemos un lugar propio... Si llegamos a casa mucho antes de la hora de la cena, nos van echando, porque uno molesta en donde esté. Si enciendo la tele, me preguntan si no tengo nada mejor que hacer. Si abro la heladera me dicen que no «picotee» antes de la cena. Si decido arreglar una lámpara colgante, protestan porque pongo la escalera donde hay que pasar la aspiradora. Si juego con el perro, me dicen que no ensucie la sala de estar. Si le hablo a mis hijos, me dicen que no los distraiga porque tienen que estudiar. Si le hablo a mi esposa me dice que me calle, porque está escuchando algo en la radio o el ruido del hervor de la salsa... Así que ya ves: no puedo hacer nada en casa. Si enciendo un cigarrillo es el fin del mundo porque quiero matar de cáncer a toda la familia y si tomo un trago les doy mal ejemplo a mis hijos. Nada de lo que haga yo en mi casa es aceptado, ni

siquiera relajarme... Así que lo mejor es irse al bar a mirar el partido de fútbol.

Me quedé pensando en la condición masculina. Y llegué a la conclusión de que es cierto: nadie sabe dónde poner a un marido. Pero el hecho de que no tengan sitio en su propia casa, es algo que ellos mismos se han buscado.

En primer lugar, la casa misma rara vez es elegida por el hombre. En cualquier oficina de venta de propiedades inmuebles te cuentan que son las mujeres quienes deciden la casa a comprar o a alquilar.

En segundo lugar, ellos son los que menos están en casa. Las cosas y las casas son de quien las usa. Si la esposa usa más la casa que él, la casa es mucho más de ella que de él.

Los maridos se quejan de que en casa ellos sólo pueden ocupar un 0,01% del espacio total para guardar cosas. Pero si ellos están en casa el 0,01% de su tiempo... ¿no es ese el espacio que merecen? ¿Por qué ocupar armarios enteros con botas, raquetas y cañas de pescar que un hombre sólo usa un domingo cada seis meses?

Además, los hombres no hacen nada por su lugar de residencia. Es raro que pinten, cocinen, ordenen, lustren o limpien su hábitat... ¿Por qué habrían de merecer un sitio más amplío?

Una cosa es si tu marido construyó la casa con sus propias manos, y en el proceso se hizo su propio estudio o su propio hogar de rocas y leños. Pero la mayoría de los maridos ni siquiera pintan las paredes, ni reparan un enchufe, ni cambian una lamparita, lo que prueba que, por regla general, el macho de la casa no cuida su guarida.

DAME CINCO MINUTOS
PARA CONTARTE EL TEMA DE
LA HIPOTECA, Y ENSEGUIDA TE
DEJO LIBRE PARA QUE VUELVAS
AL BAÑO...

¡UFA!



REVISTAS EN EL BAÑO

Al no estar en casa, los hombres desconocen las reglas internas del uso de la misma, y por eso terminan oyendo frases como: «Papá, sal de ahí que esa es mi silla», «Sal del medio que no dejas pasar», «Muévete, cariño, que ese sofá es el único lugar donde puedo coser con buena luz», hasta llegar al muy directo: «¿Qué pasa que te quedas? ¿Hoy no trabajas? ¿No puedes irte a otro sitio?».

Muchos hombres se sienten echados de su propia casa. Por eso, la mayoría acaba tumbados en la cama con el control remoto en la mano. A las mujeres esta visión del hombre mirando tele nos resulta tan deprimente que acabamos diciendo: «Ey, ¿no tienes nada mejor que hacer?». Y él jamás responde: «No, ¿por qué? ¿Quieres que haga algo?», porque las mujeres, con tal de verlos activos, somos capaces de mandarlos a cascar nueces, a lavar un perro o a acomodar los libros de la biblioteca por orden alfabético; a los maridos habilidosos les espera una fila de electrodomésticos descompuestos para revisar. Astutos, ellos se refugian en esas cuevas de inmundicia masculina llamadas garajes. Algunos hacen como que están ordenando, buscando algo o guardando tornillos, pero en verdad se ocultan en el sector más oscuro para que no los mandes a reparar electrodomésticos o a lavar perros.

Al no participar activamente en las cosas de la casa, ellos nos están preparando para su ausencia, como un entrenamiento para la viudez. Y finalmente acabamos tan acostumbradas a estar solas que cuando él llega, una ya siente que él haría bien en sacar la basura, pasear el perro, ir a jugar al tenis o las tres cosas a la vez con tal de que se salga del medio.

Las mujeres nunca sabemos dónde poner a un hombre. Son anchos, altos, pesados, calzan zapatos muy grandes, se chocan con todo, atropellan los muebles, taponan las puertas de entrada y salida, y dejan sus cosas tiradas donde tú acabas de limpiar. En suma, fastidian e incomodan. Es por eso que pasan tantas horas encerrados en el baño con revistas.

El baño es el único lugar donde pueden estar tranquilos sin que nadie los moleste. Allí tienen un trono y pueden sentirse reyes. Especialmente cuando su mujercita les dice: «Oye, mi rey... ¿te costaría mucho reponer el papel higiénico?».

¿DEJAS TUS ZAPATOS POR
TODAS PARTES PORQUE ERES
DESORDINADO, PORQUE ERES
HOLGAZÁN, O PORQUE AÚN
CREES EN LOS REYES MAGOS?



CAPÍTULO 9

¿POR QUÉ DICEN QUE TE LLAMARÁN Y NO TE LLAMAN?

*Más vale no decir nada y parecer tonto,
que decirlo y despejar toda duda.*

—GROUCHO MARX

INCREÍBLES MOTIVOS MASCULINOS

Supongamos que un hombre ce invitó a salir y tú aceptaste.

Te llevó a comer a un lugar cálido y sofisticado, pidió un buen menú, un buen vino, postre y café. La charla fue amena durante toda la noche. No te aburraste. Tampoco te pareció que él se aburriera. Te empezaste a sentir atraída hacia él, hasta el punto exacto de sentir intensas ganas de que te besara. Intuyes que si se quitara la salsa del bigote y no hablara con la boca llena hasta podrías enamorarte de él. Tanto te le quedas mirándole la boca cuando habla, que ya ni siquiera escuchas de qué te está hablando. Y cuando te pregunta: «¿No te parece?», le dices a todo que sí, porque no le puedes decir: «Discúlpame, no te escuché porque estaba pensando en cómo besarán tus labios».

Él fue divertido y ocurrente, fue amable con el camarero, pagó y dejó buena propina, te ayudó con tu abrigo al salir, te llevó a tu casa, dijo que la pasó muy bien contigo, y en el momento exacto en que te morías por saber cómo besa, él te lanza la mortal estocada masculina: «Te llamaré».

Y no es difícil pasar el resto del tiempo de vigilia, tratando de descifrar qué significa esa frase.

¿Significa que te va a llamar mañana para confirmar que la pasó genial contigo? ¿Que te va a llamar el jueves para arreglar algo para el viernes o sábado? ¿O que te va a llamar cuando no tenga nada mejor que hacer?

Si esto sucedió el sábado a la noche, en todo el domingo no llama. Tal vez llamará el lunes para comentar el encuentro. Pero no llama en todo el lunes. Bueno, no querrá mostrarse desesperado. Esto es pura estrategia: llamará el martes, para saludar.

Pero él tampoco llama el martes.

«Bueno, no querrá asustarme», piensas. «Llamará el miércoles para preguntarme cómo estoy». Pero tampoco llama. Bueno, nadie llama un miércoles, es justo a la mitad de la semana.

¿Llamará el jueves para saber si puede verte el fin de semana? Pero tampoco llama el jueves.

¿Será que no tiene tan baja la autoestima como para querer garantizar que reserves el fin de semana para él? Es un hombre seguro de sí mismo, que sabe que dejarás cualquier programa por volverlo a ver. Seguramente llama el viernes.

Pero el viernes no llama.

Y el sábado tampoco.

Y te preguntas: «¿Qué habrá querido decir con “te llamaré”? ¿Me llamará a casa, al celular o al trabajo? ¿Llamará cuando tenga un plan concreto, o me llamará por llamar? ¿Es de los que llaman cuando quieren hablar con alguien, o por cumplir con la promesa? ¿Recordará que ha dicho que llamará? Es más, ¿qué es para un hombre llamar?».

Ya no te bañas, no tiendes la cama, no compras comida, no ocupas el teléfono, no haces las compras, te quedas sin pan, azúcar, champú y leche, mantienes el celular pegado al cargador para que no se descargue y no haces planes para el fin de semana para tener el tiempo libre por si él llama.

Y te preguntas: «¿Estará enfermo, afónico o secuestrado? ¿Se habrá cruzado con algún exnovio mío que le ha hablado mal de mí? ¿Se habrá reconciliado con alguna exnovia y me habrá olvidado? ¿Habrá perdido mi número? ¿Habrá perdido su teléfono? ¿Se habrá perdido? ¿Se le habrá incendiado la casa? ¿Estará internado en un hospital? ¿Llamo a la policía para ver por qué no llama?».

Pasas días sin dormir, y él sigue sin llamar.

RAZONES MISTERIOSAS

¿Por qué no llama si la salida fue muy linda, si ambos la pasaron bien, si no se veía incómodo mirando el reloj para irse pronto, si pidió langostinos para quedar bien contigo, si estuvo cuatro horas conversando muy entretenido? ¿Por qué no llama si es obvio que están hechos el uno para el otro? Tratas de recordar la última noche en que lo viste, haces una reconstrucción mental de los hechos con precisión detectivesca. ¿Cometiste algún error? ¿Dijiste algo que lo asustó? ¿Te manchaste el pelo con salsa? ¿Hablaste de enfermedades o —¡peor!— de querer ser madre pronto? No, no pasó nada de eso. ¿Dio muestras de parecer fóbico, comprometido o enamorado de otra? ¿Se levantó en algún momento para hacer una posible llamada a otra? No, ni siquiera fue al baño. ¿Lo aburriste espantosamente pero lo sabe disimular?

Cuando te parece que no ha pasado nada de eso, y es la tercera vez que un tipo así te dice que llama y no llama, es sólo que estás ante una de esas extrañas costumbres

masculinas.

¿Qué les pasa a los hombres? ¿Por qué dicen que llaman si no piensan hacerlo? ¿Por qué no se comunican sabiendo que estamos esperando que lo hagan? Hay varios motivos por los cuales un hombre no llama. Ninguno de ellos tiene que ver con que los dos la hayan pasado bien o no, sino con el hecho de ser varón.



ÉL TIENE MÁS TIEMPO QUE TÚ

Por más que compren teléfonos celulares y automóviles turbo diésel, los hombres no son más que animalitos de Dios. Como a cualquier perrito, no les interesa tanto el sexo por demostrar sus capacidades amoratorias, sino porque acatan una orden interna de índole más instintiva que romántica que le grita al oído: «¡Desparrama tus genes por el mundo YA!».

Es por eso que ellos no suelen dar señales de interés profundo por nada que no sean nuestras tetas. Y a veces ni eso. A veces sólo les interesan nuestras lasañas.

¿Por qué soñamos nosotras con la velada romántica y un futuro envejeciendo juntos mientras ellos sólo sueñan con una revolcadita ocasional? Porque nosotras tenemos más urgencia para formar pareja. La industria de la moda, la cosmética, las peluquerías y las fábricas de calzado deben su existencia a que las mujeres queremos que los hombres se enteren de que seguimos estando en la etapa reproductiva.

Ellos también necesitan estar con una mujer... pero poquito.

Quieren tener hijos... pero no ahora.

Quieren casarse... pero no contigo.

¿Por qué pasa esto?

Se lo pregunté a mi ginecólogo, un poco para hablar de algo porque eso de ir al médico siempre me pone nerviosa. Soy una mujer moderna e independiente, pero no consigo relajarme cuando me echan desnuda en una camilla, con las piernas abiertas frente a la nariz de un desconocido y los talones sobre dos ganchos elevados de frío acero.

Entonces, el otro día, como para romper el hielo mientras me hacía una citología, no se me ocurrió mejor idea que decirle a mi ginecólogo: «Doctor... ¿Por qué los hombres le temen al compromiso?». Y él, mientras insertaba un helado tubo de metal dentro de mi asustada vagina, me dijo: «Porque no tienen ningún apuro. Pueden ser padres toda su vida... mientras tengan una erección».

¡Oia! ¿Era tan simple?

Hay una diferencia biológica esencial entre hombres y mujeres: ellos tienen todo el tiempo del mundo para formar pareja, y nosotras tenemos los días contados.

Esto es lo que lleva a las mujeres a desesperarse si no tienen nada que hacer un sábado a la noche. Cada fin de semana sin salidas es para nosotras la cuenta regresiva hacia la menopausia. Tenemos un tiempo limitado para reproducirnos. Y eso lo sabe cada una de nuestras células.

En cambio, para un hombre, el tiempo de reproducirse es ilimitado, en tanto tenga erecciones, que hoy en día se consiguen con una pastillita, lo que les da aun más tiempo para postergar la decisión. Así que el apuro de un hombre por concretar algo con una chica que le gusta es algo así como un trillón de veces menos urgente que el de la chica.

Lo que pasa luego de una primera cita es que, si todo salió bien, él se queda

tranquilo, mientras tú te quedas ansiosa esperando que él vuelva a llamar.

¿Por qué se queda tranquilo? Porque ya sabe que hay una chica que puede gustarle, sabe dónde ubicarla y en verdad no tiene ninguna urgencia por hacerlo, porque a él le basta con saber que ella existe. Mientras tanto, va probando con otras, total, ¡el mundo está lleno de mujeres encantadoras!

Así que un hombre no llama porque no ve cuál es la urgencia de llamar. Y porque ni siquiera imagina que estás esperando que él llame.

EL FACTOR FIESTERO

El plan de un hombre no es encontrar una mujer encantadora, establecer un noviazgo y casarse. El plan de un hombre es conocer la mayor cantidad de mujeres posible —que no quebranten su presupuesto de salidas— hasta darse cuenta de golpe, semanas o meses más tarde, que entre todas esas, tiene ganas de volver a ver a alguna un particular. En la comedia *Noche de Reyes*, Shakespeare le hace decir al bufón Feste: «*Muchas salidas divertidas previenen un mal matrimonio*», lo que demuestra que por lo menos desde el año 1599, en que se escribió esa obra, los hombres no llaman. Un buen día, quizás, decide llamar a aquella a quien más recuerda, o a quien más recuerda su amigo Quique cuando le pregunta: «¿Y qué fue de esa morocha de tetas increíbles que no sé por qué dejaste pasar?».

¿Y por qué no se le ocurrió a él que ya era tiempo de llamarla? Porque todo macho soltero piensa: «¿Por qué me voy a quedar pegado a una sola mujer, mientras que otros tipos que siguen sueltos se divierten más que yo?». El temor al compromiso se trata de «no quedarme sólo con una, así puedo conocer a otras». No lo hacen tampoco por sentirse *latin lovers*, sino por —créase o no— tener más roce social y volverse más hábiles en este tema de tratar mujeres. Porque en el fondo saben que es todo un arte eso de mantener conversaciones y evitar dormirse sobre los espaguetis. Inconscientemente, ellos saben que les conviene tener experiencia en tratar mujeres para poder tratar a muchas más. Y mientras puedan lograr práctica, lo van a hacer.

A veces hay menos posibilidades de que te vuelva a llamar después de una primera salida si en verdad le gustaste, porque no quiere enamorarse de ti. Lo que él siente es que no puede arriesgarse a que le gustes más y más y más, que quiera vivir contigo, casarse, tener hijos, jubilarse, llevarte de vacaciones de jubilados a una playa tropical, ¡y ver allí a miles de chicas en bikini que no va a poder conocer porque está arrastrando tu sombrilla! ¿Comprendes ahora por qué el pobre hombre se niega a llamarte?

..Y ÉL ME DIJO QUE
SÓLO ME HABÍA PEDIDO
MI NÚMERO TELEFÓNICO,
QUE ESO DE NINGUNA
MANERA SIGNIFICA QUE
PENSARA USARLO...



HOMBRES BAJO EL MICROSCOPIO

Pero hay otros motivos por los cuales un hombre te dice que te va a llamar y no llama.

Uno es un espantoso temor al rechazo. Tienen tanto miedo de quedar como desesperados que prefieren dejar pasar un tiempo prudencial antes de arriesgarse a llamarte y que les digas: «¿Otra vez tú? ¡Pero qué pelmazo!». (¡Si pudieras ser madre a los ochenta, como ellos, tampoco llamarías enseguida!).

Ellos calculan que llamar enseguida es una patética muestra de debilidad. Prefieren mil veces más quedar como maleducados o desconsiderados que quedar como tipos inseguros que mendigan atención. También saben que a las mujeres, cuanto menos interés se les muestra, más se enamoran. Entonces, dado que la manera de hacerse valer y de mantener interesada a una mujer es no llamarla, él no la llama.

A todos los hombres les ha pasado alguna vez que se obsesionaron con una chica, empezaron a llamarla todo el tiempo, y que, a cambio, recibieron rechazo y desprecio por parte de la mujer de sus sueños. Esa herida narcisista en su vulnerable ego la sufrieron en la adolescencia, y los dejó tan adoloridos que juraron no arriesgarse a que eso les volviera a pasar. Entonces prefieren perder de vista a una mujer antes que confirmar que ella no quiere verlo.

Y hay otra causa de la urgencia por volverlo a ver. En una salida con un hombre, las mujeres estamos atentas a tantos detalles al mismo tiempo que necesitamos repetir la salida para poder volver a fijarnos en lo que no tuvimos tiempo de atender. Las mujeres salimos con un hombre y miramos su pelo, sus ojos, sus pestañas, cómo modula la voz, si se lavó las orejas, si tiene los dientes parejos y si se lustró los zapatos. Miramos si tiene las uñas limpias, si tiene cicatrices, qué ropa eligió, y tratamos de percibir qué perfume usa y cuál es el aroma de su piel. Queremos descubrir en el transcurso de una cena qué lo hace reír y qué lo pone serio, qué comida prefiere y cómo la mastica. Prestamos atención a qué tipo de humor tiene y hasta dónde llega su nivel cultural. Nos fijamos en cómo mira a los demás y en si nos mira a los ojos cuando hablamos. Para cuando termina la cita, acabamos tan abrumadas de detalles que necesitamos volver a ver a este hombre para saber si nuestras percepciones son ciertas o no. O para empezar a escuchar lo que dice cuando habla.

¿Y los hombres qué percibieron en la primera cita? Ellos recuerdan vagamente qué partido de fútbol estaban transmitiendo en la tele del bar, que les pareció que la comida tardó demasiado y estaba fría, y creen recordar que el café estaba bueno. Eso es todo.

La máxima definición masculina de una salida es «me aburrí» y «no me aburrí». Un hombre ni siquiera se fija mucho en si le gusta la chica o no, sino, más bien, si se gusta él estando con ella.

Así que aunque se haya sentido terriblemente atraído por ella, si en el primer

encuentro se sintió tonto o desubicado, no le interesa volver a verla pronto, porque no se sintió cómodo con ella. A ellos no les importa cómo eres tú, sino cómo los has hecho sentir. Las mujeres estamos tan pendientes de los detalles más pequeños que olvidamos la parte más importante de la salida: hacerle sentir a él que nos parece un tipo fascinante.

Lo cierto es que los hombres perciben que los estamos observando con microscopio, y ni siquiera a las ratas de laboratorio les gusta que las observen tanto. Si trataras así a una rata, seguramente ella tampoco te llamaría para salir un sábado. Si los escudriñaras menos, seguramente ellos llamarían más seguido porque no sentirán que los estás estudiando, sino que los estás disfrutando. Lo que hay que hacer cuando sales con un hombre es intentar no estar tensa: sólo relájate y goza.

EL CAMINO DEL MÍNIMO ESFUERZO

Finalmente, también sucede lo más temido: no le interesa volver a verte. Pero seguro que jamás se atrevería a decirte: «La pasé mal y no te voy a volver a llamar porque no tenemos onda». No pueden ser tan sinceros, por temor a ser groseros, a ofendernos y a terminar atacados por una mujer histérica que mientras llora lo mata a carterazos.

Así que si sabes que el hombre no es un caso de timidez patológica, no te confesó que tiene fobia a comunicarse telefónicamente y tú no fuiste particularmente desagradable con él, lamento decirte que si no te llama, es sólo porque no está interesado en volver a verte.

Entonces, ¿por qué te invitó a salir? ¿Y por qué, en vez de invitarte a tomar un café rápido que les ahorra tiempo a los dos, te invitó a una cena de cuatro horas? Hay muchos motivos:

- Pudo haber querido conocerte mejor para saber si te veía algo bueno.
- Quiso quedar bien para demostrarse a sí mismo que es educado y galante.
- No le gustabas desde un principio, pero quiso saber si le podías presentar alguna amiga.
- Quiere contarles a sus amigos que salió con una mujer.
- No tenía nada mejor que hacer esa noche y tenía ganas de comer algo rico y en agradable compañía.

Ellos son mucho más prácticos que nosotras y basan sus acciones en satisfacer sus necesidades urgentes, no las del futuro, como nosotras.

Como ellos saben que las mujeres esperan que ellos se despidan diciendo que las llamarán, de puros obedientes dicen «te llamaré» como estrategia para sacarse a la mujer de encima y poder irse rápido y sin reproches. Para ellos resulta una pesadilla dar explicaciones de cualquier cosa, y lo último que quieren es escuchar a una mujer

que en el momento de la despedida los bombardee con preguntas como: «¿En qué te fallé? ¿Por qué te caí mal? ¿No te gustó el color de mi esmalte de uñas? ¿Me darías otra oportunidad?». Así que la manera más práctica es decir «te llamaré», aunque sepan que no lo harán.

¿QUÉ HACER CUANDO NO TE LLAMA?

Si el tipo te gustó y tienes el coraje suficiente como para escuchar la verdad, puedes llamarlo y decirle: «Me quedé esperando que me llamaras... ¿Te pasó algo?». Él puede inventarse que estuvo de viaje, o que estuvo enfermo, o con mucho trabajo. A veces puede tratarse de una mentira piadosa y otras veces es cierto que estuvo de viaje, enfermo o con mucho trabajo. Pero quizás no tuvo ganas de volver a verte y eso es algo que debes admitir que pueda suceder. Lo único que podrías comentarle es: «Yo sí tengo ganas de volver a verte, ¿tendrás un rato para que nos veamos?». La mayoría de los hombres se sienten halagados con esta propuesta, pero él puede decirte que sí... o que no. Si él pone pretextos para no verse contigo, esto significa una sola cosa: no quiere verte. No vale la pena insistir con él. Quítatelo de la cabeza. Por eso, es mucho más conveniente llamarlo y sacarte la duda de una vez a quedarte obsesionada esperando que él te llame.

La más probable es que él sienta por ti una leve indiferencia. Que se sienta atraído pero no sepa si eres su clase de chica. Pero como sabe que ninguna mujer aceptaría quedarse esperando a ver si a él le gusta ella o no, lo más sabio es borrarle y no volverla a ver.

Si él supiera que estás dispuesta a verlo dos, tres o diez veces más sin pretender pasar a nada más serio ni presionarlo —«¿Por qué no me llamaste?»—, seguramente llamaría. Pero sabe cómo somos las mujeres, y cómo los presionamos cuando nos empezamos a enamorar. Así que mejor no llamar. Ellos esperan que captes el mensaje y que llenes tu tiempo con otro hombre. Consejo: hazle caso y búscate otro.

También puede suceder que un hombre se haya sentido fascinado contigo, le hayas gustado de verdad, pero no quiera volver a verte ahora, porque piensa: «Ella me gusta, pero no es el momento de salir con ella, porque no quiero nada serio. Por cierto, es la chica ideal para cuando me quiera casar, pero como ahora no pienso hacerlo...». Los hombres no ven cuál es el apuro, si cualquiera puede esperar a que él tenga ganas de formalizar. No te extrañes si te llama seis años después diciendo: «¿Qué? ¡No me digas que porque no te llamé enseguida te casaste con otro! ¡Qué impacientes son las mujeres! ¿Quién las entiende?».

CAPÍTULO 10

¿POR QUÉ LE TEMEN AL COMPROMISO?

*Un marido es lo que te queda de un amante
cuando le has quitado todo el coraje.*

—HELEN ROWLAND

¿POR QUÉ LAS MUJERES QUIEREN «ALGO SERIO»?

Las mujeres están más apuradas que los hombres por concretar algo serio por dos motivos meramente biológicos. Uno es que tenemos una fuerza muscular bastante menor que la del más debilucho de los varones. Por ejemplo, un hombre quizás pueda entrar una lavadora a su casa sin ayuda. Una mujer sola tiene que pedir ayuda masculina porque, salvo algunas excepciones, si compra una lavadora nueva, esta se quedará en la entrada del edificio hasta que algún hombre voluntario la suba.

El segundo motivo es que en la visita ginecológica de rutina después de nuestro cumpleaños número veintisiete, el médico nos dice: «Si no te apuras, no podrás ser madre», y te muestra horripilantes diagramas que señalan cómo el aumento de problemas genéticos en hijos de madres de más de treinta años sube al 300% con cada nuevo año que cumples. Y te explica que después de los cuarenta, tus óvulos están tan avejentados que tendrás que pedirle a alguna veinteañera inescrupulosa que te done los suyos para que puedas parir el hijo de otra... Que si sale a la madre donante, apenas le falte dinero correrá a vender un riñón para comprar más cerveza.

Así que no es que nosotras estemos locas por comprometernos, sino que la culpa la tienen los fabricantes de lavadoras y los ginecólogos.

Y tienes razón en apurarte a tener hijos: debes hacerlo mientras tus padres aún estén lo bastante enteros como para criarlos.

Además, no es que todas andemos buscando un semental, como lo hicieron algunas actrices famosas, ansiosas por criar niños sin padres. Queremos un semental que cambie pañales, que nos traiga un té a la cama y que pague la semana de vacaciones en la playa. Para eso, tenemos que buscar un semental con quien la convivencia sea más o menos agradable. Para eso hay que buscar un hombre con

quien nos sintamos más o menos a gusto. Pero es tan complicado encontrarlo que, una vez que lo encuentra, cualquier mujer en su sano juicio quisiera ir concretando algo que le garantice que este raro ejemplar ya no se le escapa y que puede relajarse, porque ya no hay que seguir buscando uno como él.

Supón que lo has hallado, sales unos meses con él, y de pronto llega ese momento de la relación en el cual te gustaría saber si se puede hacer un proyecto a futuro, o si eres un mero pasatiempo mientras él termina la universidad y consigue trabajo en Islandia. Pero cuando quieres hablar de eso, él súbitamente sale corriendo a ver si afuera llueve.

Así que para ser un macho, hay que escaparle a todo lo que tenga que ver con emociones y sentimientos de verdad. Por ejemplo, el mentado compromiso. Y como para ser macho no hay que parecerse a un bebé mimado, lo que él hace es... ¡huir del amor lo antes posible! Habiendo aprendido a escaparle a sus sentimientos, ¿qué pueden hacer frente a una mujer que les pide que sientan todo de golpe?

Si ella le pregunta: «¿Me amas?», él dirá: «Por supuesto, si no, no estaría contigo». Ella le pregunta: «¿Quieres que sigamos juntos?», y él le responde: «Por supuesto, por eso estoy aquí». Y cuando ella le dice: «¿Y qué de nuestro futuro?», él se queda en blanco, y luego dice: «¿No estamos bien así? ¿No es muy pronto para hablar de eso?». ¡Y ya llevan tres años de novios!

No es que los hombres le teman al compromiso. Es que no tienen la menor idea de qué estás hablando cuando hablas de compromiso.

La verdad es que para los hombres el amor es un problema. Es por eso que todos los grandes héroes románticos prefieren morir antes que amar, porque el amor es algo peligroso que los aparta de sus aventuras, trabajos o carreras. En las grandes historias románticas jamás hay un hombre dedicado a amar a su mujer, cosa poco viril, sino que prefieren amarla de lejos, como Don Quijote a Dulcinea, o morir antes que amarla, como Romeo muere por Julieta o, más recientemente, Jack que prefiere ahogarse con el Titanic antes que salvarse con Rose.

Hasta en la película infantil de Disney, *El rey león*, hay una canción de Elton John, *Can you feel the love tonight*, en la que Timón y Pumba cantan lamentándose de que Simba se enamore de Nala, que dice: «Bajo una atmósfera romántica/ un desastre puedo ver» y «qué mala situación/ su libertad pasó a la historia/ domado está el león». Oh, sí niños, vayan sabiendo que el amor es una desgracia.

COMO TE DECÍA...
ESTOY TAN CÓMODO
VIVIENDO CON MIS
PADRES, QUE NO ME
INTERESA TENER UNA
RELACIÓN ESTABLE CON
NINGUNA MUJER...
PERDÓN... ¿QUÉ MIRAS?

¡A MIS
ILUSIONES
ESCAPAR
VOLANDO!



¿ES CIERTO QUE YA NO HAY HOMBRES?

¿Por qué parece que estuviera todo lleno de mujeres solas en una sociedad con un 10% de hombres?

En primer lugar, porque en una sociedad donde la mitad de los matrimonios acaban en divorcio por iniciativa femenina, los hombres van rotando entre mujeres que acaban expulsándolos de su vida. Y lo que ellas cuentan es: «Qué desastre era mi ex». Así que toda mujer siente que estar en pareja es cuestión de aguante, porque hombres adecuados no hay: lo que hay son hombres reciclados.

Además, a las mujeres siempre se les dificulta el encuentro más que a los hombres, por un asunto de tiempos. Antes de los cumplir veinte es fácil encontrar un amor, pero hoy en día ninguna mujer se quiere casar tan pronto, porque hasta los treinta se dedica a su profesión. Para cuando esté lista para casarse, cerca de los treinta, cuando su carrera ya está consolidada, la mayoría de sus exnovios se casaron, o decidieron no hacerlo nunca. Y ella se encuentra raspando el fondo del tarro de hombres para ver que los que quedan son todos casados, divorciados enamorados de su nueva libertad, divorciados buscando mujeres más jóvenes o donjuanes perdidos.

Algunas mujeres se han vuelto demasiado exigentes, por eso se quejan de que no hay hombres.

Pero, en verdad, la mujer es quien tiene que invertir largos años en la maternidad. Y es la que tiene más para perder con un compañero inadecuado. Por eso debe ser doblemente cuidadosa para saber elegir un compañero generoso y confiable.

Sabemos también que la mayoría de las mujeres se cuidan más que la mayoría de los hombres. Ellos son mucho menos exigentes consigo mismos. Ellos no suelen preocuparse por su aspecto, ni hacen dietas ni tratamientos de belleza como las mujeres, y tampoco cuidan su formación cultural, por lo cual el abanico de posibilidades de una mujer que busca uno a su altura se reduce muchísimo.

También sucede que a los treinta, una mujer ya está tan formada como persona, y tan acostumbrada a estar sola, que cada vez le cuesta más adaptarse al modo de ser de otra persona. Nos guste o no, para lograr un romance hay que renunciar a nuestras manías y adaptarse a las neuras del otro. Y muchas mujeres de treinta dicen: «Con Luis no, porque fuma habanos; con Miguel no porque anda descalzo; con Juan no porque sus hijos me estropean el jardín y con Carlos no porque no tolera a mis veintitrés gatos».

Todo se complica cuando una mujer se enamora, porque las mujeres creen que si están enamoradas deben dedicarse por completo a agradarle a su hombre, y a estar juntitos y pegaditos. Entonces empiezan a exigirle a él que pase más tiempo con ella. Y ella se esmera tanto para que la relación sea un idilio total que él se siente asfixiado, y la deja. Y ella dice: «Todo estaba perfecto, no entiendo por qué él desapareció». Como ella dejó de lado su propia vida por zambullirse de cabeza en la de él, le cuesta horrores retomar su vida de antes, de mujer independiente. Y esto de

ya no recordar cómo se está sola le causa tal dolor que acaba siendo ella quien le teme a la intimidad y al compromiso. ¿Otra vez dedicarse a alguien que la abandona? No, mejor dedicarse a hombres con los que ni siquiera podría comenzar una relación. Y así sigue sola y amada por sus gatos.

A esta altura, debes saber que la mejor manera de espantar a un hombre es mostrándole un 100% dedicada a él. Y no es raro, ya que tú misma te espantas de los hombres que se dedican a ti en un 100%. ¿O no recuerdas que cada vez que has tenido un galán a tus pies, que llama todo el día, lo acabas despreciando?

Los hombres —y tú misma— son como gatitos: les echas una bola encima, se asustan y se esconden. Pero se la echas lejos y corren tras ella. Así también funciona la publicidad y la tele. Los programas más exitosos actúan como si tuvieras que espiar a escondidas para ver algo (sólo piensa en las versiones de *Gran Hermano*). Y la publicidad más efectiva te muestra cosas a las que no tienes acceso y por las que quiere que te desesperes. Así como tú te asustas si te corren, si tú corres detrás de él, se asustará.

Además, las mujeres están tan contaminadas con los mandatos de la sociedad patriarcal que ellas mismas, que quieren un hombre sensible, se encuentran con que un hombre demasiado sensible les produce rechazo porque no parece muy hombre. Entonces rechazan al hombre que insiste demasiado, porque parece demasiado desesperado y disponible («¿Tan solo está? ¿No tiene nada mejor que hacer?»). Rechazan al que le dice cosas tiernas porque es empalagoso y parece adulator. Rechazan al que quiere una relación seria, porque es demasiado previsible.

Y quizás se sientan atraídas al que no las llama, porque seguramente está ocupado en actividades fascinantes. Y al que no les promete nada, porque por lo menos es sincero. Y al que dejó su empleo, porque se animó a romper con el sistema. Y al que nunca llega cuando dice, porque es independiente. Y al que nunca le cuenta lo que piensa, porque es misterioso. Y al que no quiere compromisos, porque para ella es un reto conquistarlo.

Claro que este chico malo seguramente la dejará luego de inventar un viaje urgente, y ella no sabrá nada más de él. Desengañada, ella meditará su situación y correrá a buscar al muchacho sensible que conoció primero, pero a esta altura lo encontrará casado y con dos hijos, porque cuando un hombre quiere un compromiso formal, si no es contigo, será con la próxima. Ella llorará toda una noche antes de comprender que ninguna mujer moderna necesita un macho rudo en su vida, sino un hombre sensible, cariñoso, conectado con sus emociones, que piense en ella, a quien sienta como un amigo entrañable, con quien, además, hay sexo.



LOS QUE NO QUIEREN COMPROMISO TE LO DICEN

Muchas mujeres que les endosan a los hombres el terror al compromiso no se dan cuenta de que en verdad son ellas las que no quieren nada con el compromiso. Son mujeres que en el fondo prefieren seguir solas. Y lo prefieren porque amar hace sufrir, porque tienen exigencias inalcanzables, porque no se dan permiso para querer a alguien distinto a papá, porque no están dispuestas a sacrificar su individualidad por lograr cierto grado de intimidad con otro, porque tienen una idea infantil de que el verdadero amor debe ser perfecto, porque no están dispuestas a ceder un trozo de su ropero... y prefieren la tranquilidad de la soledad.

Como todo esto va a nivel inconsciente, ellas no reconocen que no quieren compromiso. Pero se las ingenian para tener un ojo entrenado para detectar a todos aquellos que no quieren o no pueden comprometerse (casados), que les garantizan que ellas quedarán nuevamente solas exclamando: «Todos los hombres son un desastre». Y lo cierto es que ellas sólo salen con aquellos que confirmen que esa teoría es cierta. Aunque encontraran el mejor compañero del mundo, ellas no lo verían porque están empeñadas en ver que nadie se adapta el 100% a sus sueños, lo que es cierto porque nadie nace para complacernos.

Aquellas que no le temen el compromiso, que no esperan que todo su bienestar provenga de un pobre tipo que acaban de conocer y que están dispuestas a resignar ciertas exigencias con tal de estar en pareja, a veces no saben interpretar las clarísimas señales masculinas que indican que un hombre no quiere nada en serio.

Por suerte, los hombres tienen el buen tino de avisarte que no quieren nada serio. Es raro que un hombre finja que va en serio cuando en verdad sólo quiere tener una amante ocasional. Ellos dicen las cosas como son a toda aquella que quiera escucharlos. ¿Y cómo nos advierten de sus intenciones reales?

Aquí lo tienes.

FRASES QUE TE DICEN LOS QUE NO QUIEREN COMPROMISO

Estilo de hombre	Lo que él dice	Lo que tú interpretas	Lo que significa
Macho rudo	"Soy un solitario"	"Necesito tu compañía"	"Déjame en paz"
Torturado	"Las mujeres me han hecho daño"	"Pero tú eres distinta"	"Odio a todas las mujeres y me vengaré contigo"
Playboy	"Sólo quiero divertirme"	"Hagamos más planes juntos"	"Quiero tener seis amantes como tú"
Solterón eterno	"La mayoría de mis amigos cometieron la estupidez de casarse"	"No me he casado porque no había encontrado a nadie como tú"	"No pienso casarme jamás".
Estilo de hombre	Lo que él dice	Lo que tú interpretas	Lo que significa
Herodes	"Los niños son adorables mientras son ajenos"	"¡Adoro a los niños! ¡Ya quiero ser padre!"	"No pienso tener hijos jamás"
Resentido	"Mi ex mujer me dejó destrozado"	"Necesito consuelo"	"No quiero saber nada de mujeres"
Fóbico	"Necesito tiempo"	"Me estoy enamorando de ti tan rápido que me asusta"	"Con verte una vez al año, me alcanza y sobra"

Negador	"¿Por qué quieres cambios si estamos bien así?"	"Te seguiré amando así toda la vida"	"No quiero avanzar un paso más contigo"
Improvisado	"No es momento ahora de hacer proyectos juntos"	"Esta noche si será el momento"	"Ni recuerdo cómo te llamabas"
Neohippie	"No soporto las formalidades".	"Quiero vivir contigo sin casarnos".	"Ni siquiera eres mi novia".
Espíritu libre	"No quiero sentirme atado a nada"	"Me liberaré de todo para estar junto a ti"	"En cualquier momento me revuelco con tu mejor amiga"
Padre tierno	"Mis hijos son lo primero"	"No puedo esperar a ver a nuestros hijos"	"Tú vienes en último lugar"
Infantil	"No es mi hora para casarme"	"Tú me harás cambiar de idea"	"Nunca será mi hora para casarme"
Optimista	"Tenemos todo el tiempo por delante"	"Viviremos un largo idilio"	"Te dejaré antes de que te pongas más pesada"
Ocupado	"Tengo otras prioridades"	"Claro: comprar nuestra casa"	"Casarme contigo es lo último que haría"

Cuando un hombre te dice algo así, te está avisando honestamente que estás perdiendo tu tiempo si esperas que él se comprometa.

Si quieres una relación con proyección a futuro, deberías dejarlo. Y si no, dile que salga contigo martes, jueves y sábado, porque lunes, miércoles y viernes tendrás tus propios planes con gente que él no conoce. Y el domingo, descanso, porque es el Día del Señor. Aunque también puede ser el Día del Otro Señor Más Guapo que acabas de conocer.

TÚ ERES MUCHO MÁS
QUE UNA AMIGA PARA MÍ...
... ERES COMO UN ALMA GEMELA,
LA PERSONA QUE MÁS ME IMPORTA,
QUIEN ME COMPRENDE DE VERDAD,
MI COMPAÑERA, MI AMANTE, MI
CÓMPICE Y CONFIDENTE...

¿ENTONCES, SOY
TU NOVIA?

BUENO...
ESA ES UNA
PALABRA DEMASIADO
REBUSCADA...



CAPÍTULO 11

¿PARA QUÉ SIRVEN LOS HOMBRES? O GRANDES CUALIDADES DE LOS HOMBRES QUE NO TIENEN LAS MUJERES

EL RAMBO NUESTRO DE CADA DÍA

Hay cosas que tienen los hombres que no tienen las mujeres. Y estas cualidades son las que nos enamoran y nos hacen extrañarlos horrores cuando no están.

La que más nos fascina de ellos es su fuerza física. Hasta el más flaquito de los hombres tiene más masa muscular que la más robusta de las mujeres. Así que siempre los admiramos cuando pueden hacer cosas que las mujeres ni en sueños podemos hacer, como levantar objetos pesados como si fueran plumas y empujar el auto que se nos quedó parado en medio de una transitada avenida. Ellos cargan maletas y bultos, alzan niños de cuarenta kilos y corren muebles sin perder el resuello. No en vano subsiste la tradición en la que el novio carga a la novia al entrar recién casados a una habitación: es para enamorarlas un poquito más.

Hay miles de cosas que las mujeres quisiéramos hacer y nos resignamos con tristeza a no poder hacer jamás. Por ejemplo, subir y bajar cosas de la buhardilla, cargar en el auto cualquier mueble recién comprado, o subir al tejado a cambiar una antena. Dicen que lo importante no es saber hacer estas cosas, sino tener el teléfono de quien las hace. Pero aún teniendo el teléfono, precisas un hombre para que controle que la antena sea colocada como corresponde. Si no, el primer amigo varón que llega te dice: «¿Pero cómo has dejado que te dejen esto así?».

Tampoco podemos mudarnos de casa sin ayuda de un hombre. Si fuera por las mujeres, las casas se venderían amuebladas, porque no hay manera de llevarte tus cosas a otro sitio sin un hombre. Si no existieran los hombres, las mujeres viviríamos en carpas, durmiendo en bolsas de dormir. O en habitaciones despojadas como las casas japonesas, durmiendo en un tatami o en una alfombra de mimbre. O sea que gracias a ellos podemos levantarnos por la mañana sin espantosos dolores de espalda.

Los hombres son imprescindibles para que podamos comer mermelada y pepinos encurtidos y beber champaña. Sin un hombre en la casa, abrir frascos se convierte en una tarea durísima, y abrir botellas de champaña es una misión imposible si no tienes esos descorchadores metálicos, que son sumamente antipáticos porque te recuerdan la falta de hombre en tu vida.

¿Que abrir frascos sin hombre es una tontería? No lo es. Si quieres desayunar con mermelada y estás sola, debes seguir todos estos pasos:

- 1) Debes sacar el frasco del refrigerador.
- 2) Debes sumergirlo en agua hirviendo durante por lo menos quince minutos.
- 3) Debes recalentar el agua cuando se enfría, o poner el frasco entero al Baño María, permaneciendo cerca para vigilar que el agua no se evapore ni se caliente el contenido del frasco.
- 4) Debes quitar el frasco del agua con un trapo grueso para evitar quemarte.
- 5) Debes esperar a que el frasco se enfríe, porque necesitas abrirlo con las manos para que no se te resbale la tapa.
- 6) Debes conseguir un cuchillo de punta roma, como los que usas para untar, que sea de una sola pieza metálica entera (si usas uno con mango, se partirá).
- 7) Debes hacer palanca con este cuchillo (o en su defecto, un destornillador ancho), entre la tapa del frasco y el borde del frasco, para que entre aire.
- 8) Repite el proceso unas diez veces alrededor de toda la tapa.
- 9) Como no se abrirá, debes tomar el frasco por la base y golpearlo invertido contra un suelo duro (preferiblemente de cemento o mosaico) de manera firme y paralela al piso unas cuatro o cinco veces.
- 10) Debes levantar el frasco e intentar abrirlo con todas tus fuerzas. Respira hondo. Inténtalo otra vez.
- 11) Pídele a un hombre que lo intente. Lo abrirá en un segundo, del mismo modo que lo habría hecho si no hubieras pasado por esos diez pasos previos. Prémialo diciéndole: «¡Cariño, eres mi héroe!».

En todo el tiempo que las mujeres perdemos en la vida tratando de luchar con cosas que demandan fuerza física, podríamos haber estudiado neurocirugía, con doctorado incluido. ¿No es mejor contar con un hombre cerca, que te ahorre cada uno de esos pasos? Además, lo haces sentir importante... ¡Y de paso comes pepinos y mermelada!

¡ NOSOTROS DOS NO TENDRÍAMOS
NINGÚN PROBLEMA DE PAREJA
SI NO FUERA POR TU MALDITA
TESTOSTERONA !



MARAVILLOSAMENTE CONCRETOS

Los hombres nos enseñan cosas del mundo que a las mujeres se nos escapan.

Nosotras vivimos atentas a los detalles y a los procesos.

Ellos, en cambio, tienen una visión global de las cosas, y están más atentos a los resultados que a los procesos. Aunque los psicoanalistas digan que las mujeres se llevan mejor con el mundo y sus cosas cotidianas, los hombres tienen un panorama más claro de cómo funciona todo a largo plazo.

Te doy un ejemplo: Vuelves del trabajo furiosa con un jefe que no hace nada bien, pero que te critica por cómo haces las cosas. Se lo cuentas a tu marido, y él, en vez de decirte: «Oh, pobrecita, imagino lo mal que debes sentirte», que es lo que tú querrías escuchar, te dice: «¿Pero por qué no les has dicho que te diga él cómo se hace eso, lo obedeces y lo haces tan mal como él?». Tú te quedas dolida porque te trata como si fueras tan tonta que no sabes hacer nada bien. Pero, en el fondo, reconoces que su idea es brillante. La aplicas, y... ¡santo remedio, tu jefe no te molesta más! Los hombres son buenos para ayudarnos a pensar estrategias inteligentes que a nosotras no se nos ocurren porque nos quedamos pegadas a sensaciones y emociones acerca de «Lo que me dijo», «Como me miró», «Qué me habrá querido decir» y «No sé por qué esa persona no me gusta». La intuición femenina es muy útil para saber dónde te metes, pero una vez que estás metida, hay que concretar.

Dado que el hemisferio cerebral izquierdo es más activo, los hombres son formidables con los cálculos y las cuentas. La mayoría de ellos sacan porcentajes con más velocidad que una calculadora, te dicen en el acto cuál es el aumento de sueldo que deberías pedir y cuánto dinero de tus ahorros debes darles en pago por el favor. Por eso es imprescindible que si vas a hablar con él de dinero, antes le tengas total confianza... o aplicará su «habilidad» financiera contigo.

Ellos te ayudan a saber qué es lo que realmente quieres, qué movimiento es mejor para avanzar profesionalmente y cómo darle el lugar adecuado a cada cosa. Nosotras, por observar el árbol nos perdemos el bosque. Este es un mundo de hombres. Necesitas un hombre que te enseñe las reglas masculinas que ellos inventaron y que comprenden mejor.

ALGUIEN QUE LLEVE LOS PANTALONES

Además, siempre es bueno que todos sepan que hay un hombre en tu vida... lo haya o no. ¿Por qué?

Porque por su propia fuerza física, los hombres inspiran más respeto que nosotras. Un hombre enojado puede realmente romperle el auto a otro hombre. Si tú tratas de romperle el auto a otro, es más probable que te rompas el pie y que el auto quede sin un rasguño. Por esto, siempre tienes más poder de negociación si anuncias: «Lo tengo que consultar con mi marido», sea un marido real o imaginario. La gente cree que

está negociando con una sociedad de a dos, no con una mujer sola, y puede llegar a suceder que tu marido sea un karateca de dos metros de alto al que no conviene hacer enojar o un enanito de un metro que conoce buenos abogados. Así que diciendo: «Lo hablaré con mi marido», mantienes a raya a estafadores y chapuceros, y además tienes la oportunidad de cambiar de opinión diciendo: «Disculpe que nos echemos para atrás ahora... pero es que mi marido está loco». Claro que si estás hablando de un marido real, él no tiene por qué enterarse de que has dicho esto.

Si tienes hijos, un marido en casa hace un mundo de diferencia en tu nivel de tranquilidad. Teniendo un hombre cerca, sea el padre o el padrastro, la consabida frase «Ya verás cuando se entere tu padre (o Jorge)», son palabras que obran milagros. No es lo mismo enfrentarse con una madre agobiada por los quehaceres del día, que además no es capaz de correr un mueble sin quedar sin aliento, a tener que enfrentar a un señor que llega a casa queriendo relajarse, y con poca paciencia para las tonterías que han hecho los menores. Así que los hombres en casa imponen la ley paterna y encarrilan a los rebeldes con mucha más presteza y menos cháchara que la que te lleva a ti lograr que te hagan caso.

Margaret Thatcher, la exprimera ministra del Reino Unido, decía: «*Si quieren algo dicho, pídanse a un hombre; si quieren algo hecho, pídanse a una mujer*». Con esto se refería a que se necesitan mujeres para saber qué hacer, y qué trato conviene cerrar. Los hombres son demasiado confiados y no captan señales de peligro, pero son excelentes para sellar un trato con una última palabra. Es allí cuando precisas un hombre que hable con contundencia viril. Aunque las mujeres cada vez tengan una voz más respetada, hay códigos sociales tácitos que aceptan que donde habla un hombre se acabó el tanteo, la negociación y la especulación: se está hablando en serio y de manera firme, y es el hombre quien anuncia como cosa suya: «Esto es lo que se hará»... Aunque postularse como candidato a presidente, comprar una empresa o construir un viaducto no haya sido idea suya, sino de su mujer.

¿EXISTE EL HOMBRE PERFECTO?

Te diré una cosa que parece exagerada pero es así: los hombres necesitan sentirse útiles. Nada les gusta más que hacer algo, y que luego se los agradezcas diciéndoles: «No sé qué hubiera hecho sin ti». Esa frase es como la gasolina del motor de la generosidad masculina. Cuanto más se la digas, más cosas hace él por ti. Desde matar cucarachas, hasta bajar el árbol de Navidad del altillo, pasar a recoger a tu hija de un baile a las cinco de la mañana o cargar las bolsas de la compra. Los hombres tienen una predisposición natural a hacer cualquier cosa por verte feliz. Entonces, ya sabes: si te ven feliz, ellos son felices.

Si tú les transmites de manera clara de qué manera pueden hacerte feliz, ellos harán lo que sea. Hasta sacar la basura y cambiarle los pañales al bebé.

Tampoco podemos dejar de lado la ventaja de su proverbial tranquilidad. Aunque

te moleste que siempre tengan sueño, esta es una ventaja. Su cansancio perpetuo les lleva a disfrutar largas siestas a pata suelta como si la vida fuera eterna. Y de paso, también te lleva a ti a bajar las revoluciones y a permitirte descansar un rato, con lo mucho que nos cuesta a eso a las mujeres.

Otra ventaja de los hombres es que les gusta conducir automóviles durante miles de kilómetros. Mientras tú conduces impaciente por llegar cuanto antes a casa, ellos te llevan de paseo por cinco mil kilómetros sin mostrar señales importantes de cansancio. Por eso son excelentes compañeros de viaje.

Y como tienen ese espíritu competitivo donde siempre se están midiendo con otros hombres, tienen ideas para hacer cosas que a ti no se te ocurrirían ni en un millón de años. Cosas masculinas como escalar montañas, aprender a esquiar, hacer buceo, pilotear un parapente, hacer cursos de remo, pesca o navegación a vela, o entrenarse para competir en maratones. Con un hombre de este estilo a tu lado, acabarás exhausta... ¡pero jamás aburrida!

Ahora que sabes cuáles son las grandes cosas que aporta un hombre en tu vida, cabe preguntarse: ¿Existe el hombre perfecto?

Helen Gurley Brown, la fundadora y editora general de la revista *Cosmopolitan*, que había de hombres en setenta idiomas, afirma que es absurdo pensar que exista alguien que siquiera se aproxime a la idea de perfección. Y añade: «*Dicho esto, yo diría que el hombre perfecto da más propina, critica menos y nunca pondría el aire acondicionado en invierno*».

La escritora Erica Jong, dice por su parte que: «*El hombre perfecto es aquel que ve lo mejor de ti y que te apoya en tus convicciones incluso cuando empiezas a dudar de ellas, porque ama todo lo que eres y puedes llegar a ser, y su perspicacia te ayuda a ser verdaderamente tú misma*». Sabias palabras de una mujer con varios matrimonios a cuestas.

Por mi parte, he conocido a tantos hombres que se entrometen en tu vida, queriendo cambiarte gustos y costumbres, y queriendo someterte para que vivas en función de ellos, que creo que el hombre perfecto es el que no molesta. Es el que hace su propia vida y cuando tiene un rato libre, lo comparte contigo. Si rastreas un poco, cada mujer tiene su idea al respecto. Mi amiga Marisa opina que: «El hombre perfecto no te llena la vida de romance y aventura: te la llena de paz». Y Carolina, otra amiga, afirma que el hombre perfecto es el que ilumina tu vida... porque sabe de electricidad.

Eso sí, cuando repare tu instalación eléctrica, no olvides decirle: «No sé que hubiera hecho sin ti». ¡Se pondrá tan contento que será capaz de reparártela dos veces!

...YA ESTAMOS
SALIENDO, LO QUE PASA ES
QUE ENRIQUE SE DEMORA
PORQUE AÚN NO SABE
QUÉ PONERSE...



PARTE



CAPÍTULO 1

CÓMO Y DÓNDE ENCONTRAR AL HOMBRE DE TU VIDA

*Alguna gente me pregunta el secreto de nuestro feliz matrimonio.
Nos tomamos tiempo para cenar afuera dos veces
por semana a la luz de velas, con flores, música suave, bailar
abrazados... Ella va los martes y yo los viernes.*
—HENRY YOUNGMAN

¿CÓMO ENCONTRAR UNO QUE TE GUSTE?

¿Es posible conocer hombres interesantes? Claro que sí, es lo que hacemos todas las mujeres: esperamos al amor de la vida y mientras tanto, nos casamos con otro.

Así que lo mejor es que lo encuentres más pronto que tarde.

La lógica indica que si la mitad de la población mundial está compuesta por hombres, hay uno para ti. La realidad muestra que a ti te toca el tuerto alcohólico de madre absorbente. Si te das prisa, quizás le dejes el tuerto a otra y a ti te toque uno que solamente es alcohólico de madre absorbente, pero con dos ojos. Por eso, lo mejor es reservar tu hombre cuanto antes. Si es posible, en la infancia.

Ya desde la primera infancia los varones suelen mostrar interés por el sexo opuesto burlándose de la chica que les gusta hasta hacerla llorar: «Mamá, Juancito me molesta». «Eso es porque le gustas y no sabe cómo decírtelo». La estrategia masculina no varía mucho en la edad adulta y hay muchos que a los 34 se burlan de ti hasta hacerte llorar con tal de entrar en contacto contigo. Y también a los 45 años sucede que sí les gustas no saben cómo decírtelo.

La diferencia entre encontrar un chico que te guste en la infancia y encontrar uno que te guste en la adultez es que en la infancia todos los chicos son solteros y en la adultez tienes que descubrir cuál *sigue* soltero. Pero en los tiempos que corren tampoco todo se divide en «solteros» y «casados», sino que hay subcategorías varias como «recién separados traumatizados», «solteros con novia fija», «divorciados con novia cama afuera», «casados arrepentidos a punto de divorciarse», «recién peleados con la novia, aún resentidos», «casados, pero no muertos» y otros estados de relación

de pareja que hacen que ellos se sientan solteros y preparados para formar pareja, pero en la realidad, no es tan así.

De todas estas variedades masculinas, de la que más hay que cuidarse es de la de «casado, pero no muerto», que es el que no piensa romper su matrimonio, pero que quiere divertirse fuera de él. ¿Por qué hay que cuidarse? Porque a tus setenta años el «casado pero no muerto» no te empujará la silla de ruedas a ti, sino a su esposa. Salvo que ella se entere de lo que hubo entre tú y él, y entonces acabarás tú empujándole la silla de ruedas a él.

CÓMO DETECTAR AL CASADO

Lo reconoces porque jamás te invita a salir un sábado, sino siempre en miércoles o jueves. Fines de semana y feriados ni lo ves. Él hace llamadas telefónicas desde la calle de enfrente (y en voz muy baja) y siempre te dice que hablaba con un cliente (sí, claro, al que le preguntaba por la fiebre de Paulita). Sólo te da el teléfono de su oficina y de su celular, jamás el de su casa. Insiste en comer en tu casa y en pedir la comida a domicilio. Hay restaurantes y bares donde no lo haces entrar ni por la fuerza, y es porque teme que lo vean contigo. Planea programas exóticos como desayunar en una isla y cenar en un yate, donde no se cruzarán con una vecina. Jamás te presenta a sus amigos ni a sus parientes. En vez de decir: «*Conocí* un sitio», «*Fui* a un lugar», se le escapa decir: «Conocimos» y «Fuimos», porque ha ido con la esposa. Y además, sabe demasiadas cosas de mujeres, como qué analgésico tomar para los dolores menstruales y cuál es la mejor peluquería de la zona.

El hombre casado es muy peligroso porque todos los solteros son poca cosa si los comparas con él. Para empezar, el casado es un hombre seguro de sí mismo, que tiene una vida hecha, sabe cómo agasajarte y sabe cómo tratar a una mujer porque convive con una. Dado que no puede prometerte nada, el casado típico te dice todo lo que siempre quisiste escuchar y ningún soltero te dice: «Eres lo mejor que me ha pasado en la vida», «Creo que estábamos destinados uno al otro desde antes de nacer», «Eres la mujer más maravillosa que jamás he conocido», «Nos conocemos de otra vida», «Te amo tanto que mataría por ti». Sí, claro: matar sí, casarse, no.

Por eso el casado te malcría haciéndote sentir una reina a cada instante. Pero cuando estés muriendo de dolor y tengas que hacerte una apendiceotomía, él no estará a tu lado porque tiene que recoger a su suegra en una reunión de amigas o a su hija en una fiesta. Después de haberte dicho que tú eres el paraíso y su casa es el infierno, te dice que debe salir corriendo hacia el infierno. Es lógico, ¿sí es un diablo!

Es entonces cuando piensas si no será mejor conseguirte uno menos galante pero que sea todo para ti. Por eso, antes de buscar hombres, debes saber detectar a tiempo a los casados y saber detectar a los solteros.

CÓMO DETECTAR A LOS SOLTEROS

Los solteros se detectan de lejos por lo desaliñados que van. Están mal afeitados porque no tienen una esposa que les diga: «Aféitate que raspas». Visten mal porque nadie les dice cómo combinar la ropa ni les dice: «Quítate ya esa corbata horrorosa, pareces un payaso». Los mejores frecuentan las lavanderías, lo que es buena señal porque indica que tienen dinero y son limpios. Frecuentan las tiendas de comida para llevar, donde con el pollo piden una ración extra de pan que usarán en el desayuno. Los ves paseando un perro en el parque, porque lo tienen como única compañía. Generalmente no es un perro de raza sino un cuzquito callejero. Son los casados los que compran perros caros.

En el carro del supermercado siempre cargan mucha cerveza, mucho pan y algunas ridiculeces como castañas, carne enlatada, ketchup y salamines, porque son cosas que no se echan a perder. No saben nada de cómo curarte un resfriado, pero planean vacaciones contigo. No se perfuman como el casado, ni te dicen que eres el amor de su vida, pero se quedan a dormir contigo dos noches seguidas. No te traen regalos fastuosos, pero te presentan a sus amigos. Y no tienen auto, pero un sábado te invitan a cenar a un sitio visible y no te esconden como si fueras leprosa, ni te dejan llorando sola en la sala de cirugía. En suma, ¡tienes alguien que te acompañe a que te quiten el apéndice!

El casado puede ser el mejor hombre del mundo, pero como no es, ni jamás será tuyo, todo lo que vivas con él será ilusión, y las ilusiones desilusionan. Un soltero no te hablará de amor eterno, pero una vez que se enamore de ti, será tu hombre. Por desaliñado que sea, tienes todo el tiempo del mundo por delante para afeitarlo a tu gusto, ¡pero tampoco lo dejes tan perfecto como para que una soltera adicta a los casados te lo quiera quitar! Puedes sugerirle: «Cielo, ¿por qué no te pones esta corbata de payaso, que te queda tan graciosa?».

DÓNDE ENCONTRAR HOMBRES SUELTOS

No es fácil encontrar hombres, porque la impresión general es que ellos no tienen urgencia por conocer mujeres. Si hasta parece que la supervivencia de la especie dependiera de que las mujeres tomemos la iniciativa.

Echemos un vistazo a las letras de los tangos. Todas están llenas de hombres destrozados porque su amada los ignora. Esas situaciones pasaban en el puerto de Buenos Aires de los años veinte, donde las mujeres eran muy pocas y podían darse el lujo de rechazar a varios. Ahora que ellas abundan, ellos siguen temiendo el rechazo. Pero ellas los rechazan por otro motivo: porque ya no necesitan ni quieren un hombre que las mantenga, sino un compañero sensible y amoroso. Perdidos con esta exigencia, ellos dejan de buscar mujeres.

La cosa no es fácil. Si tenemos en cuenta que biológicamente los hombres tienen una tendencia a distraerse porque pasa una mosca, que no ven detalles a su alrededor y que el mundo moderno les da muchos motivos para distraerse, es lógico que ya no

registre ni la mosca ni la presencia femenina. Entonces, partiendo de la base de que nadie va a golpear la puerta de tu casa para invitarte a cenar, lo que una mujer debe hacer es salir, mostrarse y ser visible.

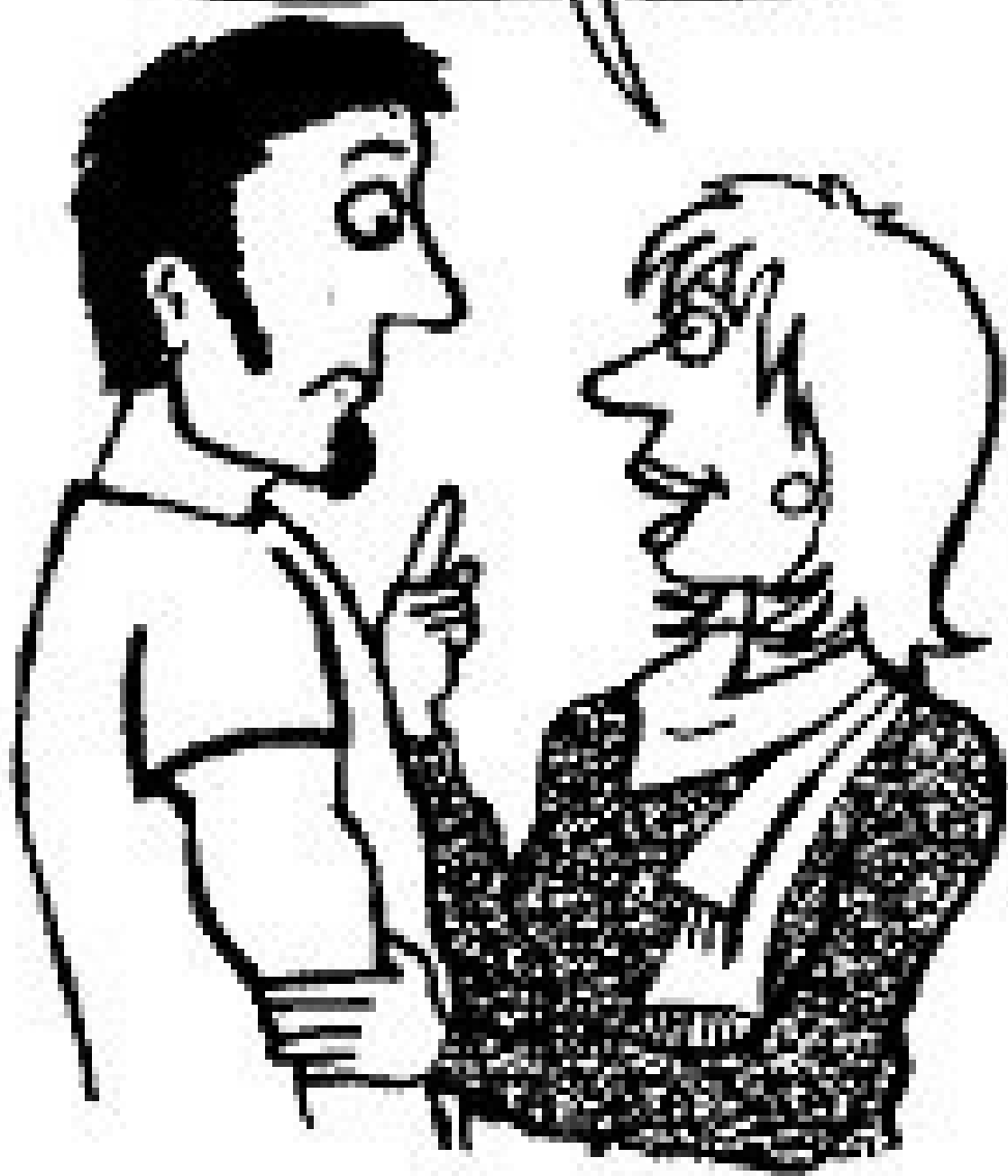
La mejor manera de encontrar hombres es ir a los lugares que ellos frecuentan. Si te pasas la vida en un gimnasio de Pilates y en la peluquería para estar más atractiva para atraer hombres, hay un 100% de posibilidades de que no conozcas hombres (excepto a Luigi, el estilista, que es más femenino que tú).

Para nuestra desgracia, los hombres suelen frecuentar los lugares que sólo les gustan a los hombres, y que a ti te producen una fobia intensa.

Por ejemplo, si te digo que la punta de un muelle está llena de hombres pescando, ¿irías con una caña a pescar a las cinco de la mañana para conocerlos? Tiene sus ventajas: hay mil chances de entablar conversación con pescadores en la punta de un muelle, no hay mujeres y no tendrías competencia, y no podrían escaparse de ti sin caer al agua. Y hay motivos para romper el hielo, como: «Préstame una lombriz», «¿Pican o no pican?», etc. Por lo tanto, parece que no hay mejor manera de ir «de pesca» que pescando. Pero no hay mujer tan desesperada por amor como para ensartar lombrices en un anzuelo para conocer a un hombre. Además, los pescadores quieren silencio y te harían callar, así que este sistema no va, ni siquiera vale la pena el esfuerzo de madrugar para ligarse con un mudo que apesta a pescado.

¿Habrá mejor suerte en otros sitios masculinos?

OYE, POR AHORA NO ERES
MI TIPO, PERO ESPÉRAME SÓLO
UN AÑO, Y SI NO HALLO A
NADIE MEJOR, SEGURAMENTE
SERÁS MI TIPO...



OPCIONES DE ALTA PRESENCIA MASCULINA

Todos los otros los lugares llenos de varones son igualmente aburridos: el Salón de la Autoparte, las carreras de automodelismo, las ferreterías, los clubes de fútbol, los torneos de boxeo. La Feria de la Industria y el Salón del Automóvil también están llenos de público masculino, lástima que las bonitas promotoras en micro minifalda son una competencia desleal, que hace que para ellos cualquier otra mujer sea horrenda o invisible.

Hay quien dice que deberías inscribirte en cursos, gimnasios o actividades donde si no conoces a un hombre, al menos conoces gente con tus mismos intereses, haces ejercicio o aprendes algo. Pero hay algo complicado en esto. Para empezar, los cursos están repletos de mujeres que van a lo mismo que tú, a conocer a un hombre. Entonces en el gimnasio ves a veinte mujeres maquilladísimas, con ceñidas mallas fucsia corriendo detrás del único hombre, que suele ser gay.

¿Qué haces en tu tiempo libre? ¿Mirar vidrieras y tomar el sol? Mala elección. Con razón estás sola. En su tiempo libre los hombres no miran vidrieras ni toman el sol, sino que practican actividades como escalada, andinismo, ciclismo, tenis, golf, buceo o parapente. Entonces todo indicaría que sería buena idea inscribirse en alguno de estos cursos para conocer a un hombre. Pero también sabemos que el único hombre de estos cursos es el instructor. Así que lo único que logras es aumentar las oportunidades de que suceda algo peor: que acabes en un equipo de buceo femenino.

¿Y tomar clases de baile, como salsa o merengue? ¡También están plagadas de mujeres que quieren seducir al musculoso profesor cubano!

Dicen que para conocer hombres debes elegir profesiones masculinas, donde haya profusión de machos disponibles. Pero ¿cuáles son las profesiones masculinas, si por todas partes está lleno de mujeres? Hay mujeres taxistas, camarógrafas, bioquímicas, ingenieras. Sitios de machos quedan dos: el ejército, o un empleo en una planta petrolera en altamar. ¿Estás dispuesta a cavar trincheras para conocer un cabo segundo? ¿O a vivir en medio del océano por ligar un radiotelefonista que huele a pescado? ¡Noooo!

Además los hombres no ligan con sus compañeras de trabajo ingenieras en petróleo, ni les interesan las mujeres que conducen una motoniveladora. Los hombres sólo quieren conocer dos tipos de mujeres: las modelos y las maestras de jardín infantil. Las modelos porque son bonitas y las maestras porque, si saben entretener a niños pequeños, sabrán tenerles paciencia también a ellos. Las demás les dan pánico. Quizás la solución sea volver a lo más tradicional: salir por los bares a ligar algo. El problema es que los solteros que van a bares están más interesados en elegir una buena cerveza que en elegir una buena chica.

UN ROMANCE EMBRIAGADOR

Tengo una amiga que creía que para conocer hombres había que circular por exposiciones, cursos, clubes y cualquier cosa donde haya gente interesante y culta.

Como sabía que a los hombres el amor les entra por el estómago, fue a una exposición de cocina internacional, segura de encontrar hombres hambrientos de salmón ahumado y de sexo sin ahumar. El sitio, por supuesto, estaba plagado de mujeres. Pero allí, increíblemente, conoció a un macho soltero.

Ella dice que fue amor a primera vista: apenas él la vio, la invitó a tomar unas copas. Pero la verdad es que él era promotor de una marca de vinos, y eso de: «¿Me acepta una copita de Syrah Roble 2004?», se lo decía a todas.

Ella quedó tan encantada de que un hombre le hablara, que se quedó ahí pegada y probó chardonnays, merlots y chablis varios hasta que se sintió feliz, porque en vez de tener un pretendiente que le servía copas, vio que tenía dos, igualmente encantadores. Luego supo que era el efecto del vino que la hacía ver doble. Ella interpretó que el temblor de las rodillas no era borrachera, sino que se estaba enamorando. Estaba tan mareada que entendió que él la invitaba a una cita a ciegas, pero en verdad él la invitó a una *cata a ciegas*, que es un montón de gente reunida para probar vinos con la etiqueta oculta para adivinar su origen. En suma, algo bastante parecido a una cita a ciegas.

En su primer encuentro, él le habló de crianza y de gran reserva. Ella pensó que él se refería a sus valores familiares y a sus abundantes ahorros. Sólo más tarde supo que él le hablaba solamente de vinos añejos.

Durante la cata, él se la pasó hablándole de su fragancia y vivacidad, de su gran cuerpo, de su impresionante personalidad y su jovialidad. Luego ella supo que él no hablaba de ella, sino de un Cabernet Sauvignon que estaba catando.

En medio de su frustración, ella supo que los vinos varietales no están hechos con variedades de uvas sino de una sola uva, y que los de corte no son de una sola uva cortada del resto, sino de varias uvas, lo que le confirmó que los enólogos viven borrachos. Claro que esto de salir con un catador a ella no le hacía mucha gracia, porque él se la pasaba bebiendo, pero de comer, nada.

Así pasaron unas semanas de cita en cita y de cata en cata.

Un día él la invitó a visitar Cunas de Roble. Ella se sintió eufórica, ¡él estaba planeando tener un bebé! Su desilusión fue inmensa al saber que Cunas de Roble era otra vinería.

Así confirmó lo que había leído hacía poco: que el vino incrementa los niveles de estrógeno en la sangre. Su novio ya tenía hormonas de mujer en las venas.

Amargada, se dedicó a catar todos los vinos. «Estoy apreciando el *retrogusto* para ver cómo es el *final de boca*», le explicó a su acompañante con jerga de conocedora, mientras él miraba alarmado cómo ella se bajaba todas las copas hasta acabar retrocaminando en zigzag. Animada por una última copa de Bordeaux, ella le dijo que la relación ya no estaba ajerezada sino avinagrada, que todo había comenzado demasiado *tempranillo*, que la relación no era tan *bonarda*, sino que estaba todo

malbec. Le dijo que él tenía demasiada estructura y robustez, que tenía notas complejas de maderas, que su mejor momento ya había pasado, y que ella necesitaba alguien más liviano y con menos taninos. Y ahí le confesó la verdad que venía ocultando desde hacía tiempo: «¡Estaba borracha cuando decidí salir contigo!».

Y ahí supo que las mujeres nos deslumbramos tanto al principio de una relación, que las cosas más obvias las pasamos por alto. En las primeras semanas conviene andar con cautela y conocerse de a poco, para poder discernir, por ejemplo, si tu nuevo amor se trata de un hombre con cultura, o solamente con cultura alcohólica.

EN VERDAD, ME CABREA BASTANTE
QUE LA ÚNICA VEZ QUE TANTOS HOMBRÉS
ME PRESTEN TANTA ATENCIÓN EN UN BAR
SEA PORQUE EMPECÉ A CONTAR MI
ENCUENTRO CON UN FÚTBOLISTA FAMOSO...



¿DÓNDE CONOCER HOMBRES DE VERDAD?

Dado que en los bares y en los clubes de cata no se conocen hombres, mencionaremos recursos más efectivos:

1) Organiza fiestas. Si nadie te invita a fiestas donde puedas conocer a alguien, organiza tu propia fiesta. Dile a las mujeres que lleven una bebida y algo dulce, y a los varones que lleven una bebida y algo con testículos, y la fiesta será un éxito. Haz que todos se presenten entre sí y que intercambien los *emails* y teléfonos antes de que hayan bebido demasiado y escapen sin dejar datos. Si no, el ambiente será el mismo que el de una discoteca: todos los varones esperando a que llegue Pamela Anderson, emborrachándose mientras tanto. Un punto clave es que la fiesta no sea de disfraces: en una de estas fiestas, una amiga se dedicó a bailar con un Batman que al quitarse el antifaz resultó ser Don Pepe, el sexagenario encargado del edificio.

2) Viaja sola. Las mujeres que viajan solas no permanecen mucho tiempo solas. Los hombres se les acercan por curiosidad o para ayudarlas. Tarde o temprano tienes uno o varios galanes que te acompañan, aunque sea porque tienes una guía Lonely Planet, un mapa y una tarjeta de crédito, y ellos no. Con ellos tienes romances intensos, quizás porque saben que en tres días parten sin rumbo y no te verán más. Eso es bueno: no llegas a conocerles los defectos.

3) Chatea en foros de solteros buscando romance. Hay cada vez más *chats* de encuentros de solos y solas, llenos de hombres listos para conocer mujeres de la manera más cómoda: sentados en calzones en su casa con una cerveza helada en la mano, enviando fotos de Brad Pitt o de cuando tenían 17 años, siendo que ahora tienen 55.

4) Ve al zoológico. Otro sitio recomendable es el zoológico. Allí hay hombres que disfrutan del aire libre y aman los animales, lo que indica que son sensibles y tiernos. Además, ni siquiera hay que esperar a que él te invite a salir, porque si ya estás dando vueltas por el zoológico, ¡ya estás saliendo!

5) Cómprate una mascota exótica. Puede ser un hurón, una nutria, un guacamayo, una iguana o un perro de raza extraña. Los hombres te pararán por la calle para preguntarte por ella y sus cuidados. La desventaja es que acaban queriendo irse a vivir con tu iguana, no contigo.

6) No hagas nada, pero procura que se hable bien de ti. Es verdad lo mejor que puedes hacer para conocer un hombre es tener buenos amigos, relajarte y esperar...

LA VIDA ESTÁ FUERA DE TU SOFÁ

Luego de haberlo conocido, sabrás que te gusta cuando pasas el 70% del día esperando que el teléfono suene y el 30% restante pensando en qué ponerte cuando lo vuelvas a ver. La cosa va bien cuando empiezas a fingir que te gusta el fútbol y él empieza a fingir que disfruta del ballet. La relación durará todo lo que ambos puedan

seguir fingiendo con éxito. También es importante fingir que uno nunca va al baño, nunca suda, nunca vomita y que él tiene buen gusto en sus espantosos regalos.

Si todo esto falla, siempre puedes volver al zoológico a conocer gente. Los domingos está lleno de familias, pero también de divorciados aburridos con sus niños. Si te dan fobia los niños, ve al zoológico un día de semana que está lleno de cuidadores solitarios que no podrán escaparse de ti porque ya están enjaulados. Además, un hombre que puede cuidar un elefante bien podría cuidar de ti, ¿no?

Lo importante es que sepas que tienes más chances de conocer un hombre perdida en el zoológico que quedándote en casa mirando televisión.

Por supuesto que no debes dar tú el primer paso, pero a los hombres, si no los buscas, no te encuentran. Y ninguna mujer tiene tiempo que perder. ¡Recuerda que no tendrás 61 años toda tu vida!

CAPÍTULO 2

ENCUENTROS DE SOLOS Y SOLAS

Entre las causas del amor: una es la soledad, y el amor nos deja todavía más solos. Su promesa de comunión perfecta nos consolaba con la esperanza, pero la prueba nos despoja también de la esperanza. Cada uno de los amantes sólo puede amarse a sí mismo, a lo sumo, ama en el otro algo de sí mismo. Es un trueque mágico de sueños.

—GIOVANNI PAPINI

MOMENTO DE DECISIÓN

Hay dos actividades que se han inventado para que conozcas hombres solteros en un ambiente donde todo el mundo sabe a qué ha ido. Son los viajes de solos y solas, y las reuniones para solos y solas.

Los viajes los organizan agencias de turismo que nunca te dicen cuántos hombres se han inscrito hasta que estás surcando el océano en un barco oxidado junto a trece abuelitas aburridas que se preguntan: «¿Pero no han venido hombres?». Como ya es tarde para reclamos, te dedicas a beber cuantos daiquiris sean necesarios para perder el conocimiento hasta que el barco regrese al puerto de partida y puedas volver a casa a olvidar el error, y a escribir una carta de queja a la agencia que te ha estafado, que terminará en el cesto de la basura si no va acompañada de la demanda por estafa que te redactó un abogado. Como prefieres evitar contratar a un abogado, te das por vencida y ya.

Entonces pruebas lo de las reuniones de solos y solas, como me animé a probarlo yo, pensando que si no hay hombres te tomas un taxi y en diez minutos estás feliz en casa viendo tele y comiendo papas fritas de bolsa, como haría cualquier hombre.

Yo sabía que esos encuentros de solos y solas muchas veces son de solas y solas, porque los hombres no van. Y que generalmente allí nadie conoce a nadie, porque todos van con su corazón lleno de agujeros esperando encontrar quién se lo emparche, y a esas reuniones siempre van más agujeros que parches.

Me habían contado que en la mayoría de las reuniones de solos y solas hay que

pagar un módico arancel por entrar a una casa vieja, donde sirven sándwiches semivacíos y vino barato. Me habían contado que allí, decenas de mujeres demasiado maquilladas sonríen nerviosamente a unos pocos hombres que son siempre los mismos que van invitados gratis a rellenarse con sándwiches vacíos y a intentar tener sexo con la más joven del lugar.

Entonces no elegí ese tipo de reunión. Elegí un ambiente más selecto, donde no piden que pagues la entrada, sino que las mujeres lleven comida y los hombres bebida. La idea era juntar gente de buen nivel para que se vean las caras y en dos horas decidan si están hechos el uno para el otro.

Por ende, me pasé una tarde entera haciendo una tarta de queso. Quedó preciosa. Mientras la hacía, me preguntaba si se usa llevar tartas de queso a una fiesta de alto nivel. Me tranquilicé cuando recordé que en el último cumpleaños de mi amiga de alto nivel, en efecto había una tarta de queso, o de algo parecido, sobre una fuente de plata bruñida. Me faltaba la fuente, pero mi tarta era casi igual a aquella. Suspiré aliviada y fui directo a ducharme, perfumarme y salir.

FIEBRE DE SÁBADO POR LA NOCHE

A la hora señalada enfilé a la reunión en cuestión.

Me atendió en la puerta un cincuentón demasiado bronceado, que de la borrachera no lograba embocar la llave en la cerradura. Me tuvo que pasar la llave a través de la reja para que me abriera el portón yo misma, mientras él entraba presuroso a rellenar su copa. Pero ya era auspicioso que me hubiera abierto un hombre, y no tres mujeres decepcionadas de que yo no fuera hombre.

El clima adentro no podía ser mejor. Una cantidad de hombres elegantísimos, todos demasiado bronceados y perfumados, llenaban las copas de mujeres de veinte o treinta años menos que ellos, bellas, finas y peinadas de peluquería. Al parecer, ahí estaban los trece abuelitos que faltaron en el cruce para solos y solas. Pero, repito, al menos eran hombres.

El único hombre joven y apuesto de la noche era el *discjockey*, que estaba tan ocupado en un rincón haciendo el amor con sus propios decibeles, que le daba lo mismo estar rodeado de mujeres solas o de patos solos.

Traté de acercarme a él, para descubrir que no hay nada más frustrante que hablarle a un hombre con orejas tapadas por auriculares del tamaño de dos guantes de boxeo. O sea que mis esfuerzos por ser escuchada fueron los mismos que obtuve con los últimos doce hombres de mi vida.

Antes de que alguien pudiera presentarse ante los demás, nos empujaron al salón de baile (una sala de estar con los muebles corridos contra la pared), donde los más sobrios se lanzaron a menear sus caderas, mientras que los demás demostraban su creciente índice de alcoholemia haciendo extraños pasos en ocho. Las mujeres más jóvenes bailaban compitiendo en sensualidad, mientras que las de más de treinta nos

quedamos cerca de la cocina comiendo todo lo que traían a domicilio: *pizzas*, pasteles, empanadas, *sushi*, y algunas cajas misteriosas que ni siquiera llegamos a abrir. Había más comida que la necesaria para alimentar al ejército chino. Cada mujer se había esmerado en llevar su especialidad para cautivar a los varones, pero el dueño de casa —que desconfiaba de las mujeres y por eso vivía solo— había tomado la precaución de encargar comida a los cuatro puntos cardinales.

Como nos quedamos sin hombres que nos rellenaran las copas o que descorcharan más botellas, las mujeres que hicimos el búnker en la cocina nos aprovechamos del último recurso de la mujer abandonada: dar lástima.

Nos quedamos paradas en la sala de baile con cara de desolación, la lengua seca fuera y la copa vacía. A cada hombre que pasaba le decíamos:

—Por favor, ¿me traerías algo para beber?

—¡Sí, por supuesto! —nos dijo el único que nos escuchó, mientras se balanceaba al ritmo de la música, o del *whisky*—. ¿Qué quieren, preciosas? ¿Vino blanco, vino tinto, champaña, *whisky*, gaseosa?

—Para mí, vino tinto. Gracias —le dije.

—Cómo no, ya te lo traigo.

Pasó un buen rato y, de golpe, vi al mismo gentil hombre bailando en trencito con las manos en la cintura de una pelirroja que levantaba el culo hasta ponérselo casi debajo de la nariz.

—¡Ey! ¡Me dejaste sin bebida! —alcancé a gritar antes de que se fuera con el tren.

—¿Queeeeé? —gritó frunciéndose todo.

Le señalé la copa vacía.

—Ah, sí... ¿qué querías beber?

—¡Cualquier cosa! —dije humillada.

Nunca más pasó cerca de mí.

Varias mujeres intentamos la misma táctica con varios hombres, hasta que el más viejo de todos, el dueño de casa, nos miró con cara de pena y nos entregó una copa engrasada de *mozzarella* y nos dijo caritativamente:

—Este es mi champaña y ya está caliente. Acábenlo mientras traigo otra botella.

Y nunca la traje.

Con el champaña caliente regué una palmera tropical que salía de un elegante macetón de mármol. No creo que le haya hecho daño porque, luego de una larga charla analizando el tema, las mujeres no pudimos determinar si la palmera era verdadera o falsa.

Ya harta de los decibeles, salí a mirar la luna a un bello jardín de esos que jamás han sido pisados por un niño. Allí estaba, reclinado en una tumbona, el hombre que nunca me pudo abrir la puerta de entrada.

Si yo hubiera tenido veinte años menos, hubiera huido hacia adentro temiendo que él creyera que yo salía al jardín para encontrarme a solas con él. Pero como tengo

veinte años más, y estoy en esa maravillosa edad en la que no me importa que un hombre crea que lo persigo, caminé decidida a tumbarme en el sillón a su lado.

—Qué hermosa noche —le dije por decir algo.

Él me miró con los mismos ojos con los que te mira un besugo desde el hielo picado de la pescadería de la esquina.

—¿Estás deprimida? —me preguntó.

—¡No! ¿Por qué?

—Como estás aquí y no bailas...

«No es buen partido un hombre que piensa que si estás con él es porque estás deprimida», reflexioné para mis adentros.

Él suspiró, se levantó con esfuerzo y anunció:

—Voy a buscar un cigarrillo. ¿Fumas?

—Sí, gracias —le contesté.

Y me quedé sola en la noche esperando que aquel me trajera un cigarrillo que nunca llegó. ¿O será que sólo habría querido informarse de la categoría de mis vicios? Levanté mis brazos para verificar que Rexona no me hubiera abandonado. Me miré en el reflejo del vidrio de la puerta que da al jardín para saber si con tanta frustración nocturna no habría encanecido de golpe en una noche, como le pasó a María Antonieta en la víspera de su ejecución.

Pero nada de eso había sucedido. Simplemente, estaba rodeada de hombres asustados.

Entré a la casa para consolarme atragantándome con unos espléndidos pastelitos de chocolate, y en el camino me encontré con el dueño de casa que me dijo: «Cambia esa cara, que ya empieza lo más divertido».

DISFRUTA ESTE BAILE,
QUE ES LA ÚNICA OPORTUNIDAD
QUE TIENE UN HOMBRE DE
HACERSE LA ILUSIÓN DE QUE
CONDUCE A UNA MUJER...



QUÉ FANTÁSTICA ESTA FIESTA

Lo más divertido fue que formaron dos equipos mixtos para empezar un juego. Se trataba de una carrera que ganaba quién se pasara más rápido un globo rosado, finito y alargado, empujándolo entre las piernas del compañero de atrás, sin usar las manos. Ellos se reían tanto que no me explico por qué nadie ha hecho un programa de televisión para adultos llamado «La carrera del globito en la entrepierna». Creo que el motivo de tanta alegría era poder tener por una vez en la vida, tanto hombres como mujeres, algo de ese calibre en contacto con el cuerpo.

Luego se lanzaron a bailar otra vez disco, salsa y chachachá. Las mujeres recatadas nos refugiamos nuevamente entre el refrigerador y el lavaplatos para cuchichear sobre nuestras vidas y profesiones.

Por esas horas llegaron algunos hombres solos más. Uno que entró a la habitación de huéspedes para dejar su saco llegó tan ebrio que se quedó dormido sobre la pila de abrigos. Descubrí esto cuando, en el momento de irme, quise buscar mi bolso entre tanta ropa y en vez de tirar de la correa, tiré de su cinturón. Para colmo en vez de alegrarse por mi atrevimiento, el hombre se pegó tal susto que cayó de la cama, lo que no elevó en lo absoluto mi autoestima.

Otro de los recién llegados, el más guapo, aprovechó la profusión de mujeres solas para ponerse en el medio de la rueda a hacernos preguntas personales a dos mujeres al mismo tiempo, como si pensara: «Con estas dos no hago una buena». Como yo no estaba dispuesta a ningún *menage a trois*, opté por repreguntarle a él todo lo que nos preguntaba a las dos. Él respondía, pero mirando fijo a los ojos de mi compañera. Discretamente, los dejé solos, para que concretaran lo suyo. Pero a los diez minutos ella estaba nuevamente a mi lado diciéndome:

—Disculpa, ¿qué me decías de ese producto que quita las manchas de óxido?

—¿Estás loca? ¡Ve con él, que está interesadísimo en ti! ¡Después te cuento lo del quitamanchas!

—¿Interesado en mí? ¡Si apenas te fuiste se fue a bailar solo!

Decidida a que mi investigación de campo no fuera en vano —y ya que se caía de maduro que esa noche no cambiaría mi destino porque el hombre de mi vida no estaba entre los presentes (o que era tan miope que no me reconocía como la mujer de su vida)—, me propuse al menos, encontrarle un compañero a mi amiga.

Como dos mujeres juntas y divertidas en una fiesta son más valientes que una mujer solitaria bajo una bola de espejos giratoria (que es algo patético), rastrillamos toda la casa en busca de un hombre solo, valiente y divertido, para encontrarnos solamente con dúos de hombres solitarios y patéticos que bebían daiquiris bajo bolas de espejos giratorias que reproducían su imagen por millones. ¡Millones de pequeñitos hombres tímidos bebiendo solos! La viva imagen de la reserva mundial de población masculina disponible. Flaca esperanza para las mujeres que buscan un amor...

MUTIS POR EL FORO

Sin darnos por vencidas ni aún vencidas, iniciamos varias microconversaciones con cada uno de los varones solos presentes, sacando temas tan variados como la cepa del vino descorchado, el diseño de la botella de *whisky*, la temperatura del champaña y la calidad de los corchos (los únicos temas que ellos se animaban a desarrollar con mediano éxito).

Así y todo, nuestro intento fue un fracaso. No logramos que nos contaran a qué se dedicaban, ni sus estados civiles. Las respuestas eran evasivas y, finalmente, todos se escabulleron de nuestro lado con el pretexto de traernos bebidas que nunca llegaron, de buscar cigarrillos o de pedirle al Dj que pasara *New York, New York* de Frank Sinatra.

No sentí ninguna diferencia con una fiesta de quince años, en la que los varoncitos que se quedaron enanos y lampiños hacen esfuerzos por no huir despavoridos de la presencia de sus coetáneas de busto prominente y labios pintados.

Todos eran demasiado hoscos, salvo aquel que hacía preguntas colectivas, a quien le dije: «No tiene sentido que te responda, ya que es obvio que no vienes aquí a conocer a nadie». Me miró asombrado, pero no hizo ningún esfuerzo por negarlo. Yo misma me asomé de haberme animado a ser tan sincera. Cuando me iba, me despidió abrazándome tan fuerte que me crujieron un par de huesos. Me miró con ojos empañados de emoción y me dijo: «Me encantó conocerte». Y se escabulló hacia el jardín... ¿de infantes?

Las solas sueltas nos pusimos de acuerdo para irnos al mismo tiempo, y nos quedamos conversando larga y animadamente en la esquina. Llegamos a la conclusión de que tener éxito en esas fiestas no es cuestión de ser la más joven, ni bella, ni simpática, ni sensual, sino de que en ellas encuentres a hombres más o menos maduros emocionalmente. Cosa que, en los últimos tiempos, brilla por su ausencia dentro y fuera de cualquier fiesta.

Una de ellas sigue siendo una buena amiga, y siempre nos reímos recordando la velada que nos hizo revivir nuestra dulce adolescencia, con la perenne fobia a las mujeres que tienen los hombres de la tercera edad (y de la segunda, y de la primera). Una de ellas, la última en irse de esa reunión, me confirmó que, al igual que en los últimos bailes a los que había ido, en este tampoco se había formado pareja alguna.

Meses después, sigo lamentando haber dejado mi perfecta supertarta de queso intacta en un refrigerador que nadie abrió porque para alcanzarlo había que pasar por una zona demasiado llena de mujeres. Peligrosísimas mujeres que sólo esperan que algún valiente príncipe las mire a los ojos, les hable de la vida y quizás, con mucha suerte, les dé un beso. Un único beso que las devuelva a la vida luego de largos meses de letargo que pasaron mientras ellas esperaban conocer, ya no a un príncipe, sino a un ruin campesino cualquiera, un vasallo, un lacayo, el que cuida a los chanchos... ¡cualquier cosa que sea hombre!

¿Tan difícil puede ser?



CAPÍTULO 3

DIEZ MODOS DE IMPACTARLO EN EL PRIMER INSTANTE

*Enamorarse consiste simplemente en descorchar
la imaginación y embotellar el sentido común.*

—HELEN ROWLAND

SE BUSCAN HOMBRES ROMÁNTICOS

Los hombres son románticos incurables. Ya hemos dicho que no se sienten cómodos en cuestiones sentimentales. Pero justamente por eso, lo que quieren es quedar flechados de una sola mujer en un instante y no pensar más en el amor, sino sólo en ella. Así que si logras flecharlo rápidamente, una vez que te conviertas en la mujer de sus sueños nada que hagas lo hará cambiar de parecer y seguirá enamorado, ya sea de ti o de la imagen que se ha hecho de ti.

Te doy un ejemplo. Tengo un viejo amor perdidamente enamorado de mí desde hace años. Me envía poesías y canciones, me cuenta su vida y no sabe nada de la mía (porque no le interesa), pero dice que me ama. Y eso me hace feliz, al ver de qué loco perdido me he salvado.

Pero te daré algunos *tips* para elegir mejor.

Supongamos que estás buscando conocer a alguien desde hace tiempo. Das señales de estar disponible, sales todas las noches, has tratado de conocer gente por Internet y, hasta ahora, nada.

Crees que tu problema se basa en que cuando le gustas, a ti él no te gusta, y cuando a ti te gusta él, a él le gusta tu amiga sin tetas, lo que indica que es falso que las prótesis de silicona te cambian la vida.

Así que lo primero que debes hacer es echarle el ojo a alguno al que le gustes, pero que a ti también te guste, porque es muy feo acabar recogiendo los calzoncillos sucios de alguien que no te gusta.

¿Y cómo es el hombre que te gusta? No es ni demasiado bajo ni demasiado alto, ni demasiado velludo ni demasiado lampiño, ni demasiado tímido ni demasiado insolente, ni demasiado indiferente ni demasiado pegajoso, ni demasiado gordo ni

demasiado flaco... Como ves, esta búsqueda puede llevar algunas décadas, pero en todo ese tiempo vas aprendiendo qué tipos de hombres no te gustan para nada, lo que es un adelanto enorme en tu autoconocimiento. Además, a medida que pasa el tiempo, pasas de pedir «guapísimo, millonario, educado, sexy, de conversación fascinante y fiel» (de los que hay muy pocos) a pedir «que aún tenga dientes y que no asuste a mis sobrinos», de los que hay muchísimos, con lo cual terminas ganando tú porque tienes más para elegir.

QUÉ HACER PARA IMPACTARLO

Cuando finalmente encuentres alguien que te guste, no lo pierdas de vista.

Míralo a los ojos el tiempo que te tardas en contar hasta cinco. Parece poco tiempo, pero es muchísimo para mirar a un desconocido. Con miradas más cortas he logrado que un asaltante huya sin pedirme la billetera. Si logras sostenerle la mirada en ese tiempo, quedará rendido a tus pies o llamará a un policía.

¿Con qué actitud lo encaras? Tu actitud debe ser ganadora. No puedes entrar a un bar o a una fiesta y ponerte a hablar con un hombre pensando; «Preferiría ordenar mi armario antes que estar aquí», porque se percibe tu actitud y nadie te hablará. Lo que debes hacer es entrar y mirar al más guapo a los ojos pensando: «Preferiría ordenar tu armario antes que estar aquí». ¡Los hombres tienen los armarios tan desordenados que querrán un romance contigo con tal de que les acomodes sus cosas!

Es importante que cuides tu aspecto personal. Las apariencias engañan, pero justamente lo que quieres es engañar a un hombre. No te preocupes: es sólo por la primera noche, después puedes volver a ser quien eres, porque los hombres sólo recuerdan de ti esos cinco minutos de deslumbramiento de la primera vez que te vieron. Luego puedes volver tranquila a tus sandalias de goma rotas y a la bata deshilachada de entrecasa, que para él serás siempre la morena sexy del vestido rojo ceñido de la primera noche.

Tu aspecto debe decir lo que quieres transmitir de ti misma: que eres exigente pero comprensiva, femenina pero decidida, sexy pero lista y divertida pero seria. Esto se logra combinando un vestido de seda con botas para escalar, un mameluco de paracaidista con grandes volados y moños, o una chaqueta de cuero negro con una falda floreada. Él quedará tan confundido con tu atuendo que se acercará a preguntarte: «Disculpa, ¿tú cómo eres?». Esta sería una ventaja, pues significa que has logrado que rompa el hielo.

Dado que los hombres tienen instinto cazador, lo ideal no es que tú lo aceches a él, sino que sea él quien te atrape a ti.

Ahora bien, hace tantos siglos que ningún hombre caza ni pesca nada, y que obtiene su comida en la zona refrigerada del supermercado, fileteada y sobre bandejas de polietileno expandido envueltas en celofán, que para ser una presa tentadora para un hombre, lo mejor que puedes hacer es lograr el mismo aspecto de ese filete en

bandeja. Es decir: no debes tener un gramo de grasa; debes tener impecables zapatos que te sostengan como la bandeja de polietileno al filete y debes usar ropa transparente como el celofán que la envuelve, que le permita apreciar la calidad de tu carne. Esto, siempre y cuando quieras atrapar a un hombre de estilo cazador.

Porque debes adaptar tu atuendo al estilo del hombre que quieras ligar. Si vistes ropa extra grande, extra opaca y extra vieja, ligarás a un hombre extra grande, extra opaco y extra viejo. Si quieres un *hippie* debes vestirme en tiendas de ropa usada. Y si quieres enamorar a un veterinario, no te pongas como una vaca.

Si con todo esto no logras que te mire apenas entras a la discoteca o al bar, fíjate si en la entrada no hay un cartel que diga «Club Gay» o «Centro de Asistencia al Suicida». Como último recurso puedes hacerle una zancadilla para que te note mientras cae. Luego, puedes pedirle disculpas, ayudarlo a levantarse y limpiarle la camisa. Para ese momento seguramente se habrá roto el hielo. De su trago, al menos.



TIPS PARA SER UNA MUJER FATAL

¿Y qué hay que hacer para impactarlo y que sienta que no hay otra como tú en varias galaxias a la redonda? ¿Qué es lo que te convierte en una mujer fatal?

Además de seductora, debes mostrarte admirada y encantada por todo lo que él te diga y tan respetuosa como lo serías con una amiga. Las mujeres tienden a exigirles más a los hombres de lo que le exigirían a una amiga. No puede ser que le digas a un hombre: «Comes como un cerdo» o «No sé cómo puedes escuchar esa música», si a una amiga no le dirías eso. Una amiga no te besaría si le dices algo así... Entonces, ¡no te quejes si luego de tres citas él no te besa!

Muéstrale que tienes una vida tan plena como para no necesitar que un hombre te entretenga. Pero no exageres, o querrá que tú lo entretengas a él.

Un hombre necesita saber que la mujer lo admira. Tú debes admirarlo por como conduce el auto, como elige el vino, como reparó el grifo y cualquier otra habilidad que él demuestre tener. Por ejemplo, si le dices a un hombre: «Que increíble, qué bien sabes masticar el pollo, Juan Carlos», lo estás haciendo feliz y le resultarás tan irresistible como para querer quitárselo de la boca y compartirlo contigo.

Aquí te topas con un problema de todas las mujeres. Y es que si en el primer encuentro todo ha salido perfecto, un hombre no alcanza a entender que la ha pasado bien gracias a tu encantadora presencia. Dado que los hombres están un tanto desconectados de sus sentimientos, él sabrá que la pasó bien esa noche, aunque no distinguirá si se sintió bien porque estaba contigo, porque la comida era sabrosa, porque el camarero fue amable o porque había pocos mosquitos.

Hay una sola manera de que él note que la magia de la noche sólo se debió a tu presencia, y es retirarte en lo mejor de la velada, dejándolo solo. En lo mejor de la conversación le dices que te mueres de ganas de permanecer a su lado, pero que has dejado la leche en el fuego, que debes cosechar tus zapallos, que estás cuidando un gato enfermo o lo que sea, y te vas.

Lo dejarás con ganas de más y querrá volver a verte, aunque sea para que le expliques por qué eres tan mentirosa. Retirarte temprano, además, te ayudará a no ceder antes de tiempo a que él quiera mayor intimidad. Recuerda que un encuentro sexual no solidifica ninguna relación, y mucho menos donde aún no hay relación. Las mujeres que no contienen su libido terminan desbordando lágrimas. Así que el sexo, cuanto más tarde mejor (las 4 de la mañana es buen horario).

El único problema de esta estrategia es que cuando te vas antes porque él es insoportable, el insoportable también cae rendido a tus pies, intrigado porque te fuiste pronto, ¡y te sigue llamando por los próximos veinte años! Esto sería desesperante si no fuera tan útil para decirle a un marido indiferente: «¿Ves que hay hombres que no me pueden olvidar?».

... Y ESTE ES UN BAÑO DE
ESPUMA CON EFECTOS ALTAMENTE
AFRODISÍACOS: TIENE AROMA
A MUJER DESCONOCIDA...



LAS DIEZ COSAS QUE ENLOQUECEN DE AMOR A UN HOMBRE

Ahora bien, si con todo esto él aún no está loco de amor por ti, debes saber que hay diez cosas que están científicamente comprobadas para volver loco a un hombre.

1) Que hables con acento extranjero. A la vuelta de mi casa hay un hombre que dejó a su mujer y a cuatro hijos por una ucraniana. Está claro que el negro Luis jamás en su vida pensó en ligar a una rubia de ojos celeste con el cuerpo de Natasha, pero él jura que lo que lo enamoró no fue su cara de modelo, sino que ella le hablara con ese acento exótico. Los acentos exóticos a ellos los chiflan. Ser mujer te da una ventaja, ya que hablas un idioma que ellos no comprenden, por ejemplo cuando les dices: «Levanta eso del piso» o «Estaciona aquí mismo».

2) Que te parezcas a él. Si te fijas un poco, cuando dos personas son parecidas, no pueden sino enamorarse. Si te presentan un hombre con los mismos rasgos tuyos, es casi seguro que te casas con él. Esto se debe a tres motivos: o él te ama porque es narcisista (eres la viva imagen de su reflejo en el espejo), te ama porque te pareces a su mamá (puro Edipo), o es tu primo Carlos que siempre estuvo caliente contigo (es incesto).

3) Que lo toques y le hables al oído. Está comprobado que un hombre se siente más atraído a una mujer que lo toca mientras él habla. Además, si ella le habla al oído, la proximidad de sus labios a su oreja, sugerir que comparten un secreto, sumado al aliento en la oreja, es algo muy *sexy* que a ellos los vuelve locos. Eso sí, evita las frases «Tienes caspa», «Se me rompió el cierre» o «Estoy con la menstruación». Eso no se susurra, se grita.

4) Que muestres tu piel. Eso de poder espiar donde usualmente no se ve nada (imaginemos una camisa formal con la espalda al desnudo) es lo que a ellos los atrae como un imán. Por eso, una burka talibana con un tajo hasta medio muslo sería el atuendo femenino más *sexy*, si no fuera porque una talibana con esa facha acabaría presa... por atraer demasiado.

5) Que otros hombres te miren. Si una mujer causa sensación entre los hombres, despierta la competitividad del grupo y acaba interesando a todos. ¿Un consejo? Contrata un par de amigos que te aplaudan al pasar y tu hombre deseado será tuyo.

6) Que rías mucho mientras él habla. La mujer que ríe mucho con un hombre está coqueteando con él. Él se siente el hombre más ingenioso y ocurrente del mundo. Y comienza a inventar chistes malos, hasta que se casa con ella, y ella deja de reír.

7) Que mordisquees sugestivamente tu collar. Cuando una mujer se muerde el collar —una extensión de sus pechos— es porque definitivamente le está dando luz verde al hombre que tiene delante, y ellos esto lo captan muy bien. Pero hazle entender que llevar tu collar a la boca es una señal sensual que tú debes hacer y que está mal visto que un hombre te muerda el collar.

8) Que te quites los zapatos por debajo de la mesa. Una mujer que está incómoda con un hombre jamás se quita los zapatos porque los quiere tener puestos para huir.

Pero si se quita un zapato, es porque delante de este hombre se quitaría los zapatos y todo lo que lleva puesto. (Nota: no queda bien que no los vuelvas a encontrar).

9) Que cocines como los dioses. Si cocinas como la mamá, o te dedicas a preparar las cien recetas de carne y papas —lo único ante lo que no ponen cara de asco—, él caerá rendido a tus pies solamente por saber que contigo sale de la rutina de la hamburguesa descongelada. Los hombres no hacen diferencias: para ellos el estómago y el corazón son una misma víscera.

10) Que tengas motocicleta. Esto logra satisfacer una de sus más grandes fantasías: la de pedirte la moto prestada. Si es de alto cilindraje, la sabes manejar y sabes cómo funciona, eso de hablar de bulones y pistones con las piernas abiertas sobre una moto, a ellos los pone como una ídem.

Ya ves que puedes enamorar a un hombre en cuestión de minutos.

Lo único que debes hacer es llevar ropa con agujeros estratégicos, reírte a carcajadas con acento extranjero y cocinar sobre tu motocicleta mientras le dices un secreto al oído mordiéndote el collar sin zapatos y sin perder la actitud ganadora, luego de una jornada laboral de diez horas. Eso sí, nada de esto funciona si no te retiras a tiempo en lo mejor de la noche. La ventaja es que todo eso lo tienes que hacer durante los primeros cinco minutos, porque si te demoras él se duerme.

Si has tenido la suerte de conquistarlo, ninguno de los dos debería dejar sus horarios, amistades, vicios y perversiones sólo porque tiene Un nuevo amor. Por eso, sigue viendo a tus amigas, no pierdas el contacto con ellas, a quienes podrás contarle todo lo que a un hombre no le interesa lo más mínimo, como cuánto lo amas, a quién le venderás la platería de su abuela, cómo piensas deshacerte de esa espantosa alfombra que él tiene en su departamento y cuántos hijos tendrás con él.

Sigue estos consejos y él quedará impactado contigo en el mismo instante en que te conozca. Te amará y no pensará cambiarte por otra, porque le da pereza.

Una vez que es tuyo, él no recordará ni cómo se conocieron, ni cuándo, ni qué es lo que le enamoró de ti, motivo por el cual siempre olvidará el aniversario. Lo que es una bendición, porque si lo recordara te obligaría a seguir poniéndote esos sensuales zapatos de tacón aguja de quince centímetros, que de sólo verlos te dan dolor de cabeza.

DISCÚLPAME, PERO, NO
TE PUEDO DECIR CUAL ES
MI SÍNTOMA INSTANTÁNEO DE
QUE ESTOY CÓMODA CON
UN HOMBRE



CAPÍTULO 4

DOS MUJERES SON DEMASIADO

Nuque nullis sis amicus, nuque multis.
(«No se debe estar sin amigos, ni tener muchos»).

—QUINTO ENNIO

TODO BIEN. MIENTRAS SEA ENTRE MUJERES

Tener una buena amiga es una de las mayores delicias de la vida. Hasta que aparece un hombre en el medio.

Los hombres parecen arreglárselas mejor que las mujeres en estos casos, y eso que ellos son los menos duchos en sus asuntos sentimentales. Ellos pasan, sin escalas, de la cerveza con los amigos a los brazos de una mujer, y de la almohada de ella a la mesa de billar. Ya sea por gusto o por amor al cambio, ellos saltan de mujer en mujer como Tarzán de liana en liana, y no se detienen a mirar el abismo. Las mujeres, en cambio, nos detenemos entre las lianas a mirar el vacío y nos decimos, llenas de culpa almodovariana: «¿Qué he hecho yo para merecer esto?».

A juzgar por las crónicas policiales, si un hombre nota que su mujer le es infiel con otro tipo, el cornudo mata a uno de los dos y después pasa sus años de encierro barriendo la capilla de la penitenciaría y convirtiéndose en fanático religioso.

Las mujeres nos tomamos todo más en serio y por eso, ante cualquier problema amoroso, nos hacemos más problemas que los hombres.

Tengo dos amigas que iniciaron una relación de pareja al mismo tiempo, con dos muchachos que conocieron el mismo día. Una de las parejas cortó su relación mientras que la otra siguió su romance feliz. La amiga que quedó sola no le perdonó a la otra que siguiera enamorada con su idilio viento en popa. Sintió despecho, envidia, bronca, y las dos se separaron... Hasta que la otra también se quedó sin novio, y entonces sí lloraron juntas, diciendo que los hombres son un desastre. Porque ser mujer es el sutil arte de opinar oportunamente acerca de dos temas básicos: a) los hombres son un desastre y b) cómo conseguir uno.

Esta obsesión por los machos hace que la amistad femenina más sólida entre en

terrenos cenagosos si aparece un hombre en el medio. Y esto es porque una amiga, por unida que sea a ti, jamás te reconocerá que aún arden cenizas de ese viejo amor (aunque ardan) o que puede sentir celos de que él rehaga su vida sin ella (y él igual la rehace). Y como ella ha dicho que él ya no significa nada para ella, que pertenece al pasado, y que su vida la tiene sin cuidado, debe demostrar por fuera que de veras él no le importa. Pero en la realidad, esto no es así.

Supongamos que tu amiga se acaba de pelear con un su novio, uno de esos tipos tan lindos que harían que una monja se quite los hábitos. En una cena amistosa, él te desnuda con la mirada... y tú entiendes muy bien el mensaje. ¿Puedes darle pie a este señor para indicarle luz verde? La respuesta es no: no puedes acercarte a él sin correr el riesgo de que se corte para siempre la amistad con tu amiga. Porque como él es el ex de tu amiga, siempre quedan resabios de propiedad que más vale respetar. Salvo, por supuesto, que este hombre valga más que tu amiga y no te importe perderla a ella con tal de ganarlo a él.

Por eso, tener una amiga es un problema cuando hay un hombre en el medio. Pero no es el único caso en el que sobra una mujer.

HISTORIA DE AMISTAD Y AMOR

De esto me di cuenta una vez, hace tiempo, cuando conocí a Esteban, un tipo muy interesante, a la salida de la universidad.

Hablábamos de lo que había que estudiar para las clases, pero en un rato él acabó preguntándome qué iba a hacer esa noche. Como hombres que se animen a invitarte a salir no sobran en ninguna parte, le dije que saldría con amigas muy bonitas... y que sería buena idea que él trajera a sus amigos, para que nos encontráramos todos. Pero esa tarde no conseguí una sola amiga que pudiera venir. Cada una tenía algo urgente que hacer, como cuidar al gato. Después se quejan de que están solas, o de que no hay hombres.

Llamé a Lucía, mi mejor amiga, que, como siempre, dijo que vendría. Ella llegó con un hermoso vestido al bar. Yo estaba con la misma ropa de la mañana. Cuando llegamos, no había nadie. Quisimos salir para ver si había otro bar cerca con el que lo hubiéramos podido confundir, y justo en la puerta nos encontramos con un alucinante morocho de ojos verdes: «Perdón, ¿alguna de ustedes es amiga de Esteban? Porque no lo encuentro...».

Para no dejarlo esperando a Esteban solo, nos sentamos a acompañar a ese hermoso espécimen de ojos claros. Esteban no vino, y este galán —que se llamaba Alberto— nos invitó a las dos, pero sólo se dedicó a mirar y a hablarle a Lucía, lo que era lógico, porque ella estaba mucho más bonita que yo. Y aunque fue tan amable como para preguntarme a la media hora si quería otro trago, él solo habló con Lucía.

Yo me empecé a aburrir de tal modo, que me inventé una descompostura para escapar de allí y dejar a los dos tórtolos solos y en pleno romance. Pero de pura culpa

de haberme ignorado durante toda la noche, ambos se levantaron y dijeron que me acompañarían a tomar un taxi. Les dije que no se preocuparan, que podía volver sola, pero ellos dieron por terminada la velada. Una pena, porque en cinco minutos más, yo les podía salir de testigo de casamiento.

...Y EL SE PASÓ LA NOCHE
ENTRABA CONTÁNDONOS COMO
LO DECEPCIONÓ SU PRIMERA
NOVIA, SU ESCUELA, SU AMANTE
Y SU ÚLTIMA NOVIA...

¿Y CAME QUE TÚ
TAMBIÉN LO HAYAS
DECEPCIONADO?

...ALO HUBO
TIEMPO QUE ME DECEPCIONÓ
ANTES EL A MÍ!



DESENLACE FATAL

Apenas Alberto se fue y nos subimos al taxi, Lucía me preguntó:

—¿Por qué no hablaste en toda la noche?

—Bueno... Para no interrumpir el romance —le dije.

—¿Qué idilio? ¡No me digas que Alberto no te gusta!

Sin entender nada, le dije:

—¡Claro que me gusta! ¡Ustedes dos hacen una pareja divina!

Y ella me dijo:

—¿Qué dices? ¡Si él está muerto de amor por ti y tú todo el tiempo mirabas el reloj, como queriendo irte cuanto antes!

Resultó que el tal Alberto era un tanto tímido. Cuando vio que yo ni lo miraba, porque era obvio que él se fijaría más en Lucía, que estaba mucho más elegante que yo, él se consideró derrotado y calculó, como hace todo hombre: «Bueno, si no es con la rubia alta, será con la morocha bajita». Pero cada vez que yo iba al baño o a hacer una llamada, le preguntaba a Lucía por mí.

Entonces ella no intentó nada con él porque lo veía demasiado interesado en mí, pero yo tampoco intenté nada, para no quitárselo a una amiga. Por ser leales a nuestra amistad, las dos nos perdimos a un morocho de ojos claros como no hay muchos en ninguna parte.

Otra vez, la proverbial timidez masculina nos jugó una mala pasada.

En lugar de que en esa noche hubiera dos personas solas menos en el planeta, los solos seguimos siendo tres. Y lo peor de todo fue que ninguna de las dos tenía el teléfono del morocho de ojos claros, que si no era ideal para ninguna de las dos, al menos nos haría quedar muy bien si se lo presentábamos a una amiga. Pero cabe pensar qué favor le hacemos a una amiga presentándole a un tímido que al cabo de varias copas no le pide el teléfono a ninguna de las mujeres presentes. Eso, más que un galán, es un zombi. Y otro zombi era su amigo Esteban, que luego supe que no vino a la cita porque esa misma noche se había reconciliado con su novia, supongo que adrede, para evitar tener que conocer mujeres nuevas, cosa que a todo hombre lo llena de terror.

Como está visto que no hay tantos hombres pasables en la vida como para dejarlos pasar y perderlos, sugiero que si tienes una amiga y entre ambas se cruza un hombre medianamente apetecible, llevas a tu amiga aparte y te pongas de acuerdo con ella para determinar honestamente de quién será el botín.

Obviamente, decidan lo que decidan la que quede sola se ofenderá terriblemente y la amistad llegará a su fin.

Pero no te preocupes que no será por mucho tiempo. En cuanto el idilio de cualquiera de las dos con el morocho de ojos claros se termine, la novia abandonada correrá de los brazos de él directo a ver a la amiga para hablar de: a) los hombres son un desastre y b) cómo conseguir uno.



CAPÍTULO 5

EL ARTE DE MENTIR

El amor es una guerra diferente a todas: el abrazo no es sino la tentativa de suprimir a uno de los antagonistas.

—GIOVANNI PAPINI

MENTIRAS DE NOVELA

Siempre nos enseñaron que mentir es malo, y nos convencieron de que quien sostiene una mentira es una porquería de persona. Desde la Iglesia hasta los culebrones mexicanos, todos llevan el mensaje de que la mentira es pérfida y que la verdad es buena, que los malos mienten y los buenos dicen la verdad.

Por ejemplo, siempre es la mala de la telenovela quien le dice a la chica buena: «Espero un hijo de tu novio Guillermo Andrés», cosa que todos sabemos que es mentira pues Guillermo Andrés nunca se hubiera acostado con la mala. Pero eso en realidad es mentira, ya que los hombres se acuestan con cualquiera. Así que aquí la mala dice la verdad. La buena dice: «¡No, eso no es cierto!», y aquí la buena miente. Por cierto, los guionistas resuelven la historia haciendo caer a la mala por las escaleras, con lo cual la mala pierde al bebé. (Los ricos controlan la natalidad con las escaleras de sus mansiones, por eso tienen menos hijos que los pobres). Y en la práctica, la mala al decir la verdad no ganó un ápice de bondad y todos la seguimos odiando por haberse interpuesto en la plácida vida de la buena y Guillermo Andrés, que haría mejor en cuidarse de con quién se acuesta.

Así como los malos pueden hacer daño diciendo la verdad, hay buenos que pueden hacer el bien diciendo mentiras.

El mundo está lleno de mentiras buenas, como las que cuentan novelistas y cineastas para que te creas la historia. O las que le cuenta el padre al hijo para «mejorar» la realidad (como hace el padre de *El Gran Pez*, la gran película de Tim Burton sobre las buenas mentiras). O cuando alguien le dice a otra persona que «todo saldrá bien», cuando está con problemas hasta el cuello.

¿Son malas las mentiras que intentan protegernos de un daño, especialmente un

daño moral?

LA CORTESÍA DE SER FALSO

Montones de filósofos estudiaron el tema y llegaron a la conclusión de que una buena mentira puede ser mejor que una fea verdad.

La Biblia sólo ordena «no dar falso testimonio contra un tercero». No dice que no hay que mentir. Desde hace siglos se sabe que el perjurio puede ocasionar tragedias, como inocentes guillotinado y otras cosas horribles que se ven en cualquier libro de historia... y en la realidad. Las cárceles están llenas de bobos inocentes acusados por villanos astutos.

Nietzsche decía que era estúpido decir la verdad a cualquier costo.

Hay sociedades orientales donde ocultar la verdad es buena educación. Los japoneses se saludan diciendo lo que el otro quisiera oír:

—Huele usted maravillosamente, señor Kawasaki. Mis ojos saltan de regocijo al verle.

—Mucho mejor huele usted, señor Yamamoto. Y además se nota que sus zapatos son nuevos y su inteligencia rutilante. ¿Me haría el honor de subir a mi Toyota?

—Faltaba más, por favor deme usted el placer de subir a mi Mitsubishi.

Nada que ver con el latino:

—¡Qué porquería, otra vez es lunes! ¡Qué asco venir aquí otra vez! ¿Y tú? ¿Cómo estás?

—¿Qué como estoy? Mal, como tú, arrastrándome sin ganas de nada. ¡Pero dime de una vez a qué has venido!

Las personas más educadas mienten al saludar:

—¿Cómo está usted?

—Muy bien, gracias.

Y generalmente, ni a uno le importa cómo está el otro, ni el otro está tan bien.

Pero ya no hay gente que sea tan cortés como para tomarse el trabajo de mentir.

Y EN EL CHAT
ÉL ME DIO QUE ERA
IGUAL A UN ACTOR FAMOSO...

¿ME SÉ... TAM
APUESTO EST... ¿Y A QUÉN
SE PARECE?

¡— A
WOODY ALLEN



PENSAR EN NADA

¿Qué está pasando con nuestra sociedad tan individualista, si la verdad vale más que la cortesía? ¿No estamos poniendo en peligro la armonía de la sociedad?

Imagina si la pregunta tan habitual entre una pareja de «¿En qué estás pensando?», —que siempre se responde «En nada»— se respondiera honestamente: “En que tengo más ganas de mirar la tele que de hablar de gansadas ahora contigo”». Esa respuesta mentirosa —«En nada»— es el secreto de la amistad duradera y la armonía conyugal.

Si amamos a alguien, no podemos decirle una verdad como: «No quiero ir a casa de tu madre, prefiero ir al bar con mis amigos», «No te he echado de menos para nada en estos diez días de viaje de negocios» o «No me he quedado hasta tarde trabajando sino buscando exnovios en Internet»... Ejem, ¿a eso le llamas amor?

En temas privados, peor que hacerlo es confesarlo. No hay pareja que resista a comentarios sinceros como: «En verdad, prefiero que trabajes a que estorbes en casa», «Desde que has perdido pelo y ganado Kilos ya no me gustas como antes», o «Por Dios, cómo me aburro contigo». Para decir eso, en verdad, mejor no decir nada.

Claro que jamás hay que mentir en temas que afecten a todos permanentemente. La mentira daña a familias enteras cuando se trata de ocultar temas que atañen a todos, como dónde guardó la abuela los lingotes de oro.

Pero que un hombre se haya acostado con la recepcionista no es algo que deban saber todos, mucho menos su esposa y sus hijos, pues se trata de su intimidad sexual, y revelarla puede hacer más daño que bien, aunque para él sea un alivio desembuchar el engaño y no tener que cargar con ocultarlo. Pero al no contar cosas de su intimidad, no le quita a nadie un derecho inalienable a saber.

De igual modo, si comienzas a salir con un hombre que te gusta mucho y luego de varias salidas resuelven terminar la noche tomando un trago en casa de él o en la tuya, y en medio de una charla íntima animada por unas copas de más él te sorprende preguntándote: «¿Con cuántos hombres has estado?», por más que él te inspire total confianza, no le des jamás una respuesta. Dile que es asunto tuyo, que no recuerdas, que tiene que ir al baño, que sientes olor a quemado, o lo que sea. Pero si le dices un número mayor que dos, a él le parecerán demasiados y entrará en pánico por considerarte demasiado ligera y experta. Y si le dices dos, le entrará pánico por considerarte demasiado inexperta y mojigata. Y si le lanzas un número inventado, prepárate, porque si la historia con él continúa, te echará en cara ese número toda la vida y no habrá manera de convencerlo de que te lo habías inventado por el efecto del vino.

Tu vida sexual es asunto sólo tuyo. Salvo si se trata de orgías multitudinarias, cuando es asunto de siete hombres, ocho mujeres y dos transexuales.

Del mismo modo, cuando tu amorcito te haga la típica pregunta de «¿En qué estás pensando?», la única respuesta correcta es un piropo como «En el maravilloso color

de tus ojos» o «En nada». Como sólo una niña de quince años puede creer que un hombre pueda quedarse pensando en el color de los ojos de alguien, la segunda respuesta es la apropiada, porque toda mujer sabe que los hombres tienen la increíble capacidad de poner la mente en blanco y no pensar nada de nada, y todo hombre sabe que a la mujer le conviene no pensar para no volverse loca. Así que los dos pueden convivir en armonía hasta que cumplan las bodas de oro, momento en que dirán: «¿Cincuenta años juntos? ¡Qué rápido pasó el tiempo! Eso es porque fuimos tan felices juntos... ¿No?». Lo que prueba que conocer el arte de mentir preserva la integridad de la pareja.



CAPÍTULO 6

¿CÓMO SABES QUE ÉL SE ESTÁ ENAMORANDO DE TI?

Casi todos los matrimonios —aún los felices— son errores en el sentido de que es casi seguro de que en un mundo más perfecto —o con un poco más de cuidado en este tan imperfecto—, ambos podrían haber encontrado parejas más adecuadas. Pese a esto, tu verdadero compañero del alma es aquel con quien estás viviendo.
—J. R. R. TOLKIEN

SUTILES SEÑALES DE QUE LA COSA VA EN SERIO

Por lo general, los hombres son muy reacios a reconocer que se están enamorando de ti, que temen perderte y que quieren sentar cabeza. Su educación les indica que dar señales de accesibilidad hacia la boda es un signo de debilidad, cuando en verdad, signo de debilidad es querer tomarse una cerveza en una hamaca cuando los platos están sin lavar.

Si supieran de qué se trata casarse, los hombres barrerían los prejuicios del siglo pasado y se darían cuenta de que aceptar dar el sí ante el juez o sacerdote es lo que más les conviene. Y por el mismo acto, a las mujeres deberían hacernos un monumento como reconocimiento de nuestro valor, abnegación, entrega... y masoquismo.

Muchas veces ocurre que conoces a un hombre, te enamoras, le toleras las manías, lo sigues tolerando, y cuando ya estás tan cansada de tanto tolerarlo que no quieres conocer a nadie más, luego de ocho años de noviazgo, él te dice: «No eres tú, soy yo, necesito tiempo...». Se lo das y a los dos meses se casa con la sobrina del socio, que tiene como veinte años menos que él. Y más vale que estés cansada de los hombres, porque a esas alturas no ligarás ni al tío de su socio, un anciano de setenta años.

¿Cómo evitar meterse con un hombre que no tenga la menor intención de casarse contigo jamás? A pesar de lo crueles que a veces pueden ser los hombres, ellos tienen la delicadeza de dejarnos detectar —mediante sutiles señales de su torpe

comportamiento— si la relación tiene una sólida intención matrimonial, o si han salido contigo todo este tiempo para evitar tener que barrer su casa.

Ahora sí, lee atentamente las señales de «boda en puerta»... ¡Y a no ligar más solteros empedernidos y vividores sin apuro!

SEÑAL DE LA BODA

La seguridad de que un hombre te está tomando en serio la tienes cuando te invita a un evento familiar (de su propia familia nuclear), en especial a una boda. No vale que te invite a la boda de un amigo, pues con amigos queda bien aparecer todos los días con una novia distinta. Pero lo que queda bien entre amigos queda pésimo con la familia.

Ellos saben que andar luciendo noviecitas ante la abuela lo hace quedar como un desubicado, porque la abuela cree que todas las novias son Silvina, aquella de los catorce años. Por eso, a los cumpleaños, bodas y navidades sólo conviene presentarse con la novia oficial, que en lo posible, también debe llamarse Silvina.

Llevar a una chica a una boda es señal de que él tiene ganas de protagonizar la próxima boda de la casa. Si no, no te invitaría... Qué tal que se te ocurra preguntarle: «¿Y la nuestra, para cuándo?».



SEÑAL DE FIN DE SEMANA

Los hombres que no te toman en serio suelen invitarte a salir siempre en días laborales. Los fines de semana se los reservan para la novia oficial o para ligar más mujeres que no les pidan compromiso.

Por más pretextos que un hombre ponga, si te invita a salir los jueves porque los fines de semana «Salgo a navegar y tengo competencia de regatas», lo que debes hacer es ofrecerte de grumete a bordo. Si no acepta tienes dos opciones: seguirlo para ver si te pone los cuernos con una rubia o con una morocha, o mandarlo a freír a espárragos, o ambas cosas, no sin antes asegurarte de que te devuelva todos los CDs y DVDs que le prestaste.

Un hombre que nos reserva sus viernes, sábados y domingos, al menos nos está garantizando que no anda en algo raro. Lo que no quiere decir que luego de reservarnos todos los fines de semana de su vida se termine casando con otra que conoció un martes, porque siempre hay una excepción. Lo que sí es seguro es que si un hombre nos invita a salir sólo los miércoles, es porque a la boda de su hermana llevará a una morena de pelo corto con la cual ya estuvo hablando de mudarse juntos a un sitio cerca del mar, mientras que contigo, bella rubia, sólo hablaba de si te apetece un bocadillo de queso o jamón. En hombres, hay de todo.

SEÑAL DE LOS REGALOS

Cuando un hombre va en serio con una mujer, tiende a hacerle regalos más personales que cuando lo único que le interesa es salir con ella a sitios donde hay más chicas, con el fin de poder ligar con chicas nuevas.

Ahora viene la parte más difícil: ¿Qué se entiende por «regalos personales»? Desde ya que un lindo camisón si lo es. Casi podría decirse que es el más romántico y personal de los regalos. Como para que duermas arropada con él, pensando en él y —salvo que él sea muy feo— soñando con él.

En general, la seriedad de las intenciones es directamente proporcional al valor del regalo. Salvo que el hombre que te interesa sea casado, en cuyo caso te cubrirá de joyas y pashminas de angora pura con tal de que no te avises a su mujer que es cornuda, cuando un hombre te regala una camisa Custo, un abrigo Max Mara, una bici todoterreno o una alhaja... es porque está muerto de amor por ti.

Si tu hombre no es de los que nadan en dinero y te regala algo más sencillo pero sentido, vale igual que el regalo caro del ricachón enamorado. Ejemplo de esto es cuando en una salida con él pierdes tu bufanda y después él se aparece con una bufanda nueva y mejor, de regalo. Esto queda muy bien, siempre y cuando no lo haga en verano con cuarenta grados a la sombra. Del mismo modo, si él sabe que te gusta pintar y te regala una caja de óleos con una nota que dice: «Para que me recuerdes cada vez que estén en tus manos», es también porque la cosa va en serio. Pero si los

regalos son de los que desaparecen sin dejar rastro —un conejito vivo (se mueren), alfajores (se digieren), rosas (se marchitan)— es porque el señor que te los regala también tiene pensado desaparecer sin dejar rastro. Es recomendable desaparecer antes que él.

SEÑAL DE LUGAR ESPECIAL

Es bueno ver si el hombre que te desvela te lleva a pasear siempre al bebedero de agua del parque de enfrente de tu casa, o si planea una salida un poco más especial. Cuando tu galán siempre te lleva al lugar donde come gratis porque su primo es amigo del dueño, es que no tiene demasiada ansiedad por impactarte con su magnífico «*savoir faire*». El hombre que tiene ganas de concretar una relación formal no se pasa todas las salidas hablándote de los lugares fantásticos que conoció en su vida, sino que te lleva a esos lugares.

Si hace cinco años un lugar le encantó, va a llevar a la mujer de su vida a ese lugar para compartir allí cálidos recuerdos. Es buena señal mientras los cálidos recuerdos no se traten de cuando se revolcó con una rubia allí, y mientras el sitio especial no tenga un agujero en el techo y esté infestado de cucarachas.

También debes saber distinguir cuándo el lugar a donde te lleva es un pequeño mesón romántico, íntimo y antiguo, escondido en una encantadora callejuela de un barrio histórico que solo él conoce, y cuándo, en cambio, te lleva a un bar chico, viejo y oscuro escondido en un bajofondo de la época de Maricastaña, que no conoce nadie. Que es el mismo lugar de la primera descripción, pero al que vas con distinto humor.

SEÑAL DE TRATO FAMILIAR

Uno de los mejores parámetros para saber si un amor es duradero es observar cómo tu hombre trata a su propia familia. Un hombre que no tiene parientes, que habla de mal modo de todo el mundo, que odia a los niños y detesta visitar a su abuela, difícilmente querrá formar una familia.

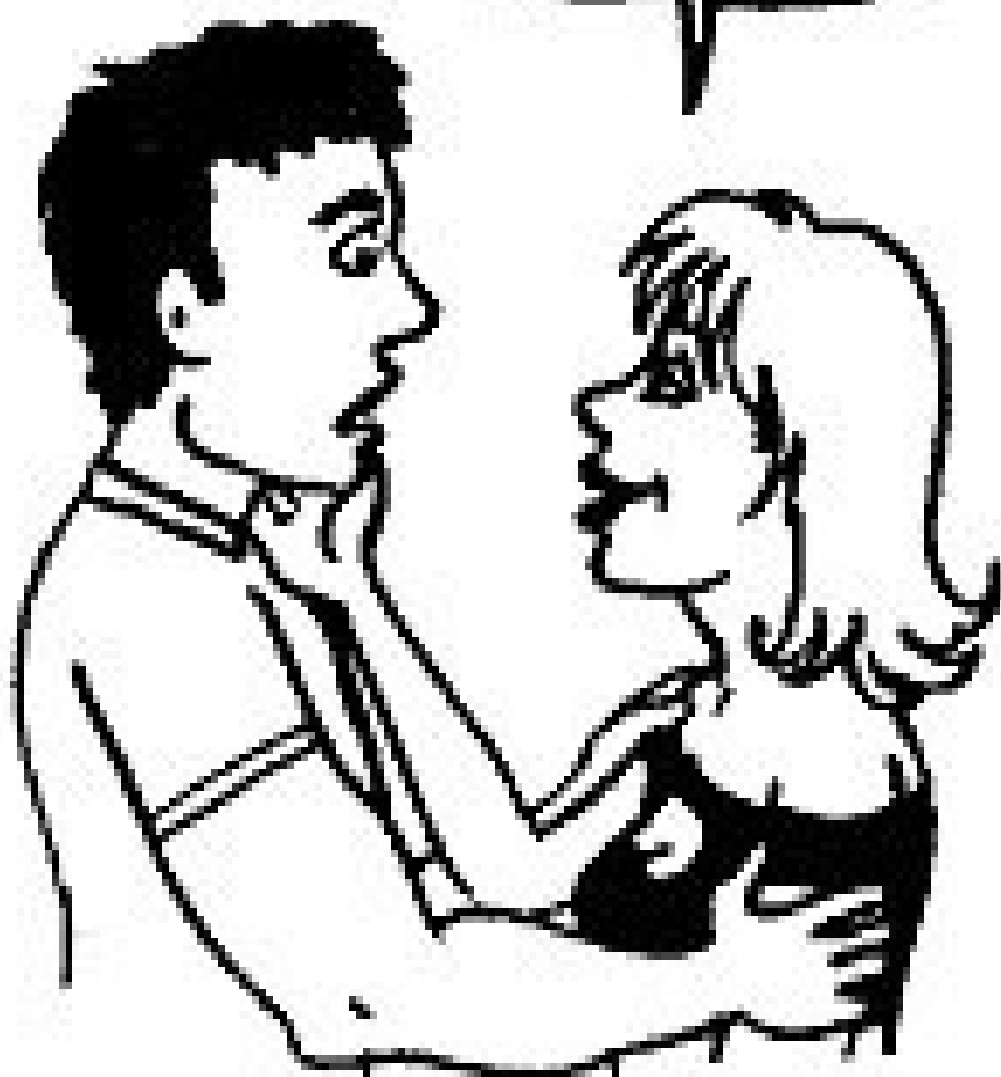
Así que si la costumbre de tu novio de llevarte cada domingo a comer ravioles a donde su mamá te está resultando pesada, consuélate pensando que así como aprecia los almuerzos familiares también apreciará armar su propia familia alrededor de los ravioles.

Los hombres cariñosos con la mamá, también son cariñosos con su esposa.

El límite de esto está cuando tu novio le deja a su mami el número de teléfono del hotel donde estará contigo «por cualquier cosa que necesites». Eso indica que él no se casará jamás, porque ya está casado con mami.

NO QUIERO QUE SIGAMOS
JUNTOS: TENGO MIEDO DE
QUE TE ENAMORES DE MÍ...

¡NO TEMAS, GUAPD,
JAMÁS ME ENAMORO
DE COBARDES!



SEÑAL DEL CHANCHITO

Cuando un hombre tiene fines serios y te quiere de verdad, AHORRA.

Un hombre te está tomando sólo como un divertimento ligero cuando no tiene dónde caerse muerto mientras luce una chaqueta de cuero nueva cada semana. El hombre que ahorra se está privando de cosas hoy para poder tener algo para el futuro contigo. Cuidado: el que te lleva a comer *hot dogs* y se burla de los amigos que se casan, no está ahorrando para un fin en común sino para viajar en excursión de buceo con seis de sus amigos más borrachos.

GRADO DE SERIEDAD

Si tu hombre va todos los días a una discoteca distinta, cambia todos los días de amigos y de empleo, empezó tres carreras distintas y las dejó, quizás sea activo, moderno, inquieto y fascinante, pero puede que se aburra de ti con tanta facilidad como se aburre en la vida... ¡Consíguete un perro que te hará más compañía que él y por más tiempo!

Si se queda a tu lado, si es perseverante y previsible, muy probablemente quiera pasar toda la vida sin cambios, siempre con la misma mujer: tú.

CAPÍTULO 7

NUNCA CUENTES QUIÉN TE GUSTA

*En realidad nunca crecemos.
Sólo aprendemos a comportarnos en público.*
—BRYAN WHITE

APURADAS POR GUSTAR

¡Qué manía de contar todo tenemos las mujeres!

Es que pensamos tanto que a veces nos parece que se escucha lo que pensamos. La única manera de callar ese barullo es pensar en voz alta, y dejar que todo salga. Necesitamos escuchar a otra mujer para comparar nuestro discurso interno con el discurso interno de otra. O para que nos diga lo que piensa ella de lo que nos pasa, y nos ayude a tomar decisiones trascendentales con frases del tipo: «En tu lugar, yo me teñiría el pelo rojo», o «En tu lugar, yo me casaría con él», o «En tu lugar, le daría una buena patada en el culo».

Mucho de lo que hablamos entre las mujeres se basa en este tema: quién nos gusta o disgusta y a quién gustamos o disgustamos.

Es que vivimos obsesionadas por gustar Sí, señores: la industria de la moda, la cosmética, las peluquerías y el calzado deben su existencia a que las mujeres queremos seguir gustando a toda costa, para demostrarles a los hombres que seguimos estando en la etapa reproductiva.

ME GUSTAS TÚ, Y TÚ, Y TÚ...

¿Como no va a ser importante para una mujer gustarle a los hombres si este hecho le garantiza una prolongación importante de su vida sexual, que se irá al demonio en cuanto se le arrugue la cara? Sabiendo todo lo que se gana gustando y todo lo que se pierde no gustando, se entiende que tantas mujeres pongan sus rostros en manos de cirujanos a quienes les entregarán sus ahorros con tal de que les quiten piel, grasa y arrugas sobrantes y les dejen la cara lo más parecida a Michael Jackson hecho mujer.

Ahora dicen que el botox puede ser mortal. El botox no es más que toxina botulínica —de la que hincha la lata de conserva de tomates al punto de llevarte a la muerte por comer salsa portuguesa—, que te paraliza los nervios para borrarte las arrugas. Pero con tal de gustar, las mujeres nos envenenamos la cara sin reparos. ¿O no cambiarías diez años de tu vida por un mes con la cara de Angelina Jolie... siempre y cuando Brad Pitt no ande de gira por Namibia?

A veces pierdo horas enteras y toneladas de cosméticos frente al espejo intentando tomar un aspecto parecido a una de esas mujeres que gustan *de verdad*. Me guio por los avisos publicitarios para saber cómo tengo que lucir. Cuando empiezo a verme como un travesti significa que tengo que dar marcha atrás y quitarme algo de maquillaje y bisutería. Después salgo a pasear con una amiga, pensando que si no le gusto a nadie, al menos conmoveré a algún hombre sensible que piense. «No es linda, pero por lo menos se maquilló». Entonces nos sentamos las dos amigas en un bar a fingir hablar de nuestras cosas, cuando en realidad estamos hablando de cada tipo que está en el lugar.

Pero nadie nos mira. Y no sabemos si no nos miran porque no gustamos, o no nos miran porque creen que ellos no nos gustan. Ahí es cuando ella me dice:

—Esto es de lo peor: no le gustamos a ninguno.

—No, lo peor no es no gustar, sino que no te guste ninguno a ti.

—Nooo —dice ella—. Yo creo que lo peor es creer que tú le gustas, cuando le gusta otra...

—No, lo peor es creer que no le gustas... para enterarte demasiado tarde de que siempre le gustaste, pero que como creía que a ti no te gustaba, simuló que no le gustabas para que no llegaras a rechazarlo. Eso me pasó una vez, y juro que es tan deprimente como perder en una rifa un pasaje al Caribe. Yo lo adoraba de lejos, yo le gustaba, pero por miedo a que yo lo rechazara nunca me lo dijo... ¡Y se casó con otra, porque creía que yo jamás le daría bola!

—Menos mal que no te casaste con él. Era un idiota... —dijo mi amiga.

—El idiota vive en la mejor zona de la ciudad, en un piso 27 —aclaré.

—Esa zona está llena de idiotas —dijo ella.

—Tiene muchísimo dinero —repliqué.

—No importa, su mujer le debe meter los cuernos porque su marido es un idiota que no le hace el amor porque cree que ella le va a decir que no.

Ojalá mi amiga esté en lo cierto. Me serviría de consuelo por haberle gustado en vano.



EL SISTEMA FEMENINO DE ELEGIR HOMBRE CON CUATRO OJOS

Para las mujeres es esencial saber si le gustamos a alguien o no. ¿Por qué nos importa tanto? Porque las mujeres no tenemos tiempo que perder: «Si yo le gusto, me fijo en él y si no... ¡tengo que buscarme otro antes de arrugarme del todo!». Por eso los hombres que más nos interesan son los que se fijan en nosotras, aún a riesgo de que sean errores. Al elegirnos, simplifican un montón el proceso y nos hacen ahorrar cantidades de tiempo en el asunto de la elección y el ligue.

Las mujeres sabemos que los errores abundan. He salido con hombres tan fríos que no podrían calentarme ni aunque nos cremaran juntos. He salido con tipos tan indiferentes que a uno le dije: «No te vayas, necesito estar sola». Luego supe que él necesitaba al lado una mujer a quien ignorar.

¿Dónde están los hombres de verdad? ¿Cómo detectamos cuál vale la pena sin que perdamos cinco años fértiles en el proceso de buscar al padre de nuestros hijos?

Lo detectamos a través de otra mujer.

Por eso las mujeres salimos de ligue de a dos, tres y cinco. Porque cuatro ojos ven mejor que dos, y seis mejor que cuatro. Como toda mujer sabe que su amiga soltera es un escáner de hombres con patas, la otra es una máquina de rayos X y la otra es una mezcla de detector de mentiras con chequeo psicofísico ambulante, entre tres o cuatro van detectando qué hombres valen la pena más que otros, o cuáles tienen mayor potencial de elegibilidad. No miramos a los hombres directamente, como hacen ellos, sino que los miramos a través de nuestra amiga:

—Mira al que está detrás mío y cuéntame qué tal es.

—Es bastante guapo, pero tiene cara de bobo y en breve se quedará sin pelo... Cuéntame tú cómo es el que está detrás mío.

—Pues tiene lindos rasgos y buena ropa, pero es extremadamente delgado... casi enfermo te diría. Y ya va por la cuarta cerveza, así que descártalo.

Los hombres creen que estamos hablando de nuestra tía enferma mientras nosotras estamos con este sistema de *ecodoppler* y radar de miradas en 360° en pleno funcionamiento. Este procedimiento no nos lleva más de cinco minutos. A los cinco minutos de haber entrado a un bar, ya sabemos cómo es cada uno de los presentes, incluso los que fueron al baño. Después, al ver que no hay uno que valga la pena, sí pasamos el resto de la noche hablando de nuestra tía enferma.

Como todas sabemos que somos altamente selectivas a la hora de elegir macho, generalmente a todas nos atraen instantáneamente los machos ya elegidos por otra. Es por eso que tenemos debilidad por el hombre casado, por el que dice que está de novio, y por aquel a quien tu amiga le echó el ojo. No quiero decir con esto que estemos todas dispuestas a birlarle el marido a nadie, sino que nos inspira más confianza un hombre que ya fue preseleccionado por otra mujer, porque pasó el primer filtro: algo bueno le habrá visto ella... ¡tan calamitoso no puede ser! ¿No te ha pasado que un hombre que considerabas casi un hermano, con un afecto asexual, se

torna interesante cuando te dice que está de novio y te hace preguntarte cómo no lo habías descubierto antes?

Estoy convencida de que nada es más atractivo de un hombre que el brillo que produce en la mirada de otra mujer. Sabiendo esto, los hombres que quieran ligar contigo deberían buscarse amigas que rían a su lado: aumentarían su atractivo en un 500%.

Esto indica que si te gusta alguien, no le digas a ninguna mujer que te gusta, porque al instante ella se interesará en él y corres el riesgo de perderlo.

¡OH, VAMOS!
¡POR UNA LEVE
DISFUNCIÓN ERECTIL
NO VOY A DEJAR
DE SALIR CON
ÉL!

¡NO, PERO TARDE
O TEMPRANO
COMENZARÁS A
SALIR CON ÉL, DÍOS
PSICOLÓGICOS,
EL CARTERO Y TU
DENTISTA!



YO Y MI BOCAZA

Hace poco hablábamos con mi amiga Lila del dilema de encontrar un hombre de verdad. Ella me confesó que se pasó el año entero inscribiéndose en cursos de aeromodelismo, paracaidismo, radioaficionados, bonsái, Aikido y hasta de lombricultura, para ver si en alguno de ellos pescaba algún hombre medianamente aceptable. Al final, sólo logró sentirse medianamente atraída hacia un lombricultor barrigón y casadísimo.

—No te metas con uno casado, que sólo te traerá disgustos —le advertí—. No dispone de tiempo para ti y nunca dejará a su mujer.

—Me lo dices tarde, porque me pasé una vida teniendo hermosos romances con hombres casados... Pero yo no soy celosa y no me molesta que un hombre tenga poco tiempo para darme, porque yo misma vivo muy ocupada.

—¿Y con quién viviste esos romances furtivos?

—No tan furtivos. Estuve largo tiempo, años de romance, con Gonzalo... ¿Recuerdas, nuestro excompañero de trabajo?

—¿Gonzalo? —casi me desmayo de la emoción.

Para que tengan una idea, Gonzalo es una mezcla de Orlando Bloom con George Clooney, con una sonrisa tierna, labios sensuales y espaldas de nadador olímpico.

—Síiii —dijo ella, orgullosa—. Era muy lindo, ¿verdad? Y lo sigue siendo... Supe que se divorció y vive solo, cerca de casa...

—¿Se divorció? ¡Pero qué buena noticia! —le dije sin poder ocultar mi alegría.

—¿Por qué tanto entusiasmo? —preguntó ella.

—Bueno, ya no tiene sentido ocultarlo... —le dije sin poder contener mi emoción—. ¡Es que pasé años enamorada de él!

—Bueno, como todas en el trabajo... —dijo ella, vanidosa.

—Pero yo nunca se lo dije a nadie. Una vez junté coraje y me animé a sugerirle que me acompañara a una fiesta. Me agradeció, pero dijo que tenía un compromiso. Supuse que tendría alguna oportunidad con él... pero no la tuve. ¡Ni sabía que era casado!

—¡Yo sí la tuve! A la esposa le puso unos lindos cuernos conmigo —dijo mi amiga.

—Pero entonces no me rechazó porque yo no le gustara, ni porque era casado... ¡sino porque ya estaba saliendo contigo! ¡Qué espanto!

Llegué a casa en estado de *shock*. Me acababa de enterar de que yo habría podido vivir un romance con el hombre más lindo del mundo... si hubiera entrado a escena en su vida antes que Lila.

Empecé a hacer cálculos sobre el pasado, quizás él no me dio la oportunidad porque no podía confesarme que estaba metiéndole los cuernos a su mujer con Lila. Tal vez él no rechazó mi invitación porque era casado, sino porque no sabía como acomodar a TRES mujeres en su vida. Ya saben: una mujer es un romance, dos son

una aventura, tres son una pesadilla.

Dos mujeres en la vida de un hombre, se lo disputan. Pero tres mujeres en la vida de un hombre... ¡salen juntas a tomar el té para criticarlo!

No sabía si había hecho bien en confesarle a Lila mi amor imposible por Gonzalo. Se lo conté creyendo que pertenecía al pasado lejano. Pero pronto descubrí mi error, porque Lila me llamó entusiasmada a los tres días a decirme:

—Lo que hablamos el otro día me ayudó a decidirme. Llamé a Gonzalo, lo invité a salir, terminamos juntos en casa reavivando el viejo fuego del amor, y ahora estoy feliz de estar otra vez con el hombre más lindo del mundo. ¿Qué me dices? Y ahora mucho mejor, porque está por fin libre... ¡Y es todo para mí!

Me quedé sin habla (tal vez para compensar todo lo que antes había hablado de más). ¡Había arrojado a mi amor imposible a los brazos de mi amiga! ¿O la había arrojado a ella a los de él?

Sea como fuere, si me hubiera callado la boca con ella y lo hubiera llamado antes yo a él, para estas horas quizás él hubiera sido mío.

Esta vez creo que aprendí la lección: cuando una amiga te mencione un hombre que te interesa dile: «Ah, ese imbécil», y basta.

Me consuelo pensando que él, como buen macho, tiene todo el tiempo del mundo para seguir reproduciéndose, sólo porque es un hombre. Por ende, es muy probable que no quiera un compromiso definitivo con mi amiga, por lo cual, tal vez yo tenga una oportunidad con él más adelante en la vida, cuando él ya se haya cansado de ella... Claro que para aquel entonces será necesario que yo no tenga demasiadas arrugas y que él aún tenga alguna erección. Lo veo difícil sin sucesivas sobredosis de toxina de botulimia y azules pastillas de sildenafil.

También pienso que Lila volvió a él no por su propia decisión, sino por elección mía. Supo que le gustaba todavía cuando yo le conté que me gustaba... porque un hombre que gusta a dos mujeres es un hombre que gusta de verdad. O sea que Lila no sabe lo que quiere. Y por ende, tal vez él tampoco lo sepa y esté caliente con ella sólo para no recalentar el televisor mirando fútbol.

Quizás los hombres no sean tan desastrosos como las mujeres los pintamos. Quizás los criticamos mucho para que ninguna otra mujer nos los quiera sacar.

Y si los hombres no son tan desastrosos, tal vez aún quede alguno que, aunque no sea el hombre más lindo del mundo, sea lo bastante agradable para mí, que tampoco soy la mujer más linda del mundo y que tampoco puedo gustarle a todos los hombres... ¡y en eso sí que no hay consuelo! Bueno, consuelo sí hay: el otro día escuché un hombre diciendo: «A mí no me gusta para nada Angelina Jolie». ¿Te imaginas, escuchar eso luego del pacto? «¡Angelina, te regreso tu cara! ¡Devuélveme mis 10 años de vida!».

¡QUIERO LO
QUE TIENE ELLA!

¿EL PESCAPO?

¡NO, EL NOVIO!



POSDATA: SIEMPRE CIERRA EL PICO

Asimismo, también harás bien en callarte la boca cuando sea tu amiga quien te cuente quién le gusta. Elizabeth me llamó para contarme que estaba muerta de amor por un hombre que luego de un año de salir juntos, no se decidía a formalizar nada. No planeaba nada para un futuro juntos: ni casamiento, ni convivencia, ni siquiera un fin de semana en el campo.

Elizabeth me contó muchos detalles de la vida de él, hasta que algunas cosas me sonaron conocidas.

—¿Me puedes decir cómo se llama él?

—¿No te lo he dicho? Su nombre es Juan Alberto Ibáñez...

Comprobé que, en efecto, él era un excompañero mío de trabajo, que lamentablemente yo conocía bien desde hacía más de una década.

Desde el fondo del alma le respondí:

—Ah, ese imbécil... Hazte un favor: ¡olvidalo ya!

Ibáñez era un tipo grosero, desconsiderado, mujeriego, jugador... tenía todo eso que siempre ruegas que tu hombre no tenga y que no le desees ni a una enemiga. Se lo dije con mis más profundas y sinceras ganas de hacerle el bien, advirtiéndole que no debería sufrir penas de amor por alguien que no la merecía.

Mi ingrata amiga no me llamó nunca más.

Entre creer lo que advierte una amiga sincera y creerle al hombre que las seduce y deja de lado, las mujeres prefieren creerle al seductor. Supongo que es porque creen que el tipo te gusta tanto que le dices: «Ah, ese imbécil», para quedártelo para ti. (¿A Ibáñez? No me hagas reír... ¡Por Dios, no! ¡Qué asco!).

Moraleja: tampoco le cuentes a nadie quién NO te gusta.

CAPÍTULO 8

EL PLAN C: CUATRO SEMANAS PARA QUE ÉL QUIERA CASARSE CONTIGO

El matrimonio es un evento muy interesante en la vida: marca el comienzo de la felicidad o de la miseria.

—GEORGE WASHINGTON

CUANDO YA ES HORA DE PENSAR EN CASARSE

En verdad no sé bien para qué querrías casarte. Si vamos a ponernos sentimentales podríamos decir que casarse indica la intención de lograr una convivencia armónica a largo plazo. Una abogada me dijo que el casamiento es solamente útil para poder heredarse uno al otro en caso de que alguno de los novios muera. Pero esto te tiene sin cuidado si no hay qué heredar y mientras nadie muera. Y mucho menos te importaría si quien muere antes eres tú.

Supongamos que él te gusta tanto que quisieras morir a su lado, aunque sea para dejarle tu inmensa herencia, pero él no parece estar muy de acuerdo, especialmente porque no sabe nada de la herencia.

Hay sólo tres motivos por los que un hombre se casa:

A) Todos sus amigos se han casado.

B) Eres rica.

C) No soporta la idea de perderte.

Salvo que tengas planeado casar a todos sus amigos (ese sería el Plan A) y hacerte tan millonada que él tema perderte (el Plan B), si no eres rica, sus amigos siguen solteros y él no teme perderte, el Plan C es la única manera de lograr que él decida casarse contigo.

Si ya te has casado una vez, te importa poco volver a formalizar porque ya lo has vivido y sabes que no te pierdes nada. Pero si nunca te has casado, tarde o temprano llega un punto en el que sientes que quisieras tener hijos con alguien que los lleve a comer hamburguesas los fines de semana cuando te hayas divorciado. Y comienzas a ponerte nerviosa si la relación está estancada en un mismo nivel. Más nerviosa te pones cuando quieres hablar con él del futuro y él te dice: «Yo creo que usaremos cinturones antigravitatorios, comeremos asado en píldoras y se hallará la vacuna contra el sida», o «Tienes razón, hablemos de nuestro futuro: ¿mañana me prestarás dinero para comprarme una motocicleta?». Entonces, ya harta, piensas en darle un ultimátum.

¿Es buena idea? No.

Los ultimátums no funcionan porque los hombres —al contrario de los matambres— no se ponen mejores a presión. Para que un hombre quiera casarse, tiene que sentir que fue él quien tuvo la brillante idea de casarse contigo, y que no lo hace presionado por tu urgencia.

El Plan C es el que logra que un hombre se comprometa contigo sin broncas, histerias ni presiones.

EL DÍA D DEL PLAN C

Funciona mejor si antes de ponerlo en práctica logras una relación estable con él, de seis meses a un año de duración. Y funciona mejor aún cuando sabes que él es capaz de responsabilizarse por algo vivo en la vida, aunque sea un cactus enclenque. Porque está comprobado que los hombres que cuidan plantas y mascotas están más preparados para un compromiso que el que jamás ha tenido ni un hámster anémico.

La idea es simple: así como antes tratabas de verlo cotidianamente, en el momento en que sientas que quieres darle un ultimátum debes desaparecer de su vista. Esto debe ser rotundamente literal ya que sólo sirve si él no puede verte, ni llamarte, ni tocarte, ni salir contigo ni en una salida de cinco minutos.

Lo que hay que hacer es invertir los papeles de la pareja, tal como venían cumpliéndose hasta hoy. Seguramente, él era el hombre ocupado con poco tiempo para ti, pero ahora serás la parte superocupada de la pareja, que lo sigue adorando, pero que ya no tiene lugar para él en su agenda. Ni un minuto para él. Y en esto debes ponerte fuerte.

¿Qué debes hacer?

- No lo llames, no le envíes correos electrónicos ni mensajes de texto, ni atiendas sus llamados.
- Sé imposible de ubicar.
- No atiendas el teléfono si supones que es él quien llama.
- Si atiendes, sé dulce, concisa y corta enseguida.
- No quieras seguirle los pasos y saber dónde, cómo y con quién está.

Si quieres saber qué eres para él, debes faltarle en su vida para que sepa si te echa de menos o no. Si siempre estás cerca, no le permites saber si podría vivir sin ti. Desde luego, siempre está el riesgo de que en tu ausencia descubra que puede vivir perfectamente sin ti y hasta que es mucho más divertido estar sin ti para verse con Carmen, Marta y un travestí al mismo tiempo. Pero en ese caso... ¡mira qué suerte que lo dejaste!

...NO SÉ CÓMO DECÍRTELO...
...PERO MIENTRAS TÚ ME DECÍAS
QUE NO TE ASFÓQUE, PRESIONE, NI CONTROLE,
DESCUBRÍ QUE HAY MUCHAS COSAS EN
LA VIDA MÁS INTERESANTES QUE TÚ...



SÉ DULCEMENTE INALCANZABLE

Quizás este sea el plan más difícil que te toque poner en práctica en la vida.

Primero, porque estás enamorada y quieres estar con él, oír su voz, saber dónde está... Segundo, porque te da pánico dejarlo suelto un sábado a la noche, sabiendo que el mundo está lleno de zorras que te lo quitarían con gusto. Pero bueno, debes saber que de todos modos, él no es tuyo si no quiere ningún proyecto serio contigo. Así que no aflojes y hazme caso: por más que te mueras de ganas de verlo, y que te duela el cuerpo por no tenerlo cerca... ¡encadénate las manos para no llamarlo, arranca el teléfono de la pared, arroja el teléfono celular al retrete, encierra tu computadora en un armario con llave y arroja al retrete la llave y esa foto de él donde está tan guapo que duele! Y luego, págale a un plomero para que venga a destapar el retrete obturado por un portarretratos, una llave y un celular, ¡pero a tu novio NO LO LLAMES, pase lo que pase!

Lo ideal —para evitar flojeras— sería que te fueras de viaje al Himalaya, sin otra despedida que un breve mensaje en su contestador: «Cariño, estoy de viaje, regreso en un mes». Pero hoy en día cualquiera puede ubicarte en el Himalaya, y los pueblos de Nepal están llenos de cafeterías con Internet que te tentarían demasiado. Así que para ahorrarte el pasaje a Katmandú, lo que debes hacer es llenarte de actividades, reales o inventadas, que te ocupen la vida de modo tal que no te quede un sólo hueco para él.

A él dile que estás tapada de trabajo, que estás con gripe, que estás cuidando a tu abuelita, que estás escribiendo una novela, que lo echas mucho de menos... pero que no lo puedes ver de ninguna manera. Si te dice que estás rara, respóndele como te respondería él: «Son ideas tuyas, tesoro... Te amo como siempre, no seas tan inseguro, no pasa nada». Él sentirá que de pronto tú tienes una vida propia y que ya no dependes de él. Eso lo pondrá muy nervioso, porque significa que pierde control sobre ti. Recuerda que los hombres son fanáticos del control. Algunos hombres van personalmente a pedir explicaciones a casa o al trabajo, de puros nervios. Quítatelo de encima rápida y gentilmente, diciéndole de manera cariñosa pero breve: «No puedo conversar contigo ahora, amor. Luego te llamo». Y no lo llamas.

¿Te parece muy duro? No lo es si recuerdas aquella vez que él te dijo que te pasaría a buscar para almorzar en tu cumpleaños y ni siquiera te avisó que prefirió ir a jugar tenis. O la vez que te iba a acompañar a una fiesta, se quedó dormido y ni siquiera te pidió disculpas. O la vez que no supo explicarte qué pasó con aquella rubia...

Pues bien: para triunfar con los hombres, debes comportarte como un hombre. ¿Te hace esto menos femenina? No, te hace actuar en un idioma que ellos comprenden. Los hombres se comunican con acciones, no con palabras. Esta manera de actuar él la comprende muchísimo más que si le dijeras: «Tenemos que hablar porque siento que nuestra relación no va a ningún lado, bla bla bla». Lo que estás

haciendo es darle de su propia medicina y él captará el mensaje a la perfección. Si siempre le has dado largas explicaciones de todo, ahora debes ser brevísima, como todo hombre.

De ninguna manera debes ponerlo celoso haciéndole creer que hay otro en tu vida, o que ya no lo amas. Al contrario, debes asegurarle que él es lo que más te importa en la vida, pero que simplemente no tienes tiempo para verlo. Como antes él no tenía tiempo para ti.

TIEMPO DE RESISTIR

Llega un punto en que tú, que estabas pendiente de él, de golpe lo tienes en un puño. Por bruto que sea él percibirá que el ritmo de la relación ha cambiado. Y — ¡milagro! — se pondrá a pensar en mariconadas como: «Qué pasa con nuestra relación» y «Qué soy yo para ti». ¡Y querrá hacer cualquier cosa con tal de volver a como estaban antes, cuando tú esperabas que él tuviera un rato para ti! Cuidado: él no debe sospechar que esto es un plan preparado, sino que tú estás distinta y que esto te sale naturalmente.

Luego de una semana con este sistema, apenas te diga que te ama y no puede vivir sin ti, creerás que ya ha funcionado el plan, querrás ceder y acceder a verlo. ¡Error! No lo hagas, o se irá todo al diablo y será peor que antes, pues habrás perdido todo el poder. La próxima vez que intentes el Plan C, él sabrá que no tienes determinación y que si vuelves a distanciarte, en cinco días se te pasará... ¡y nunca más podrás aplicar el plan! Para que funcione bien, le falta darse cuenta de cuánto más te necesita.

Luego de la primera semana de distancia, lo verás reaccionar de mil maneras. Hacia el fin de la segunda semana de alejamiento se pondrá agresivo, te acusará de serle infiel, te amenazará con retirarte el osito y los bombones que te regaló, te invitará a salidas impactantes (un viaje a Italia) y te tentará con sobornos varios (conocer a los Rolling Stones), y regalos tentadores (¡dos cajas de bombones!) a los que te resultará imposible decir que no.

Pero dile que no.

¿Quieres casarte o al menos convivir con él, si o no?

Sí quieres, resiste con fuerza, ármate de disciplina y no aflojes. Muérdete un puño mientras le dices: «En verdad me tientes, tesoro, pero te juro que esta semana es imposible, y menos aún el sábado a la noche. Me encantaría ir a ver a (tu artista favorito) en un restaurante exclusivo, cantando sólo para nosotros dos, pero en verdad no puedo». Y mientras te desquitas a puñetazos contra tu almohada, piensa que probablemente todo sea una trampa, que él no tiene entradas ni para una riña de gallos en los bajos fondos y que está tan preocupado como para jugar así de sucio.

Durante estas dos semanas, le has dado el suficiente espacio para saber si realmente le importaría perderte o no. A veces las mujeres nos metemos tanto en la

vida de un hombre, que él no puede imaginar cómo sería su vida sin ti. Y tampoco entienden por qué habría de casarse contigo si ya te lleva pegada como una lapa. Y tiene toda la razón.

LOS RESULTADOS DEL PLAN C

El Plan C es para demostrarle que no dependes de él para ser feliz. Cuando las mujeres se enamoran, se pierden a sí mismas frente a un hombre. Al tratar de cumplir cada deseo de él, olvidan sus propios deseos. Luego, cuando la relación no funciona, sienten que junto con el hombre han perdido una parte de ellas mismas y la sensación de vacío con la que quedan es tan insoportable que prefieren no conocer a ningún hombre nunca más y dicen: «Tengo miedo de volver a sufrir por amor».

El Plan C te ayuda a dedicarte a ti misma, a autopreservarte y a tener tu propia vida independiente de la de él, lo que te hace mucho más atractiva para cualquier hombre, porque te rodea de un aire de independencia singular.

Si resistes todo el tiempo que sea necesario con este esquema, te aseguro que llegará un momento en que él se acercará a ti para decirte: «Tenemos que hablar de lo nuestro». ¿Ciencia ficción? ¿Fantasía pura? No. Aunque no lo creas, milagrosamente él ya no querrá salir con amigos, jugar al golf, ir al cine o al casino, ni alquilar un video, sino que... ¡él querrá hablar de la relación!

Es el momento en que lo escucharás decir: «No puedo estar sin ti... ¿Qué tenemos que hacer? ¿Casarnos?», o alguna otra cosa para desperdiciar de manera tonta una oportunidad romántica de hacerte una propuesta memorable. Pero al menos lo ha dicho.

Si ya pasó un mes y él no atina a otra cosa que a preguntarte qué te pasa a ti con la relación que te siente tan alejada, puedes responder: «Te quiero con todo mi corazón, pero este tiempo que no nos hemos visto me ha ayudado a reflexionar y a darme cuenta de que siento a esta relación algo estancada, y que yo busco algo más en la vida, un compañero comprometido, que tenga planes conmigo».

Y entonces él te dirá alguna tontera que indique que le importas. Sé de un hombre que después del Plan C le ha dicho a su novia: «Mis amigos me han dicho que sólo hablo de ti y que debería casarme contigo... ¿A ti qué te parece?», lo que no es nada romántico pero es un avance importante. Otro dijo: «Ya sé lo que quiero contigo: quiero tener un bebé», que es poner el carro delante del caballo, pero no le pidas coherencia a un hombre.

Si no dice nada parecido, te conviene dar por terminada la relación, buscar nuevos horizontes, y pedir a tus amigos que te presenten y armen citas con nuevos horizontes.

Lo mejor del Plan C es que, si él se da cuenta de que no puede vivir sin ti, te cuidará y tratará mejor que nunca, y, aunque se decida a formalizar ahora quien no tendrá apuro serás tú, que habrás descubierto que estás organizando muy bien tu

tiempo sola, y que la has pasado muy bien sin él.

Y cuando lo veas rogándote de rodillas que jamás te vayas de su lado, desesperado por retenerte, vulnerable y asustado, te preguntará: «¿Casarse? ¿Para qué?».

Bueno, siempre tienes tres buenos motivos para casarte:

A) Todas tus amigas se han casado.

B) Él es rico.

C) No soportas la idea de perderlo.



CAPÍTULO 9

CÓMO SEGUIR ENAMORADOS PARA SIEMPRE

*La felicidad está en todas partes.
Lo que hay que saber es cómo extraerla.*
—CONFUCIO

LO QUE TENEMOS EN COMÚN

Veamos finalmente qué espera una mujer de un hombre y qué espera un hombre de una mujer.

¿Qué esperan las mujeres del hombre con quien van a compartir sus días? Que sea seguro de sí mismo, auténtico y generoso. Que sea alegre y optimista. Que la haga sentir única. Que le sea fiel y que no le haga sentir celos. Que tenga planes y proyectos y que la apoye a ella en sus metas. Que sea un buen compañero. Que la escuche con interés y que le demuestre que puede contar con él. Y que la bese seguido.

¿Y qué crees que espera un hombre de la mujer de sus sueños? Que sea segura de sí misma, auténtica y generosa. Que sea alegre y optimista. Que lo haga sentir único. Que le sea fiel y que no le haga sentir celos. Que tenga planes y proyectos, y que lo apoye a él en sus metas. Que sea una buena compañera. Que lo escuche con interés y que le demuestre que puede contar con ella. Y que lo bese seguido.

Como ves, ambos sexos esperamos exactamente lo mismo. Así que los hombres no son tan distintos de las mujeres. A hombres y mujeres nos gustan las personas que nos alientan y no nos critican, que confían en nosotros, y que nos hacen reír. Hombres y mujeres esperamos lo mismo de una pareja.

Eso simplifica mucho las cosas. Te muestra que para estar bien con un hombre solamente debes tratarlo como quisieras que él te trate a ti.

EL PODER DE LAS PALABRAS DE AMOR

Un señor japonés llamado Masaru Emoto se hizo famoso por una prueba muy

extraña. Pegó palabras de amor a ciertos frascos de agua e insultos en otros frascos. Luego congeló ambos frascos y tomó fotografías de los cristales de agua. Así descubrió que el agua de las palabras amorosas se cristalizaba en formas simétricas de estrellas, como copos de nieve, mientras que los cristales del agua insultada tenían formas redondeadas y amorfas, como gelatina. De esto el señor Emoto concluyó que las vibraciones positivas forman cristales bellos, y que si los seres humanos somos un 80% agua, las palabras de amor también nos convierten en estrellados copitos de nieve. No sé si las experiencias del japonés han ayudado a alguien más que a él, ya que lo llevaron a mostrar sus fotografías por todo el mundo. Tampoco entiendo por qué el señor Emoto considera que las formas angulares y simétricas son más bellas que las onduladas y asimétricas. ¿Será un trauma de la infancia porque de niño lo azotaban cuando cortaba el *sushi* torcido?

Pese a eso, el señor Emoto nos hace reflexionar sobre el poder de las palabras. En eso hay que darle la razón: las palabras dulces que salen del corazón —no las fórmulas de compromiso al estilo «Huele usted maravillosamente, señor Kawasaki. Mis ojos saltan de regocijo al verle»— producen un efecto positivo en quien las oye, que a su vez será amable con quien las dice, lo que lleva a una escalada ilimitada de cortesía que acabará en ápices fastuosos de generosidad, como que alguien erija una pirámide de Keops en tu memoria y vaya a hacer cincuenta abdominales al gimnasio por ti.

No hay duda de que un amor durará más si en la comunicación florecen palabras como «dulce», «cariño», «corazón», «cielo», «mi vida», y si abundan las frases del tipo «Eres lo mejor», «Qué buena idea has tenido», «Me siento tan bien contigo», «Te quiero tanto», «Te amo con todo mi corazón», «Por favor», «Perdón» y «Gracias». Desde ya, es mucho mejor hablarse así que comunicándose con preguntas. Si te fijas, los peores problemas de pareja nacen de comunicarse con preguntas como: «¿Qué hace esto tirado aquí?», «¿Es que no lo entiendes?», «¿No tienes nada mejor que hacer?», «¿Qué tienes en la cabeza?», «¿Qué has dicho?», «¿Eres sordo?», «¿Estás loca?», etc. Cuando hay intenciones de cuidar la relación, no sólo es inteligente decirse cosas agradables sino que es más inteligente contener la tentación de decir la maldad adecuada en el momento en que haga más daño, como cuando estamos muy enojados.

Hay maridos que detestan lo de «amorcito» y «cielito» porque saben que tres palabras después viene el pedido de «necesito que compres...». También hay maridos que no soportan que les digas «Cuchi-cuchi», porque dicen que así le dice Betty Mármol a Pablo, el de *Los Picapiedras*. Muchos hombres piensan que decirse cosas dulces es cursi y reblandecido. Como él no te las dice a ti, tú no se las dices a él... y así ambos cada vez se alejan más del trato amoroso.

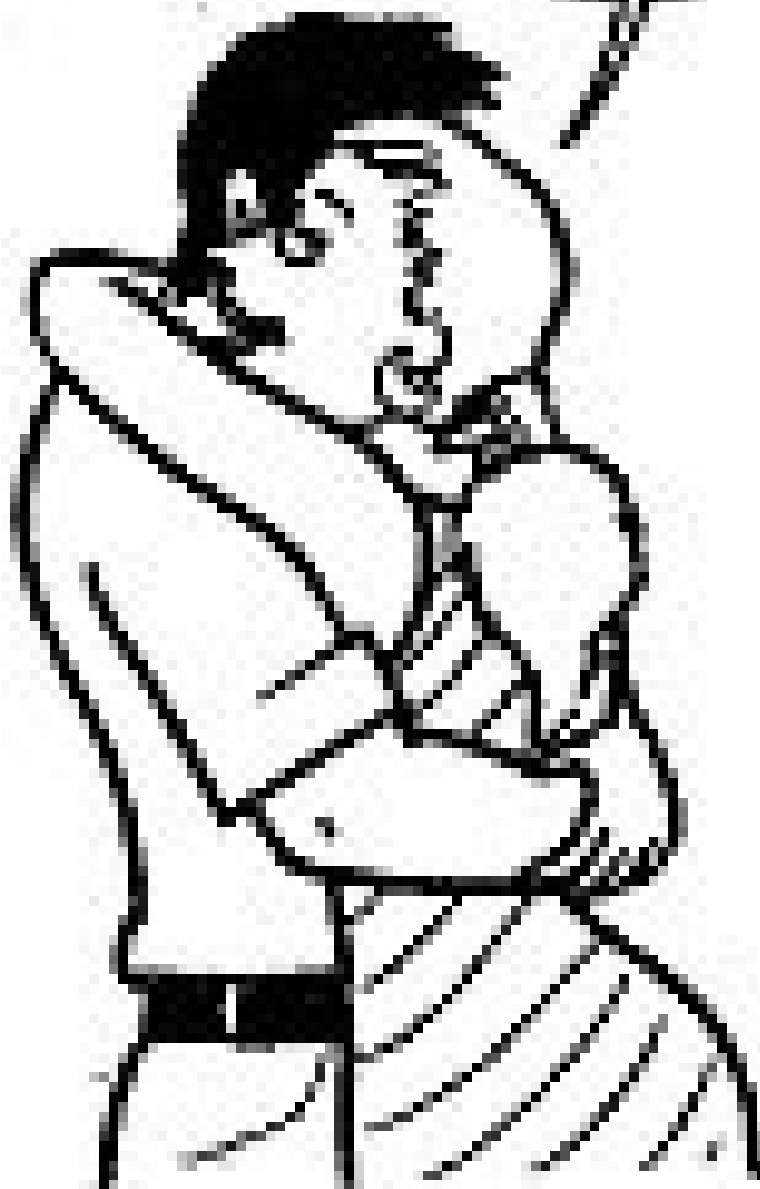
Aunque tampoco creo que la profusión de lisonjas sea la medida del amor, si los hombres supieran cuánto mejor se siente una mujer cuando le dicen cosas dulces, y cuán dispuestas estamos a perdonar que se sienten toda la tarde a mirar fútbol, dirían

muchísimas más cosas dulces.

Yo se lo he dicho a mi marido, y tres días después —ellos necesitan tiempo para comprender lo que les has dicho—, me despertó diciéndome: «Preciosa...». Yo abrí los ojos como platos, y entusiasmadísima le dije: «¿Qué? ¿Dijiste “preciosa”? ¡Dime más!». Y se cerró como una ostra diciendo: «Ah, no... ¡No me presiones!». Esperé dos días más y no volvió a decirme nada lindo. Entonces le expliqué que el motor de las mujeres son las palabras de amor. Me dijo: «Es verdad, pero no se me ocurre qué decirte que no sean obviedades. Es obvio que me gustas, es obvio que te quiero, es obvio que me alegra estar contigo... ¿Qué más quieres que te diga?». Y le dije que, como es hombre, comprendo que no se le ocurra ninguna palabra bonita, por lo cual le aconsejé que fuera a una tienda de venta de tarjetas de días especiales —del tipo Hallmark de las que hablábamos al principio—, que buscara entre las que llevan corazones impresos, que apuntara disimuladamente todas las frases de las tarjetas y que pegara el listado de frases amorosas en la mesilla de luz para recitármelas cada mañana. Me hizo caso, y a la mañana siguiente me despertó, amorosamente, y me dijo: «¡Buen viaje, amigo!», «Mucha suerte en tu nuevo trabajo», «¡Felicidades, es una niña!», «¡Feliz cumpleaños, abuelita!», y «Esperamos que te repongas pronto».

Tal vez tú tengas una mejor idea para hacerle entender a tu hombre que las palabras cariñosas son importantes. Pero lo más importante es que le transmitas tus necesidades con claridad.

¡AY! PENSAR QUE SI ME
DIERAS UN ABRAZO COMO
ESTE TODOS LOS DÍAS, NO NO
NECESITARÍA NINGÚN
AMANTE...



OCHO TRUCOS PARA QUE EL AMOR DURE

Los hombres ponen toda su voluntad para hacer las cosas lo mejor posible dentro de los cánones que les han enseñado. Ese esfuerzo produce en ti una ternura que se convierte en gratitud. Y la gratitud de regreso es amor. Habrá más cosas para agradecerle a un hombre si eres clara con él.

Aquí van algunos consejos para hacerlas cosas bien.

1) Pídele ayuda. Ellos adoran ayudar, pero ellas no piden ayuda... por lo cual ellas se enfadan porque ellos no hacen nada. A las mujeres nos irrita, por ejemplo, que el mayor trabajo doméstico recaea en la persona a quien más le fastidia el desorden... que siempre es la mujer, porque a la mayoría de los hombres no les molesta vivir en un basural. Si por ellos fuera, la mugre podría acumularse hasta que él diga: «Oye, hay una cucaracha en mi bife». A lo que ella contesta: «Es lógico: ¡están caminando sobre tu cara!...». Esto se resuelve pidiéndole claramente: «Necesito que ayudes en la limpieza. No puedo con todo sola». Si les haces un pedido claro, ellos responden. Fíjate que ellos se quejan de que «Ella pretende que yo adivine lo que quiere». Tú piensas que en la frase «Hay una araña en la cocina» no hay nada que adivinar. Pero es que una mujer no lo dice a título informativo, sino pidiendo solución activa: que él la mate, o que al menos la lleve detenida. Pero como él no lo entiende, lo que debes decirle debe ser más claro: «Juan Ernesto, ya no podemos seguir así. Debes elegir: la araña o yo».

2) Explícale por qué eres como eres. Los hombres no comprenden ciertas manías femeninas, y nos consideran extrañas, locas o caprichosas. Una pareja amiga pensó en separarse porque ella no toleraba que él mirara el partido cuando ella hablaba, y él no toleraba que ella hablara mientras él miraba el partido. Pero las mujeres no explican por qué son como son. No les explican a los hombres que no es que ellas siempre quieran «ir de compras», sino que para una mujer el mayor placer de mirar vidrieras es ver una cantidad de cosas que ya están limpias, planchadas y correctamente dobladas... ¡por otro que acomodó, limpió y ordenó! También puedes explicarle que le usas su máquina de afeitar porque es la que siempre tiene filo, que le robas papas fritas porque pedirte una porción para ti sería romper oficialmente la dieta y que prefieres ver películas románticas para entender lo que te estás perdiendo en una relación, así como quien mira postales de Shangai porque es bueno saber que existe, aunque sepas que nunca la conocerás. Los hombres son racionales: si les explicas, lo comprenden todo.

3) No le hagas visitas sorpresa. Las llegadas sorpresa o visitas sorpresa a su casa, su trabajo o su ciudad no son románticas. Por más que te tienta ver su expresión de sorpresa al verte donde no te esperaba, no lo hagas. Ningún hombre estará encantando con esa llegada súbita. En primer lugar, porque más que sorpresa es una invasión. Si quieres ir a verlo, llámalo, avísale y haz como le dice el Zorro al Principito en el libro de Antoine de Saint Exupéry: «*Si me avisas que vienes a las*

cuatro, yo desde las tres comenzaré a ser feliz. Al llegar a las cuatro, me agitaré e inquietaré: descubriré el precio de la felicidad. Pero si vienes en cualquier momento, nunca sabré a qué hora preparar mi corazón». La sorpresa podría sorprenderte más a ti que a él, créeme. Y no sería una sorpresa grata.

4) No quieras ponerlo celoso. Los hombres son territoriales y celosos por naturaleza. Darle celos por deporte es un error: se pondrá nervioso y luego no servirá ni para matar una cucaracha.

5) Hazlo sentir que en ti tiene un refugio de comprensión. Que sepa que si no entiendes algo que hace, al menos haces el esfuerzo por ponerte en su lugar. Por ejemplo, si no toleras que abra el refrigerador «a ver qué hay» cuando estás llevando la comida a la mesa, al menos trata de ser amable y dile: «Si prefieres limones enmohecidos y aceitunas rancias en lugar del delicioso lomo a la pimienta que estoy llevando a la mesa, por mí no hay problema, cariño... ¡guardo la cena en el refrigerador!».

6) Respeta sus ideas y aprecia sus opiniones. A los hombres no les importa tanto que los escuches, sino que les digas que tienen razón. Después puedes hacer lo que quieras, pero a él hazme el favor de decirle: «Tienes toda la razón del mundo». Y trata de evitar poner los ojos en blanco y agarrarte la cabeza con ambas manos mientras él opina. Recuerda que ya es un milagro que esté hablando. No lo reprimas o callará para siempre.

7) No lo ames demasiado. Las mujeres perdemos perspectiva al enamorarnos. Nos zambullimos de cabeza en la vida del hombre y nos olvidamos de nuestra vida personal. Hay mujeres que no entienden por qué un hombre escapa de ella si ella lo llama diez veces al día para decirle que lo ama. «Si dejo de llamarlo, se irá con otra», dicen. Y no saben que lo peor es sofocarlo. Esmerarse es bueno para preparar un guiso, pero en cuestiones de amor siempre es un desatino. No es bueno que un hombre sienta que estás 100% pendiente de él, porque si le haces sentir eso a un hombre, por pedante que sea, dirá: «¡Pero qué vacía está su vida si que esté llena depende de mí!». Lo enamoras mucho más mostrándole que tienes tu propia vida, y que con él pasas solamente los recreos.

8) Armen un proyecto juntos. Puede ser reparar el techo o plantar un árbol —o romperle el techo del vecino y arrancar el árbol del vecino—, lo importante es tener un objetivo a largo plazo que los llenará de complicidad al saber que pueden concretar sueños en común. Uno de los mejores proyectos cotidianos es reservarse un rato para el sexo. Y para eso debes vestirse de modo que él recuerde que eres una mujer. Si a un hombre no le falta sexo, quedará pegado a ti para siempre. Si no lo quieres pegado a ti para siempre, entonces escatímale eso que le falta... que se hacía acostados... que... ¿qué era?

Los hijos también son un proyecto común, que une a la pareja con la expectativa de que crezcan sanos, buenos... ¡y que se vayan cuanto antes, así ustedes pueden volver a tener sexo tranquilos! Pero esa expectativa se demora tanto que pareciera

que los hijos no acaban de crecer. Cuando tus hijos te enfrentan haciendo lo contrario de lo que esperas de ellos, la única manera de no volverte loca es contar con la complicidad de tu hombre para encarrilarlos. Formar con tu marido un frente de guerra para atrincherarse contra los hijos te da la mayor sensación de unión que habrás sentido jamás con una persona. A veces me pregunto si los hijos no nos hacen la vida imposible justamente para mantener el matrimonio unido: «¡Mira, papá y mamá están discutiendo demasiado!». «¡Rápido, arroja el celular al retrete, desaparezcamos de casa por el techo y lleguemos mañana a las dos de la tarde, con olor a alcohol y tabaco, sin avisar dónde hemos estado!».

Con hijos que hacen eso, cualquier mujer olvida al instante el plan de divorciarse. ¿Sólita tú enfrentando ese caos? ¡No, señor! El amor es compartir juntos las angustias y los disgustos a los que te someten los críos, enfrentar vendavales y, luego de haber capeado tormentas agradecidos de haberse tenido el uno al otro en momentos de zozobra, festejar haciendo el amor, que para eso no hay como los hombres.



EL AMOR ETERNO ES POSIBLE

Cuando ya sabes cómo son los hombres y te esfuerzas por aceptarlos como son — porque nada que valga la pena en la vida llega sin esfuerzo— se produce en la pareja el Síndrome de Estocolmo, en el cual la secuestrada (tú) se enamora de su secuestrador. Esto explica que jamás se te ocurra divorciarte, aunque pienses seguido en asesinarlo.

Llega un momento en la vida en común, que si has resistido el tiempo suficiente, ya no quieres separarte de él. Es cuando ambos tienen pura oxitocina en las venas. La hormona que se segrega en los abrazos largos es la misma que produce tu cuerpo para estimular el parto, que te hace sentir tanto apego por ese bebé como para que lo quieras aunque no te deje dormir con sus llantos. Esta misma hormona es la que impide que mates a tu marido porque no te deja dormir con sus ronquidos.

En el fondo, el secreto del amor es adaptarse a todo, como hacen las especies que sobreviven en la evolución. Si se han descubierto algas en las profundidades abismales, que viven sin luz ni oxígeno en contacto con ácido sulfúrico que mana de grietas volcánicas marinas a más de cien grados... ¿cómo no te vas a adaptar tú a un tipo que mira la tele? Si mira la tele es porque está cómodo contigo. Y amar es querer que alguien se sienta cómodo contigo.

Se me ocurre que amar también es que si tuvieras que elegir con quién preferirías ser raptada por un ovni para no volver jamás a la Tierra, lo elegirías a él. Al menos ya le conoces sus manías y podrías explicarles a los alienígenas que él no deja las toallas tiradas en el ovni por agresividad terrícola sino porque no puede evitarlo: es hombre, lleva testosterona en las venas, y eso le hace imposible poner las cosas en su lugar. Quizás las marcianas puedan comprenderlo.

A la larga, lleva tanto tiempo domesticar a un hombre, que al final te encariñas. Como dice Saint Exupery: *«El tiempo que perdiste por tu rosa es lo que hace a tu rosa tan importante. Eres responsable de lo que has domesticado»*. Un hombre domesticado es lo mejor que te puedes llevar al ovni, y a cualquier otro sitio. Somos navegantes de esta gran nave llamada Tierra que ni se sabe adónde va ni para qué. Es un viaje bastante solitario, así que más vale hacerlo en la compañía de un hombre al que has aprendido a amar.

Amar es una palabra tan grande y compleja que no alcanzamos a definirla, aunque creo que dos señales de amor son: a) que aún te alegra que él llegue temprano a casa y b) que quizás sepas que podrías vivir sin él, pero que es infinitamente mejor vivir con él.

En la serie *Mad about you*, Helen Hunt le declara su amor a Paul Reiser, su marido en la ficción, diciéndole, antes de que lo lleven al quirófano a operarlo: *«Tú haces que mi vida sea grande y divertida. No sé bien por qué. No sé qué otra cosa hacemos aparte de limpiar y quejarnos de que querríamos estar durmiendo, pero ya estamos acostumbrados a eso. Lo que sé es que tengo mucho para decirte y no me*

interesa decírselo a nadie más». Y su marido le responde: «Quiero que sepas que en un universo que es un 99% de decepciones, tú eres lo único seguro, eres la prueba de que la vida es buena». Creo que estar con alguien que te hace sentir que la vida es buena es una suerte inmensa.

No esperes a que tu hombre lo lleven al quirófano para decírselo. Ni esperes descubrir que ama a otra para saber que lo amas. No hemos hablado de eso en este libro, porque te lo contaré todo en el próximo. Cómo afrontar la infidelidad, el temor a perderlo porque te engaña, los secretos de los hombres infieles y cómo sobrellevar ese trance con filosofía, inteligencia y humor... Son temas para un libro entero, que ya estoy haciendo porque hay mucho que contar sobre eso.

Ahora que sabes más de los hombres, en vez de quedarte esperando a que él te bese, bésalo tú.

Total, durante el beso, no te importará quién lo empezó.

Notas

[1] Reducción Rápida de Cerebro. <<

[2] Esto sucedió porque había superpoblación, así que crear vida como hacían las mujeres era un incordio. La humanidad ya no vivía de la agricultura (donde se necesitan vástagos para levantar las cosechas) sino del comercio. El mayor valor de la sociedad fue el dinero, y por ser los hombres los encargados de ganarlo, ellos pasaron a ser más importantes que las mujeres. <<

[3] Y por eso Sarkozy la derrotó... por pequeño margen. <<

[4] Su esposo, el expresidente Bill Clinton dijo al respecto: «*Lo dicen porque es mujer, para no dejarla llegar al poder El electorado norteamericano espera que el hombre, y no la mujer, sea agresivo*». Ejem... ¿Sólo el americano? <<

[5] Por si no lo sabes, es la mujer de un exdictador filipino a la que le encontraron 700 pares de zapatos en su lujosa mansión. <<

[6] Astuto sistema humano diseñado para que ellos no se marchen con otra dejándonos solas con los críos y sus pañales sucios. <<

[7] Tamburrini es exarquero de fútbol argentino, doctor de física en la Universidad de Goteborg, Suecia, investigador sobre deportes y autor de la novela autobiográfica *Pase Libre*, que luego se llevó al cine. <<